Salvador García
Castañeda

Miguel de los Santos Alvarez

(1818 – 1892)

Romanticismo y Poesía

CyM clásicos y modernos

Miguel de los Santos Alvarez
(1818-1892)
Romanticismo y poesía

SALVADOR GARCIA CASTAÑEDA

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ
(1818-1892)
ROMANTICISMO Y POESIA

Colección «CLASICOS Y MODERNOS»

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA, S. A.
Evaristo San Miguel, 9
MADRID - 8

Colección C y M, n.º 5
dirigida por Luciano García Lorenzo

Cubierta: Julián Santamaría

© *Salvador García Castañeda*
S. G. E. L., Madrid, 1979

ISBN 84-7143-177-7
Depósito legal: M. 5933-1979
Printed in Spain - Impreso en España por
Selecciones Gráficas, Carretera de Irún, km. 11,500. Madrid, 1979

Al Profesor Luis Monguió.

Quiero hacer presente mi agradecimiento a doña Mercedes Agulló, a los Profesores Luciano García Lorenzo, Robert Marrast y Grínor Rojo y a don Felipe Maldonado.

Gracias también a la Escuela de Humanidades de Ohio State University por concederme una subvención que contribuyó a costear la impresión de este libro.

SUMARIO

Págs.

Introducción ... 9

I. Vida ... 17

II. La obra en verso ... 67

III. La obra en prosa ... 105

1. *La obra en prosa* ... 107
2. *La técnica narrativa* ... 120
3. *Los personajes* ... 130
4. *Realismo y costumbrismo* ... 132
5. *Lo macabro como elemento humorístico* ... 138
6. *La influencia de E. T. A. Hoffmann* ... 142
7. *La experiencia teatral* ... 147
8. *La tarea periodística* ... 149
9. *Lista de obras en prosa conocidas* ... 152

IV. Las opiniones de don Miguel de los Santos ... 157

Bibliografía ... 183

Indice onomástico ... 193

INTRODUCCION

Galdós ha dejado especialmente en los *Episodios* una visión espléndida y certera de la vida literaria española durante el Romanticismo. A los neoclásicos de ideología liberal habían sucedido sus discípulos románticos de la primera hora, quienes sufrieron persecuciones al terminar la guerra de Independencia, vieron fracasar sus esperanzas en el Trienio, anduvieron de nuevo errantes por diez años y regresaron al fin, triunfadores, en el año 1834.

No pasaría mucho tiempo sin que estos vencedores se viesen, en lo político, envueltos en una situación cada vez más caótica y, en lo literario, destinados a presenciar el fin de aquel Romanticismo que se había anunciado poco antes como iniciador de una nueva era de renovación y libertad. De aquellos jóvenes entusiastas, a unos —Espronceda, Larra, Enrique Gil— les arrebató la muerte en plena gloria; otros, como Salvador Bermúdez de Castro, dejaron de hacer versos y se dedicaron a cosas más positivas; el resto, con excepción de Zorrilla, dio al olvido un Romanticismo que había sentido más o menos auténticamente, transigió con los tiempos y siguió escribiendo de acuerdo con lo que éstos pedían ahora. «Ahora» fueron los «años bobos» de doña Isabel, cuando estuvo de moda un posromanticismo lánguido, mesurado y de buen tono que, sobreviviendo conjuraciones y algaradas, llegó a ver la Restauración borbónica.

A vueltas con las grandes figuras literarias andan las de segundo orden y, entre ellas, hay algunas tan peculiares que nos atraen y dejan con la desazón de conocerlas mejor. Así me ocurrió con Miguel de los Santos Alvarez, íntimo de Espronceda

y de Zorrilla, continuador de *El diablo mundo* y escritor «raro», famosísimo en su tiempo y eclipsado luego hasta no ser más que un nombre pequeñito en las Historias de la Literatura.

Nacido en 1818, Alvarez va a Madrid, se hace amigo de la gente importante, alborota y está en candelero, llama la atención y adquiere fama de genio con poesías y cuentos que publica en las mejores revistas del momento, sus anécdotas y desplantes corren por las tertulias aristocráticas y literarias.

Después, típicamente, consigue ese destino que la próvida Administración española concedía entonces a los jóvenes de la clase media, marcha al Brasil, viaja por América y, a los pocos años, regresa a la Corte de la que ya casi no volverá a salir; sus poesías y prosa seguirán apareciendo, aunque cada vez con menos frecuencia.

Parece que don Miguel no podía estar fuera del Madrid cortesano, literario y politiquero, y varias generaciones conocieron al caballero aquél de la capa azul, trasnochador, amigo de todo el mundo y archivo de anécdotas que tenían ya más del medio siglo. La «reliquia», como le llamó Valera, sobrevivió tanto a su generación que los no iniciados le creían muerto hacía ya lustros, aunque su reputación de hombre ingenioso quedaba entera en sus fábulas, en sus dichos y en aquello de « ¡Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! », que seguía en boca de las gentes.

Le hallaremos pontificando en el Parnasillo, como redactor en las revistas nuevas y entre los fundadores de las flamantes sociedades literarias. El biógrafo bien podría titular su trabajo «Vida de don Miguel de los Santos Alvarez y de muchos más», pues de tal manera se entretejen estas andanzas con las de sus ilustres amigos que juntas van dando cuerpo a la historia viva del siglo. Recordemos así la muerte de Larra y triunfo de Zorrilla, el desafío entre Pezuela y el autor de *El diablo mundo,* los garrotazos de Prim a «Fray Gerundio», las amistades de Miguel con los Romea y con González Bravo, la fraternal convivencia con Ros de Olano y, al pasar los años, la enemiga de Pastor Díaz y de Ríos Rosas, el apoyo de Prim, la sostenida lealtad de Valera y las bromitas de Alarcón, la no disimulada antipatía de doña Emilia Pardo Bazán, la intimidad con Zorrilla siem-

pre y, ya muy viejo, los paseos nocturnos con Palma y con el Rubén Darío que cuatro años antes había publicado *Azul.*

Y es que don Miguel fue una institución y su fama estuvo asentada, sin duda, en aquel magisterio de todos los días durante tantos años. Tuvo cátedra puesta, muy a la española, en la calle, en los divanes del Casino, en la tertulia del café o en reuniones elegantes como aquella en que le conoció la Pardo Bazán, quien, dicho sea de paso, quedó desilusionada con el viejo escritor, menos chispeante y cortés entonces de lo que su reputación pregonaba. En realidad, cuesta cierto trabajo pensar que el íntimo de Zorrilla y de Espronceda en 1837 fuera el mismo que daba consejos al joven Valle Inclán cuando éste visitó Madrid en 1890.

Sin embargo, los datos biográficos son pocos y casi todos provienen de un expediente administrativo, de referencias en los *Recuerdos* de Zorrilla y de las necrologías, no muy reveladoras, que despidieron al autor de *María.* Su obra abarca tres tomos en octavo de *Tentativas literarias,* dos en prosa y el último en verso, amén de varios artículos de crítica teatral y literaria, un par de cuentos y algunas poesías sueltas, la traducción de un drama y poco más. Obra exigua y pocos datos personales para un hombre que vivió setenta y cuatro años y casi todos ellos en una sola ciudad.

Aun el expediente de una dilatada carrera administrativa (1838-1888) deja en blanco períodos muy amplios en los que hubo los cambios de régimen y las consiguientes cesantías, tan propias de entonces. ¿Qué hizo en aquellas ocasiones don Miguel? ¿Cómo y de qué vivía?

Su vida privada queda oculta en intrigante anonimato al que nadie ha sabido llegar. De sus íntimos, Espronceda murió joven; Zorrilla habla de él con la nostalgia de los tiempos juveniles y con cariño siempre, aunque sin revelar intimidades, y, por fin, don Juan Valera, su gran panegirista, hace un retrato moral intachable, pero tampoco nos dice cómo fue en realidad don Miguel de los Santos [1].

---

[1] *Crítica literaria: Notas biográficas y críticas* (pp. 1306-1309) y *La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX* (pp. 1202-1203), en *Obras completas,* II (Madrid, Aguilar, 1942).

Sus cartas, que debieron ser extraordinarias a juzgar por las anécdotas y por el desenfado de que hace gala en los cuentos, no han llegado hasta nosotros. Perdidas están las que mandó al joven Valera destinado en Brasil y de las enviadas por éste —«las mejores que he escrito», decía don Juan—, hizo tan inoportuno como desdichado auto de fe la familia de Alvarez cuando heredó sus papeles [2]. Entre otros, pertenecientes a la testamentaría de Espronceda, vio Julián Manuel de Sabando, «una numerosa colección de cartas de eminencias en la literatura, sobre todo en la dramática y lírica, escritas en momentos de expansión y con el mayor abandono» [3], entre las que sin duda habría más de una de nuestro don Miguel.

Con tal parquedad de datos concretos contrasta la desbordante popularidad de un hombre tan famoso por su bondad como por sus excentricidades. Alvarez fue leyenda ya en vida y no son pocos los testimonios de quienes cuentan y no acaban de aquel viejo campechano y friolero, reliquia viva de un Romanticismo enterrado lo menos medio siglo atrás.

Contemporáneos y críticos coinciden en alabar el buen natural y conformidad optimista de Alvarez y quienes han enjuiciado su obra la vieron como travesura y desahogo de «énfant terrible» con ganas de asustar burgueses.

Críticos ha habido que trataron de quitar valor a su obra, otros vieron en él tan sólo al comparsa de Espronceda y no han faltado timoratos convencidos de que el mismo diablo dictaba los versos a don Miguel. Entre sus panegiristas los hay entusiastas e incluso algunos, como Ricardo Palma, se extrañaban de que el autor de las *Tentativas* no hubiera llegado a tener un sillón en la Academia.

Interesa su obra en prosa tanto por ser ya precoz muestra de realismo decimonónico como por la calidad y extrañeza de algunas narraciones que hacen de Alvarez uno de los escritores más curiosos de su tiempo.

Mucho hubo de eso. Además, la lectura cuidadosa revela repetición insistente de ciertos temas que, a mi juicio, desmien-

[2] MANUEL AZAÑA: «Prólogo a *Pepita Jiménez*», I, p. 927, nota 18, en *Obras completas* (México, Ediciones Oasis, S. A., 1966), 4 vols.

[3] JULIÁN MANUEL DE SABANDO: «La herencia de Espronceda», en *La Ilustración española y americana* (15-I-1895).

ten la idea convencional que teníamos acerca de la personalidad de Alvarez. Aun concediendo generoso margen al snobismo juvenil, tendremos bastantes años de producción literaria donde a cada paso reaparecen desencanto y obsesión por la muerte violenta, pesimismo y frialdad ante la desgracia e irónico desdén por los seres que él mismo imaginó.

Así, entre bromas y veras, sin perder la sonrisa, el autor da su visión del mundo: sociedad sin entrañas, destino ya predeterminado por Dios, mujeres que bajo su belleza ocultan poderes para destruir al hombre, falta de interés por la existencia diaria y, sobre todo, amenaza constante de catástrofe presta a desencadenarse por naderías.

I.

VIDA

Miguel de los Santos Alvarez y Unzueta nació en Valladolid el 5 de julio de 1818 y al día siguiente fue bautizado, lo mismo que Zorrilla, en la parroquia de San Martín y San Benito el Viejo de aquella ciudad [1]. Fue su padre el licenciado don Pablo Alvarez Alonso, también vallisoletano, quien casó con doña María Jesús de Unzueta, natural de la anteiglesia de Echaguren, valle de Aramayona, provincia de Alava. A Miguel de los Santos siguieron otros cuatro hermanos: Luis, Gervasio, Valentina y Ana [2].

La sublevación de Riego, en Cabezas de San Juan, puso término a una situación de gran inquietud política en todo el país a la que no estaba ajeno Valladolid, donde reinaba gran agitación ya en los primeros días de marzo de 1820; el 7 mandó el Rector clausurar la Universidad y el 10 la multitud sustituyó en la Plaza un rótulo con el nombre de Fernando VII por otro

---

[1] Según partida de nacimiento incluida en el *Expediente Administrativo* que se conserva en el *Archivo de Clases Pasivas* de Madrid. Tanto MELCHOR DE PALAU [«Acontecimientos literarios. Miguel de los Santos Alvarez», *Revista Contemporánea,* LXXXVIII (1892), 529-537] como don JUAN VALERA [*Obras completas,* II. *Crítica literaria: Notas biográficas y críticas,* «Don Miguel de los Santos Alvarez» (Madrid, Aguilar, 1942), página 1306] dan erróneamente la fecha de su nacimiento en 1817.

[2] NARCISO ALONSO CORTÉS en *Miscelánea vallisoletana,* serie séptima, «Miguel de los Santos Alvarez» (Valladolid, Librería Santaren, Imprenta Castellana, 1944), pp. 213-218, nombra un «Valentín», cuarto hijo del matrimonio. Se trata de una equivocación, pues Valera, íntimo del autor de *María,* escribe que «Valentina, casada luego con don Angel María Dacarrete, fue íntima y constante amiga de mis hermanas.» [*Notas biográficas,* p. 1308.] Luis llegó a Contador de la Sala de Indias y murió en Madrid en enero de 1870 (*La Epoca,* 17-I-1870).

con el de la Constitución. Del gobierno se hizo cargo una Junta Provisional que nombró Procurador Síndico del nuevo Ayuntamiento al magistrado Alvarez, hombre de ideas liberales. El día 19 tuvo lugar la solemne jura de la Constitución de 1812 [3].

Sin embargo, cuando tocaban a su fin los tres «llamados años», la proximidad de los Cien Mil Hijos de San Luis, enviados por la Santa Alianza en auxilio del poder absoluto, hizo abandonar Valladolid a todos los elementos liberales. Del 25 al 26 de abril del año 1823 salieron los milicianos nacionales, luego el general Morillo y, al fin, el Empecinado con las últimas tropas. Al atardecer del 27 entró la hueste del cura Merino y uno de los primeros actos del restablecido Ayuntamiento fue nombrar Regidor a don José Zorrilla Caballero [4], colega en la Chancillería de don Pablo Alvarez. Este magistrado Zorrilla, padre del autor del *Tenorio,* fue absolutista ferviente y tan partidario del rey que en breve llegó a ocupar elevados cargos en la administración fernandina.

En cambio, don Pablo Alvarez y los suyos habían tenido que huir a Salamanca, de allí a Extremadura y, finalmente, a Portugal. A partir de entonces nada sabemos de esta familia hasta que regresaron todos a Valladolid diez años más tarde, acogidos al decreto de amnistía firmado por la reina María Cristina en 1833 [5]. No pasaría mucho sin que intimaran Miguel de los Santos y José, hijos de los magistrados enemigos.

Miguel estudió en Valladolid y allí se licenció en Derecho. Sabemos del divertido ambiente de aquellos años tanto por los *Recuerdos* de Zorrilla como por los trabajos de Narciso Alonso Cortés. Aunque por entonces se abolieron las ropas talares, propias del gremio estudiantil, perduraba el espíritu de clase y, además, tanto las nuevas corrientes literarias como la recién estrenada libertad política comenzaban a agitar las aulas. Condiscípulos eran Alvarez y Zorrilla, Pedro de Madrazo, el santanderino Manuel de Assas, Ventura García Escobar, Gerónimo Morán y tantos otros que desde entonces dedicarían sus desvelos

---

[3] ALONSO CORTÉS: *Zorrilla. Su vida y sus obras* (Valladolid, Librería Santaren, 1943), p. 19.

[4] *Ibid.*, p. 28.

[5] ALONSO CORTÉS: *Miscelánea,* p. 214.

a las letras [6]. Como Madrazo recibía libros y periódicos de Madrid, en su casa se reunía el grupo y allí comenzó en todos ellos la admiración por Espronceda, ya famoso, cuyas poesías publicaban con frecuencia las revistas literarias de la Corte. Otras lecturas favoritas eran las obras de Fenimore Cooper, Walter Scott, Casimiro Delavigne, Víctor Hugo, Alejandro Dumas y Chateaubriand.

Conocidas son, en fin, las trastadas de Zorrilla por aquellos años y el poco amor que éste profesaba al *Pandectas*. Al principar el verano de aquel mismo 1836 un procurador de la Chancillería, encargado de velar por el joven, informó a la familia, avecindada entonces en Lerma, que éste era «un holgazán vagabundo», que «andaba por los cementerios a media noche como un vampiro», que «se dejaba crecer el pelo como un cosaco» y que era íntimo de Miguel de los Santos Alvarez, hijo del antiguo colega del ex Relator [7].

Amenazó éste al suyo que, de no obtener el título de Bachiller en el próximo curso, lo enviaría a destripar terrones. Pero el joven poeta, vuelto a Valladolid, continuó como antes y Alonso Cortés supone que tomaría parte en la tan activa Academia de Letras Humanas en la Universidad donde muchos estudiantes ensayaron sus talentos literarios.

En fin, Zorrilla perdió el curso de 1835 a 1836 y sus tutores le acomodaron «en una galera que iba a Lerma, poniéndole a cargo del mayoral».

> «Lo que sucedió entonces, todo el mundo lo sabe. Llegó la galera a Torquemada; Zorrilla hizo alto en casa de un primo suyo; vio pastando en el campo una yegua de éste su pariente, y, poniendo en ejecución el plan de fuga que llevaba meditado, cabalgó sobre ella y emprendió el regreso a Valladolid, no ya por el camino real de Burgos, sino por el del valle del Esgueva» [8].

---

[6] ALONSO CORTÉS se ocupa de varios de estos escritores en su *Antología de poetas vallisoletanos modernos* (Valladolid, Biblioteca Studium, 1914) y recuerda que poco antes habían estudiado en las aulas pincianas.

[7] «Carta III a don José Velarde», en *Recuerdos del tiempo viejo*, I (Madrid, Publicaciones españolas, 1961), p. 26.

[8] ALONSO CORTÉS: *Zorrilla*, p. 87; también ZORRILLA: *Recuerdos*, I, página 27.

Ya en la ciudad, vendió la yegua, pasó la noche en casa de Miguel de los Santos y, al día siguiente, marchó a la Corte con idea de hacerse poeta famoso.

Parece que allí residía Alvarez tras la muerte de su padre (el 27 de octubre de 1835, la madre había fallecido antes) [9]. Galdós le pinta en los primeros días del año 1836, como un «mozo espigadillo, de grandísimos ojos negros», amigo de bromas e íntimo del alférez Patricio de la Escosura, de Pedro de Madrazo, de Juan Bautista Alonso, de Antonio M.ª de Segovia, de José María Díaz, de un Hartzenbusch que por aquel entonces había terminado el segundo acto de *Los amantes de Teruel*, y del personaje galdosiano Fernando Calpena [10]. Según la carta que la misteriosa protectora de Fernando envía a don Pedro Hillo, preceptor de Calpena, Miguel lleva una vida de holganza, alegre y despreocupada, hay veces que desayuna a las cinco de la tarde, escribe, pero sin fe, anonadado ante lo que hacen otros a quienes él considera maestros. «No se podía hacer carrera de aquel chico, dotado de excelsas cualidades, que desvirtuaba con su pereza... amaba a sus amigos entrañablemente; de sí mismo no hacía ningún caso» [11].

Los primeros tiempos de Zorrilla en Madrid fueron un tanto novelescos y difíciles. Parece que el mejor, si no el único, amigo con que contaba entonces era este Miguel, despierto y bien relacionado, a quien iba a buscar a la pensión todas las mañanas. Juntos solían pasar unas horas en la Biblioteca Nacional, gratis y caldeada, y al anochecer salían a matar el tiempo deambulando por los recovecos de la ciudad.

En la Biblioteca estaban, como de costumbre, Miguel y Pepe, el 14 de febrero de 1837, cuando Joaquín Massard, italiano al

---

[9] ZORRILLA: *Recuerdos*, I, p. 30. No parece digna de crédito una anécdota que sitúa a Miguel en el «Parnasillo» la noche en que se presentó Julián Romea en el Teatro del Príncipe el 26 de abril de 1833 [ANTONIO ESPINA: *Romea o el comediante* (Madrid, Espasa Calpe, 1935), página 112]. Más adelante le incluye entre los invitados a una cena ofrecida por el banquero Salamanca y su amante Teresa Rubau poco después del estreno de *Los amantes de Teruel* (pp. 149-154).

[10] *Mendizábal* (Madrid, Librería y casa editorial Hernando, S. A., 1952), pp. 265-266.

[11] *Ibid.*, p. 289.

servicio del Infante don Sebastián, les vino a decir que Larra se había suicidado la noche anterior.

> «Dejónos estupefactos semejante noticia, y asombróle a él que ignorásemos lo que todo Madrid sabía, e invitónos a ir con él a ver el cadáver de Larra depositado en la bóveda de Santiago. Aceptamos y fuimos. Massard conocía a todo el mundo y tenía entrada en todas partes. Bajamos a la bóveda, contemplamos al muerto, a quien yo veía por primera vez, a todo nuestro espacio, admirándonos la casi imperceptible huella que había dejado junto a su oreja derecha la bala que le dio muerte; cortóle Alvarez un mechón de cabellos y volvimos a la Biblioteca, bajo la impresión indefinible que dejaban en nosotros la vista de tal cadáver y el relato de tal suceso» [12].

Alonso Cortés recoje una carta de Massard que discrepa un tanto de este relato, pues, según el italiano, quienes bajaron a la bóveda de Santiago fueron él, Zorrilla y el capitán de Coraceros Antonio Madera. Afirma además Massard que fue él mismo quien «con un cortaplumas» cortó «una melena de la cabeza del desgraciado Larra» [13].

También, por indicación del despierto napolitano, preparó Zorrilla unos versos al difunto; por la noche, en la buhardilla de un cestero, donde vivía, a la luz de una vela y haciendo pluma de un mimbre afilado —un *kalam,* dice él— mojado en el tinte de los mimbres, escribió su composición. A la mañana siguiente la copió en casa de Alvarez, salió luego a pretender un empleo y más tarde acudió a casa de los hermanos Massard con quienes fue al cementerio [14].

No será necesario recordar aquí la contenida emoción que dominó en el entierro ni el asombro que causó la voz nueva de Zorrilla al pie de los restos de Larra:

> «Ese vago clamor que rasga el viento
> es la voz funeral de una campana:
> vano remedo del postrer lamento
> de un cadáver sombrío y macilento
> que en sucio polvo dormirá mañana.»

[12] *Recuerdos,* I, p. 31.
[13] ALONSO CORTÉS: *Zorrilla,* Apéndice XIII, p. 1062.
[14] *Recuerdos,* I, pp. 32-33.

Al terminar la lectura se le acercó Luis González Bravo, entonces periodista joven, quien le llevó a cenar y le presentó aquella misma noche a notabilidades del momento como Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Gil y Zárate, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Donoso Cortés, Pastor Díaz y Joaquín Francisco Pacheco. A las ocho de la mañana siguiente ya estaba el consagrado poeta en la habitación de su amigo Miguel para contarle sus pasadas aventuras:

> «Asombróle primero lo sucedido; alegróle después; lloramos, reímos, ayudéle a vestir y saltamos y cantamos alrededor del chocolate como los indios de Fenimore Cooper alrededor del poste de la guerra; la patrona creyó que nos había caído la lotería.
>
> Como si tal nos hubiera acontecido, nos echamos a la calle y comenzamos a dar fin a los pocos duros que le quedaban a Alvarez; declarámonos los dos modernos Pílades y Orestes; presentéle yo a cuantos me presentaron; presentóme él a la que después fue mi mujer [15], y cuando llegaron a nuestras manos los primeros treinta duros de *El porvenir,* de Donoso, nos creímos dueños del universo» [16].

Zorrilla tenía ahora empleo, amigos poderosos y celebridad; de allí a poco García de Villalta le presentó al tan admirado Espronceda, con quien intimó desde el primer día. No obstante, la diferencia de amistades y costumbres llegó a distanciarles, aunque no a entibiar el cariño mutuo [17]. En cambio, Miguel, perezoso, despreocupado y sin ambiciones, iba a convertirse en el amigo inseparable de Espronceda.

Se ignoran las circunstancias en que éste conoció al famoso autor de *El diablo mundo,* diez años mayor que él. No es difícil imaginar que la amistad comenzara al frecuentar ambos aquellos lugares, no muy numerosos, donde se reunía el mundillo intelectual. Madrid era todavía un lugarón pueblerino, los elegantes paseaban por el Prado y comían en aquellas fondas des-

[15] Doña Florentina O'Reilly.

[16] *Recuerdos,* I, p. 42.

[17] De aquellos tiempos queda como testimonio la dedicatoria a Miguel de *Vivir loco y morir más,* «Capricho dramático», incluido en las *Poesías* de ZORRILLA, tomo I (Madrid, Imp. de I. Sancha, 1837), ALONSO CORTÉS: *Zorrilla,* pp. 197-198.

critas por Larra; la clase media, temerosa de Dios y todavía ajena a lujos ultrapirenaicos, era trasunto de la retratada en *El castellano viejo;* y por las calles resonaban pregones tan variados como pintorescos.

La gente nueva trataba de cambiar esta imagen y ya, desde los últimos tiempos del rey Fernando, se reunía en un cafetín cercano al teatro del Príncipe, destartalado cenáculo bautizado con el nombre de «Parnasillo» por don Juan Nicasio Gallego. Así recordaba aquel lugar Mesonero Romanos y su castiza descripción vale la pena:

> «Una docena de mesas de pino pintadas de color de chocolate, con unas cuantas sillas de Vitoria, formaban su principal mobiliario; el resto le completaban una lámpara de candilones pendiente del techo, y en las paredes hasta media docena de los entonces apellidados *quinquetes,* del nombre de su inventor, cerrando el local unas sencillas puertas vidrieras, con su ventilador de hojalata en la parte superior. En el fondo de la salita, y aprovechando el hueco de una escalera, se hallaba colocado el mezquino aparador, y a su inmediación había dos mesas con su correspondiente dotación de sillas vitorianas. Estas dos mesitas eran las únicas ordinariamente ocupadas por unos cuantos comensales, personas de cierta gravedad, diplomáticos antiguos en su mayor parte; y eran los señores Cuadra, Arriaza, Onís, Aguilar, Pereyra, Dehesa y Carnerero, los cuales, por costumbre inveterada, venían todas las noches a tomar su taza de café o su jícara de chocolate, que se hacían servir a la mano desde el contiguo aparador, sin tomar para nada en cuenta la mezquindad y suciedad de los trebejos de cristal o de loza en que aquellos confortantes les eran administrados. El resto de la sala permanecía constantemente desierto, y alumbrado tibiamente por la tétrica luz de los candilones el empolvado pavimento de baldosa de la ribera, en cuyos intersticios crecía la hierba, que acudían ganosos a *pastar* los ratones y correderas con la misma franqueza que si fueran ganado de la Mesta en prado comunal» [18].

En el invierno de 1830 ó 1831 empezó a congregarse allí la juventud romántica aun a trueque de abandonar para ello

[18] *Memorias de un setentón,* II (Madrid, Publicaciones españolas, 1961), pp. 71-72.

lugares tan tradicionales como el café de Venecia, el de Solito y el de Morenillo. El nuevo local, muy concurrido siempre, se convirtió en centro de la vida intelectual madrileña y por él desfilaron todas las personalidades de la época.

Mesonero y el general Fernández de Córdoba, antiguos parroquianos del «Parnasillo», dejaron en sus *memorias* nombres y anécdotas de por entonces. Allí tuvo su centro la «partida del trueno», famosa en Madrid por sus desmanes y bromas, algunos de gusto dudoso o un tanto infantiles. Entre sus miembros se contaron Larra, Espronceda, Ventura de la Vega, Escosura, Ortiz, Pezuela, Juan Bautista Alonso y Miguel de los Santos Alvarez. Córdoba, íntimo de Escosura y Ros de Olano, también militares, solía unirse al grupo, del que refiere algunas fechorías [19].

En descargo de aquellos aburridos ingenios será necesario recordar los escasos incentivos de la vida nocturna madrileña de entonces: a los cafés acudía poca gente, en el teatro del Príncipe y en el de la Cruz, los dos únicos de la Corte, no había función todos los días y a las once ya cerraban. En las calles había no pocas inmundicias, el alumbrado era casi inexistente y la vigilancia escasa.

> «Larra una noche, con un cubo de almazarrón de que se había provisto y una brocha, embadurnó la caja amarilla del *cabriolé* del duque de Alba, que a la puerta de una casa esperaba con otros coches, no pudiendo reconocerle el mismo duque cuando salió, por más que al despertar el cochero le asegurase que aquél era su propio vehículo. Otra de las diversiones de Espronceda y sus amigos consistía en atar el extremo de una cuerda al coche que más cerca del puesto de una castañera estacionase, y el otro extremo al cajón de

[19] VICENTE DE LA FUENTE: *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la francmasonería* (Barcelona, Editorial Prensa Católica, 1933), pp. 244-247, sostenía que la «partida del Trueno» fue origen de otras varias como la de *la Porra* en Madrid, o la *del Chorizo* en Zaragoza, y que la formaban Guardias de Corps, oficiales, jóvenes de buena familia y literatos. Basándose en datos del tiempo, ROBERT MARRAST concluye que ni aun entonces se supo con exactitud lo que fue la partida del Trueno y, a fines de 1835, se dio este nombre a un grupo de alborotadores o calaveras *Jose de Espronceda et son temps* (París, Klincksieck, 1974), pp. 482-485.

la castañera misma, procurando de este modo, al arrancar el coche, la caída y momentáneo arrastre de castañera, cajón, castañas y puchero. Casi todos aquellos calaveras salían a sus endiabladas expediciones armados de sendas cerbatanas, cuyos proyectiles, diestramente lanzados, ametrallaban cristales de tiendas, bacías de barberos, faroles de alumbrado y aun a muchos pacíficos y retrasados transeúntes. El uso de estos instrumentos produjo varios conflictos en Madrid, y fue al cabo prohibido por la autoridad. Otras noches, la *Partida* hacía irrupción en alguna casa modesta en que se celebrase sarao o tertulia, y del comedimiento y cortesía pasaba pronto al uso de bromas imposibles de tolerar por los dueños de la casa, terminando las reuniones a cintarazos ordinariamente» [20].

Con todo, estos muchachos eran los únicos a quienes preocupaban cosas tan altas y nobles como la literatura y las artes y, a poco, formarían el núcleo del Romanticismo en España. De ellos dijo Galdós: «Aquella juventud, en medio de la generación *turbulenta, camorrista y sanguinaria* a que pertenecía, era como un rosal cuajado de flores en medio de un campo de cardos borriqueros, la esperanza en medio de la desesperación, la belleza y los aromas haciendo tolerable la fealdad mal oliente de España de 1836» [21].

Del Parnasillo brotaron luego verdaderas sociedades literarias y artísticas como el Ateneo, el Liceo, el Instituto y la Academia Filarmónica. El primero fue establecido a propuesta de la Sociedad Económica Matritense, se inauguró el 6 de diciembre de 1835 y, según Mesonero, se distinguió desde sus principios por acusado moderantismo. De don José Fernández de la Vega, también contertulio del Parnasillo, fue la idea de *reunir periódicamente a literatos y artistas*. La primera junta tuvo lugar a fines de marzo de 1837 y asistió a ella un grupo reducido donde se contaban Nicasio Gallego, Gil y Zárate, Escosura, Alvarez, Ventura de la Vega, Espronceda y Zorrilla entre la gente de letras, y Esquivel, Villaamil y Elbo entre los pintores. Así nació el Liceo Artístico y Literario, por cuyos salones

[20] FERNANDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: *Mis memorias íntimas*, I (Madrid, B.A.E., 1966), Ed. de Miguel Artola, pp. 91-92.
[21] *Mendizábal*, p. 281.

en el palacio de los Duques de Villahermosa desfilaron la familia real, lo más brillante de la sociedad madrileña y todos los políticos, artistas, músicos y literatos de entonces [22]. De su directiva formó parte Alvarez en enero de 1838 [23].

Este, inseparable ya de Espronceda, frecuenta tanto los centros literarios como los salones elegantes. Sin duda, la efervescencia circundante y la ilusión juvenil le empujan a escribir y cuando en mayo de 1837 apareció *No me olvides*, revista literaria dirigida por Jacinto de Salas y Quiroga, así nombrada en recuerdo de la que dirigió José Joaquín de Mora en el Londres de la emigración, Alvarez publicó allí cuatro poemas, un artículo de crítica literaria y un cuento, todo en el mes largo que duró la empresa de Salas [24].

En 1837 el Romanticismo español había dado a la escena sus mejores dramas, sonaban ya los nombres de varios jóvenes poetas cuyos libros aparecerían hacia 1841, año cumbre de la lírica romántica en España, y Larra, apenas fallecido, era ya modelo a imitar, aunque no faltaban tampoco ataques contra la nueva escuela como «El romanticismo y los románticos», ingeniosa burla de Mesonero Romanos. Las revistas literarias proliferaban y, siguiendo a Hartzenbusch e Hiriart, frente a las sesenta y cuatro publicaciones que vieron la luz en los diez años del segundo período *absoluto* (1824-1833), contamos nada menos que 144 en los cuatro años siguientes (1834-1837). El nuevo Liceo madrileño también publicó su revista, el *Liceo Artístico y Literario Español*, donde había lugar para obras de todo tipo, entre ellas, un soneto de Alvarez titulado «El Ausente».

[22] MESONERO ROMANOS: *Memorias*, II, pp. 200-215.

[23] *Obras completas de D. José Espronceda* (Madrid, B.A.E., 1954), Ed. de Jorge Campos, p. XXIX. En el *Catálogo del Liceo Artístico y Literario de Madrid* (Madrid, 1841) figuran como socios de la «1.ª sección, Literatura», además de Miguel de los Santos Alvarez (núm. 359), Salvador Bermúdez de Castro (núm. 146), Espronceda (núm. 151), Escosura, ausente (núm. 152) y García de Villalta (núm. 136), entre otros. Nazario Carriquiri fue *contador* y Hartzenbusch *bibliotecario*.

[24] *No me olvides*, «periódico de literatura y Bellas Artes», Madrid, 1837-1838. Principió el 30 de mayo de 1837. El número XLI, último que vio Hartzenbusch, corresponde al 11 de febrero de 1838. EUGENIO HARTZENBUSCH E HIRIART: *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 hasta el 1870* (Madrid, Sucs. de Rivadeneyra, 1874), p. 55.

Adviértase que esta revista se caracterizó por tomar una actitud ecléctica muy propia de un nutrido sector en las letras españolas a partir de entonces [25].

Fue en la primavera de 1838 cuando nuestro poeta obtuvo su primer destino: Contador de Rentas del partido de Mérida, en la provincia de Badajoz, con 10.000 reales de sueldo al año [26], según Real Orden fechada el 1.º de febrero de ese año. Alvarez permaneció allí tres meses escasos: su toma de posesión va fechada el 15 de abril y su cesantía el 10 de junio. En este tiempo debió gestionar en Madrid el traslado a lugares más amenos, pues el 8 de agosto toma posesión como Oficial 1.º de la Administración de Rentas en Alicante. Se trata de una permuta aprobada por Real Orden del 22 de mayo de 1838. Esta vez será Oficial 1.º por diez meses, pues el 8 de mayo del año siguiente, y también por permuta, se le nombra Archivero de Hacienda en la misma ciudad. Cesó al poco tiempo (18 de

---

[25] *Liceo Artístico y Literario español.* Comenzó en enero de 1838, se repartía mensualmente. HARTZENBUSCH: *Apuntes,* p. 56. En el *episodio nacional De Oñate a La Granja* (Madrid, Librería y casa editorial Hernando, S. A., 1953) han transcurrido pocos meses (acaba de estrenarse *El Trovador*), la amistad entre Alvarez y Calpena es ya sólida y éste cita ya algún dicho de su ingenioso amigo (p. 307). A todo esto ya han terminado las andanzas de Fernando por el país vasco y está en Villarcayo convaleciendo de su descalabro amoroso. Hasta allí le llegan las cartas de su madre y las de Hillo. Por cierto que en una de las de don Pedro va incluida otra de Miguel de los Santos, muy cariñosa y larga, donde le cuenta la muerte y entierro de Larra y el triunfo de Zorrilla en el cementerio.

La carta, naturalmente, es de Galdós, pero escrita con tal gracejo y perspicacia que, a no mediar un desliz en la cronología, se podría tomar a primera vista por auténtica. El desliz consiste en mencionar *La protección de un sastre* y en dar unas citas de *María,* obras que no se publicaron hasta 1840 y 1841 respectivamente [*La estafeta romántica* (Madrid, Librería y casa editorial Hernando, 1953), p. 93]. Lo más gracioso es que, al cabo de unas páginas, la madre de Calpena confiesa a su amiga Valvanera que ella falsificó la carta de Miguel quien, para más escarnio, no acudió al entierro por falta de ropa de luto, pues aquel día «se agotaron las levitas».

[26] Cantidad bastante aceptable entonces, a la altura del sueldo del director de un hospital (12.000 reales) o de un catedrático del Conservatorio de Madrid (entre 10.000 y 14.000). Cf.: MARRAST: *Espronceda,* página 456 y notas 135-136.

agosto de 1839)[27]. Sin embargo, es posible que Alvarez abandonara Alicante antes del día de cese, pues en junio le hallamos con Espronceda en Granada. Según Rodríguez Solís (quien erróneamente fechaba el viaje un mes más tarde), el autor de *El diablo mundo* pensaba reponer su maltrecha salud y, a la vez, visitar a Julián Romea, quien se encontraba allí con su compañía.

El Liceo Artístico granadino, llamado entonces la Asociación Literaria, celebró una velada en honor de los forasteros. Espronceda leyó un fragmento de *El estudiante de Salamanca* [«Está la noche serena...»] y Alvarez la poesía «Pobres niños»[28]. Ambos fueron nombrados socios honorarios «por aclamación» y las composiciones se publicaron luego en *La Alhambra,* órgano de la asociación[29].

En Granada, y a sus expensas, elevó Romea un monumento al gran actor Máiquez, que murió desterrado allí en 1826, sin permitir la contribución económica de otras personas deseosas de hacerlo. No faltaron quienes criticaron tanto esta actitud como el valor estético del monumento mismo, por lo que Romea envió al *Mensajero del Pueblo,* enemigo suyo, y a *El Corresponsal,* una carta aclaratoria donde, entre otras cosas, decía:

> «He obtenido además la aprobación de mis amigos Espronceda y Alvarez que han visto el monumento; y no es esta aprobación la que menos estimo, porque su cariño hacia mí y el interés que toman por todo lo que es mío les ha hecho siempre severos en sus juicios, y más de una vez me han indicado mis defectos, que yo he procurado corregir.»

En la reseña de «Teatro» enviada al *Eco del Comercio,* de Madrid, que la publicó el 23 de julio de 1839, Espronceda ensalzaba al actor y su idea de dirigir el monumento[30].

Los incidentes relacionados con el duelo no podían faltar

---

[27] *Archivo de Clases Pasivas. Expediente administrativo de don Miguel de los Santos Alvarez. Hoja de servicios.*

[28] ENRIQUE RODRÍGUEZ SOLÍS: *Espronceda; su tiempo, su vida y sus obras* (Madrid, Cao y De Val, 1883).

[29] *La Alhambra,* vol. II, núm. 3, pp. 33-34.

[30] ROBERT MARRAST: *Espronceda. Articles et discours oubliés* (París, P.U.F., 1966), p. 12.

en la vida de un personaje de aquellos tiempos. Aunque no hay datos indicativos de que Alvarez llegara a batirse nunca, su afición a los desafíos fue harto acusada, como tendremos ocasión de ver más de una vez. No le iba en zaga el grupo de sus íntimos destacando siempre Espronceda, protagonista de un suceso en el que originariamente nada le iba ni le venía.

En enero de 1840, don Andrés Borrego, director de *El Correo Nacional,* moderado, desafió a don Luis González Bravo, pues consideraba injurioso un artículo aparecido en *La Legalidad,* periódico progresista dirigido por el mismo González Bravo, quien atacaba violentamente la defensa que *El Correo Nacional* hacía del ministro de Hacienda, San Millán [31]. El 11 reproducía *La Legalidad* un artículo de *El Correo Nacional* del día anterior, seguido de una carta firmada el 10 por Espronceda, que comenzaba así:

> «Agraviado *D. Andrés Borrego* del artículo inserto en *La Legalidad* del día 7 del corriente, núm. 132, exigió de la redacción de este periódico una satisfacción conveniente, y habiéndose ofrecido *D. Luis González Bravo* a dársela conforme al honor, encargó al *señor conde de las Navas* y a *D. Miguel de los Santos Alvarez* el arreglo del negocio con amplias facultades en todos casos. Un incidente hizo que estos señores se separasen de este asunto, y entonces el señor Bravo nos hizo el honor de elegirnos, dándonos iguales poderes que a ellos para que nos entendiéramos con el *señor coronel La Pezuela* y el *señor Bienvenga,* amigos del señor Borrego» [32].

---

[31] *La Legalidad,* 132, 7-I-1840, pp. 2-3. MAURICE-GERARD DUBOYS DE LAVIGERIE: «Miguel de los Santos Alvarez» (Tesis de Licenciatura, mecanografiada). Directeur de recherches: Mr. le Professeur A. Rumeau, París, junio de 1960, Faculté des Lettres de Paris, Institut d'Etudes Hispaniques de Paris. El trabajo del Sr. Duboys contiene algunas referencias que yo no conocía y que debidamente advertiré como suyas. Agradezco aquí la amabilidad del Institut d'Etudes Hispaniques de Paris cuya biblioteca me facilitó consultar esta tesis. De Duboys he tomado los datos referentes a *La Legalidad, La Constitución, El Corresponsal* y *El Correo Nacional.*

[32] *La Legalidad,* 136, 11-I-1840, p. 4 (b, c). Los nombres propios van subrayados en el texto.

Parece que fue idea de Espronceda que el desafío fuera a pistola, avanzando y disparando, pero la llegada de la noche y el que se estropease una de las armas hizo suspender el duelo. Al día siguiente, 9 de enero, los representantes de González Bravo presentaron otras condiciones y los de Borrego aclararon lo ocurrido. Días después se renovaron los ataques contra el director de *La Legalidad* y sus padrinos quienes «sostenían esta flaqueza, tratando de suplir con vana palabrería lo que sólo debería ser ánimo y corazón» [33].

Al parecer, Alvarez estuvo cesante entre el 18 de agosto de 1839 y el 12 del mismo mes de 1842; en estos años desarrolló una actividad literaria tan grande que de entonces data la mayor parte de su obra. Tanto sus colaboraciones en revistas de actualidad como su situación en las filas de la nueva generación romántica le habían dado a conocer y en enero de 1840, establecida ya su reputación, publicó su primera novela.

En febrero los periódicos madrileños anunciaron la aparición de *La protección de un sastre,* novela corta original. Primero fue *El Mensajero del pueblo,* del 5 de febrero, seguido

---

[33] JORGE CAMPOS: *Espronceda,* p. XXVIII. Según el Marqués de Cabriñana, a consecuencia de esto, Espronceda retó a Pezuela; el duelo fue a sable y sin más testigos que Ros de Olano: «El encuentro tuvo lugar detrás de las tapias del cementerio de San Martín, y Espronceda recibió una fuerte contusión en el dedo pulgar de la mano derecha.

Trató Ros de Olano de dar por terminado el lance, pero, excitado Espronceda por su herida, desoyó los ruegos del único testigo y juez de campo, y avanzando con inusitada furia y violencia, llegó a arrinconar a su adversario, que no podía romper más, adosado, como estaba, a las tapias del cementerio.

Pezuela tenía mayor dominio del sable que Espronceda; quería a éste como a un hermano y trataba de contenerle, sin herirle nuevamente; pero el furioso poeta seguía arremetiéndole, sin escuchar las voces de Ros de Olano, y entonces su adversario le descargó una tremenda cuchillada, que dio con él en tierra, rompiéndole una clavícula.

La antigua y sincera amistad de los dos compañeros del Parnasillo se reanudó inmediatamente...» [*Lances entre caballeros* (Madrid, Rivadeneyra, 1900), p. 168.] Lo ocurrido no queda claro, Cabriñana equivoca las fechas y dice que fue González Bravo quien retó a Borrego; Alonso Cortés corrige la cronología; Pujals no menciona este duelo; Jorge Campos sigue a Cabriñana y a Alonso Cortés y añade otros datos de la prensa del tiempo; López Núñez cuenta de otro modo el encuentro entre Espronceda y Pezuela; tampoco es clara la versión de Duboys.

de *La Prensa,* del 7, *El piloto,* del 16, y la *Gaceta de Madrid,* del 26. Según *La Prensa,* el libro se vendía «a 10 reales en las librerías de Rodríguez, calle de Carretas, Cuesta, frente a las Covachuelas, y la viuda de Miyar, calle del Príncipe» [34].

La obra recibió acogida muy halagüeña a juzgar por las críticas de Diego Coello y Quesada, en *El Corresponsal,* del 18 de febrero, y de Salvador Bermúdez de Castro, en el *Semanario Pintoresco,* el 10 de mayo de aquel año.

Se diría que Alvarez, novelista de éxito y autor de la primera entrega de un poema que promete, va tomando en serio su actividad literaria. Tanto escribir denota disciplina y es posible que el ejemplo de Espronceda le sirviera de acicate. En poesía prefiere ahora los sonetos, bien medidos y pensados, que alterna con grandes tiradas de silvas *(María, Al mar),* metro muy de su agrado.

También probó fortuna en las tablas con *El Artesano,* traducción de *L'Ouvrier,* drama en cinco actos de Federico Soulié. La obra se presentó los días 10, 11 y 12 de julio de 1840 en el teatro del Príncipe, y aunque tuvo un éxito discreto fue la única tentativa de Alvarez como autor teatral [35].

Aquel mismo año, Espronceda, Miguel y Ros de Olano estuvieron en los baños de Carratraca, situados entre Ronda y Málaga, y parece que el verano fue bastante agradable según testimonio del joven Juan Valera, quien, refiriéndose a Espronceda, escribe que «nunca faltaba en bailes, ni en tertulias, ni en jiras campestres». Valera, que entonces era poeta, intimó allí con todos ellos y muy especialmente con Alvarez y, aunque sus versos no gustaron a Lista, merecieron la aprobación de sus tres nuevos amigos [36].

---

[34] DUBOYS, pp. 22-23 y notas 59 y 60.

[35] FÉLIX HERRERO SALGADO: *Cartelera teatral madrileña,* II, 1840-1849 (Madrid, C.S.I.C., 1963), p. 5.

[36] CYRUS DE COSTER: *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)* (Valencia, Castalia, 1956), p. 31, IV. Carta a Damián Menéndez Rayón; MIGUEL ARTIGAS y PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ: *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo (1877-1095)* (Madrid, Espasa Calpe, 1946), carta 132, y JUAN VALERA: *Notas biográficas,* p. 1305. De Carratraca salió Espronceda cuando el pronunciamiento del 1 de septiembre de 1840 a ocupar su puesto como primer teniente en la compañía de Cazadores de Octavo batallón, en la Milicia Nacional. Mandaba la compañía el

Ya de vuelta prepara Miguel la primera entrega de *María*, impresa en Madrid en 1841, Gabinente Literario, calle del Príncipe, 25; el poema va dedicado muy expresivamente «A su querido Pepe Espronceda» y la prensa comienza a hablar con elogio del poema a partir de febrero de aquel año. El día 19 es *Fray Gerundio* [37]; el 28 comenta *El Iris* cuán propicios han sido los últimos tiempos para la poesía, cita los libros de Campoamor, Zorrilla, Espronceda y Pastor Díaz y anuncia la próxima aparición de los *Ensayos poéticos* de Salvador Bermúdez de Castro y la 1.ª entrega de *María* [38]. También *La Constitución* anuncia el poema el día 10 [39], y el 13, tras dedicarle unas líneas elogiosas [40], promete volver a ocuparse de *María* (lo que no hará); el 12 es el periódico moderado *El Corresponsal* [41], y el día 17 de marzo el progresista *Eco de Comercio* [42]. Todavía el 30 de agosto se menciona el poema en el *Boletín de Fray Gerundio* [43].

En febrero de 1841 vio la luz en Madrid otra revista literaria, *El Iris, Semanario enciclopédico*, dirigido por don Francisco de Paula Mellado. Colaboraron allí los jóvenes románticos del momento: Ros de Olano, Espronceda, Pedro de Madrazo, Salvador Bermúdez de Castro, Campoamor, Escosura y Miguel de los Santos Alvarez. En *El Iris* apareció el cuento de este último, *Agonías de la corte*, en dos partes, que *El Corresponsal* anunció el 8 de febrero [44]. El mismo día se lee en *La Constitución:*

---

conde de las Navas y era segundo teniente González Bravo [JOSÉ CASCALES MUÑOZ: *El auténtico Espronceda pornográfico y el apócrifo en general* (Toledo-Madrid, Victoriano Suárez, 1932), p. 31].

[37] «*María*, por don Miguel de los Santos Alvarez. Entrega 1.ª. Un cuaderno en 8°, edición de lujo. Se vende a 6 rs», *Fray Gerundio, boletín de noticias* (en *El Gerundio*, tomo XIII), 19-II-1841, p. 4, col. 2. También se anunciaron allí los *Ensayos poéticos* de SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO.

[38] *El Iris*, 4, 28-II-1841, p. 76, «Anuncios».

[39] *La Constitución*, 69, 10-III-1841, p. 4, col. 3.

[40] *Ibid.*, 13-III-1841, p. 3, col. 2.

[41] *El Corresponsal*, 650, 12-III-1841, p. 4, col. 4.

[42] *Eco del Comercio*, 2512, 17-III-1841.

[43] *Boletín de Fray Gerundio*, 1.ª serie, núm. 12, 30-VIII-1841, «Anuncios», p. 4, col. 3.

[44] *El Corresponsal*, 618, 8-II-1841, «Anuncios».

«Hemos sido agradablemente sorprendidos con la lectura del primer número, porque en él hemos visto hermosos trozos de prosa y verso, firmados por literatos acreditados...

D. Miguel de los Santos Alvarez, que ya conocen nuestros lectores por los folletines de teatros y otros que de él insertamos con frecuencia, firma el tercer artículo, y la misma ligereza y soltura le acompaña en esta obrita que en todas las que salen de su festiva pluma...

Por último, termina este número con un fragmento inédito del *Diablo Mundo*, poema que está publicando el señor Espronceda» [45].

Finalmente, *El Correo Nacional* [46] también menciona esta obra de Alvarez, el 13 de febrero. *La Agonía 2.ª* apareció también en *El Iris* [47] y recibió la atención de la prensa [48].

El 15 de mayo de 1841 salió a la calle el primer número de *El Pensamiento*, «revista de literatura y artes», cuyos «redactores y editores» fueron Eugenio Moreno, José de Espronceda, Antonio Ros de Olano y Miguel de los Santos Alvarez. Allí colaboraron Enrique Gil, Gabriel García Tassara, Luis González Bravo, José García de Villalta y Serafín Estébanez Calderón [49].

Para Espronceda no era tarea nueva la redacción de un periódico; ya en 1834, junto a Ros de Olano, Ventura de la Vega y Bernardino Núñez de Arenas colaboró en *El Siglo*, que sólo duró mes y medio [50]. En la decisión de lanzar *El Pensamiento* influyó, muy posiblemente, el deseo de dar a conocer mejor los nombres de un grupo de amigos, aficionados a la literatura y admiradores de Espronceda.

El «editor responsable» de la revista fue Alvarez y así lo indica una referencia. Suyos son el «Prólogo», donde harto

[45] *La Constitución*, 39, 8-II-1841.

[46] *Correo Nacional*, 1117, 13-II-1841.

[47] *El Iris*, 4, pp. 69-72.

[48] *Fray Gerundio*, boletín de noticias, 2-III-1841, p. 4, col. 2; *El Corresponsal*, 639, en la misma fecha, y *Correo Nacional*, 1149, del 10 del mismo mes.

[49] Cf.: mi artículo «*El Pensamiento* de 1841 y los amigos de Espronceda», *BBMP*, XLIV (1968), 329-353.

[50] RODRÍGUEZ SOLÍS: *Espronceda*, pp. 119-127, y MARRAST: *Espronceda*, pp. 286-307.

socarronamente presenta esta publicación, la primera «Revista de la quincena» y una crónica de «Teatros». Las restantes «revistas», en número de once, van sin firma, pero también se deben a la misma pluma.

De sus cuentos, figuran aquí «Principio de una historia», «Agonías de la corte», «Amor paternal» y «Dolores de corazón». En verso, una «Canción», las famosas «Quintillas» y cuatro sonetos.

El Pensamiento fue, sin embargo, una de tantas venturas literarias de corta vida, y, a juzgar por la fecha, el nombramiento diplomático de Espronceda parece haber sido decisivo en el fin de su publicación.

La amistad de Miguel de los Santos y de Espronceda fue tan íntima como breve. Recordaremos que ambos se conocieron en Madrid, e intimaron en el año 1837 tras la muerte de Larra. En abril de 1838, Alvarez marchó a Mérida y en julio del año siguiente, libre ya de tareas administrativas, visitaba Granada con el autor de *El diablo mundo.* Ya en Madrid, permanecieron juntos, descontando la corta ausencia de Espronceda en Holanda, hasta el 12 de mayo de 1842, cuando Alvarez dejó la Corte para embarcarse al Brasil. Según esto, tan entrañable amistad no duró más de cuatro años. En este tiempo, a poco de regresar de Granada, murió Teresa, y más tarde, el 29 de octubre de 1840, muy apenado Espronceda por la muerte de su madre, se fue a vivir a casa de Ros de Olano en la calle de la Almudena [51]. Debía ser el número 117, cuarto principal, señas de la redacción de *El Pensamiento* y al publicarse esta revista, Alvarez y Espronceda compartían un piso en la calle de la Greda (hoy de «Los Madrazo»), número 19, cuarto segundo, que la misteriosa *Jarifa* había proporcionado al último [52].

Dada su devoción por Espronceda y su afición a tertulias y amigos, bien podrían haber sido estos años de estrecha camaradería y empresas literarios los más felices y vitales en la existencia de Miguel. De la vida común por entonces contaba

---

[51] MARRAST: *Poesías,* p. 22.
[52] JORGE CAMPOS: *Espronceda,* p. XXIX.

Ros, en «Satisfacción sofística», una narración aparecida también en *El Pensamiento:*

> «Desde mi casa a la de mis dos amigos, median treinta pasos contados [53].
>
> Un solo diablo nos puede vigilar a los tres sin gran trabajo, porque a más de vivir en *vecindad* sucede que cuando salimos a *esparcir el ánimo* andamos casi siempre juntos.
>
> Mis amigos y yo tenemos deliciosísimos ratos: solemos pasar las horas tras las horas tendidos en nuestras respectivas camas; y mientras allí los cuerpecillos se solazan a sus anchas, el espíritu de cada uno tiende a dilatarse...» [54].

Lances de honor y bromazos, holganza y tiempo libre para Miguel de los Santos, «de profesión, cesante», según padrón municipal, quien, a ratos perdidos, compone con Pepe algunos desvergonzados fragmentos de un poema poniendo en solfa a «Dido y Eneas».

También en la continuación de *El diablo mundo* hay unas estrofas de gran interés autobiográfico, donde Alvarez refiere detalles del vivir diario de los amigos y de las sobremesas en torno a un velador que, muerto Espronceda, conservó luego el desconsolado Miguel como reliquia:

---

[53] El profesor Marrast ha tenido la amabilidad de facilitarme el siguiente documento: «Arch. de la Villa, Madrid, *Quintas,* leg. 1-194-2. Padrón general del Barrio de las Cortes hecho en el año de 1842, por su alcalde Dn. Franco. Cortizo. Madrid, 28 de febrero de dcho. año.

Nombres	*Edad*	*Estado*	*Naturaleza*	*Profesión*	*Tiempo de residencia*
D. Miguel de los Santos Alvarez	25	Soltero	Valladolid	Cesante	6
.....					
D. Antonio Ros	30	Soltero	Cataluña	Coronel	6

Calles	*Núms.*	*Cuarto*	*Observaciones*
De la Greda	19	2 dcha.	—
Id.	15	15 bajo	—

[54] «Satisfacción sofística», en *El Pensamiento,* p. 185.

«Hoy, de aquel velador querido al lado,
Que era nuestro bufete y nuestra mesa,
Cual tantas veces con pereza escribo,
Por si acaso en los recuerdos vivo
Ya que el vivir del día de hoy me pesa.

Este es el velador aquél, testigo
De nuestras largas íntimas veladas,
Continuación del fiel diálogo amigo,
Interminable y loco, alegre o triste...

Y ¡cuántas veces! súbito, se armaba
En mesa el velador, y los papeles
Sucios de prosa y verso se mudaba,
Por ponerse blanquísimos manteles.
Y seguía la plática, sabrosa
Más aún que la cena improvisada,
Cuanto menos formal más cariñosa;
Entre nosotros dos, la mesa amada.»

* * *

Aquel 1840 fue un año de grandes acontecimientos políticos en España que culminaron con la abdicación de la Reina Regente el 12 de octubre. El 19 de marzo de 1841 el general Espartero entraba a dirigir los destinos del país como regente único. José Espronceda, político activo y entusiasta miliciano nacional, recibió un nombramiento de Secretario de Legación en La Haya, prueba según Cascales y otros biógrafos del aprecio que profesaba don Baldomero al poeta [55]. Sin embargo, Robert Marrast demuestra que con tal destino diplomático el gobierno intentaba mantener lejos a un radical de cuidado [56].

Miguel de los Santos Alvarez, a quien las simpatías liberales venían de familia, fue también distinguido por el nuevo gobierno con otro puesto: Secretario de Legación en Río de Janeiro, con un haber anual de 16.000 reales [57]. La Orden es de

[55] José Cascales Muñoz: *Don José de Espronceda. Su época, su vida y sus obras* (Madrid, Bibl. «Hispania», 1914), p. 128.

[56] Robert Marrast: *José de Espronceda. Poesías líricas y fragmentos épicos* (Madrid, Castalia, 1970), p. 23, nota 38.

[57] *Arch. Clases Pasivas. Hoja de servicios.* El nombramiento fue anunciado por *El Corresponsal*, 933, 20-II-1841, p. 3, col. 4; *Boletín de Fray*

16 de diciembre de 1841, algo anterior al nombramiento de Espronceda, firmado el día 28 del mismo mes. Este tomó posesión el 29 de enero de 1842, pero en breve regresó a España sin detenerse más que en París para visitar a Patricio de la Escosura, emigrado entonces. En cuanto estuvo de vuelta, Espronceda entró en la política de lleno.

Alvarez tardó unos meses en dejar Madrid y, al fin, *El Espectador* del 12 de abril anunciaba que: «Don Miguel de los Santos Alvarez, secretario de legación, nombrado para el Brasil, debe salir dentro de unos días para Río de Janeiro. Creemos que piensa embarcarse en Málaga» [58]. Emprendió viaje el 12 del mes siguiente y cuando murió Espronceda, once días después, su amigo estaba en el puerto andaluz esperando el barco. Llegó a Río tres meses más tarde y se posesionó del cargo el 12 de agosto de 1842 [59].

Pocas noticias hay sobre las andanzas del joven Secretario en dos años y medio largos. Le tocó servir bajo el Ministro de España don José Delavat y Rincón [60], quien llevaba muchísimos años en el Brasil y quien fue también jefe de Valera nueve años más tarde. Del buen don José, tan pintoresco, y de su estrambótica familia contó Valera muchas cosas estupendas a Estébanez Calderón, quien siempre le pedía más. Imaginemos cómo

---

Gerundio, 1.ª serie, núm. 126, 21-XII-1841, p. 4, col. 3, «Noticias de Madrid», y *Gaceta de Madrid*, 2636, 28-XII-1841 [DUBOYS, p. 35, notas 99, 100 y 101].

[58] *El Espectador*, 253, 12-IV-1842. También la *Revista de Teatros* en su núm. del 16 de abril. En *Los Ayacuchos*, Galdós presenta a Calpena ya casado y de paso por Madrid en junio de 1842; allí recibe la visita de su amigo, quien sigue siendo «el mismo holgazán perdurable y el gran autor enteramente inédito». Alvarez se burla de la poesía y de otras cosas y confía a Calpena varios proyectos a cual más extravagantes, como instalar fuentes de vino en un Manzanares canalizado donde se celebrarían naumaquias y el corregir el *Quijote*, la *Divina Comedia* y la *Biblia*, «para que sean más dignas del respeto de los siglos» (Madrid, Librería y casa editorial Hernando, 1953), p. 166. Sin embargo, para estas fechas, Alvarez estaba en viaje hacia el Brasil.

[59] *Arch. Clases Pasivas. Hoja de servicios.*

[60] CARLOS SÁENZ DE TEJADA: *Juan Valera-Serafín Estébanez Calderón. 1850-1858. Crónica histórica y vital de Lisboa, Brasil, París y Dresde* (Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1971). Las cartas correspondientes al período de Río de Janeiro en pp. 141-232.

sería ese desaparecido epistolario Alvarez-Valera cuando ambos escribían sobre personas y minucias de un mundillo que conocían bien.

Aunque ignoramos las opiniones de don Miguel sobre Río, intentó salir de allí al cabo de un tiempo prudencial, pues, al parecer, el clima le afectaba mucho. Años más tarde, Valera lamentaba que la capital del Brasil, a pesar de su esplendor, fuera una ciudad enorme y destartalada, sin comodidades, donde insectos y sabandijas campaban por sus respetos. Además, tanto el calor como los dolores de estómago atormentaban a Valera, quien escribía: «Me fastidio ferozmente. Paso los días enteros solo, encerrado en mi cuarto: leo, fumo y me entristezco.»

Una Real Orden fechada el 24 de enero de 1844 encomienda a Alvarez que visite varios países americanos en comisión de servicio, con un sueldo anual de 30.000 reales [61]. Entre tanto, éste había solicitado del Primer Secretario de Estado don Luis González Bravo, uno de sus íntimos y antiguo colaborador de *El Pensamiento,* permiso para regresar a España «por el mal estado de mi salud», pues le aquejaba «una enfermedad de hígado que se hará crónica en el próximo verano» [62]. La gestión iba apoyada por el superior de Alvarez, quien informaba a González Bravo: «Debo decir a V. E. que su salud se halla de tal manera quebrantada que le es verdaderamente imposible resistir el rigor de este clima, en el próximo verano, sin grande peligro de su vida...» [63].

Sin embargo, cuando llegó de Madrid autorización para el regreso era ya demasiado tarde; Alvarez había decidido embarcarse el 29 de abril hacia el sur:

> «Por el contenido del oficio que el Sr. Alvarez dirige a V. E. por mi conducto... se enterará V. E. de que por los motivos que en él expone, se decidió desde luego a dar principio al

---

[61] *Arch. Clases Pasivas. Hoja de servicios.*

[62] *Ministerio de Asuntos Exteriores,* Madrid, *Expediente de D. Miguel de los Santos Alvarez,* leg. 7, núm. 138. En escalafón con categoría de Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de 1.ª clase desde el 29 de enero de 1856 y antigüedad de servicios de 16 de diciembre de 1841.

[63] *Ibid.*

desempeño de la comisión. Lo que verificó el 29 del mes anterior embarcándose en ésta para el Río Grande del Sur, desde cuya ciudad deberá seguir viagem [sic] por tierra al Paraguay, Buenos Ayres [sic] y Montevideo. Río de Janeiro, 6 de maio [sic] de 1844. El Ministro Residente de S. M. en Brasil. Al Excmo. Sr. Don Luis González Bravo, Primer Secretario de Estado» [64].

Parece que la función desempeñada por Alvarez en este viaje fue la de mantener informado al gobierno español de la situación política y militar en aquellas tierras. Gobernaba entonces en Argentina don Juan Manuel de Rosas (1793-1877), dictador durante veintitrés años. Su proteccionismo económico, por una parte, y sus desavenencias con los vecinos Uruguay y Paraguay, por otra, ocasionaron una guerra con Inglaterra y Francia. La escuadra aliada bloqueó el puerto de Buenos Aires hasta paralizar su actividad comercial, lo que dio lugar a una aguda crisis económica. En 1851 todos los enemigos de Rosas entraron en una alianza formada por el Partido Argentino Unitario, el Brasil, los elementos antirrosistas del Uruguay, Francia, Inglaterra y el gobernador de la provincia de Entrerríos, Juan José Urquiza, antiguo lugarteniente de Rosas. Los aliados triunfaron al año siguiente en la batalla de Caseros; Rosas huyó a Inglaterra y le sucedió en la presidencia Urquiza.

En la *Exposición dirigida a las Cortes,* folleto donde Alvarez defendía su gestión en México en 1856 como plenipotenciario del gobierno español, afirmará luego que «hizo un viaje por el Uruguay hasta llegar a Buenos Aires, en el cual tuvo ocasión de observar detenidamente, pues el viaje duró seis meses, los estados de Corrientes, Entrerríos y la Banda Oriental, agitados

---

[64] *Min. Asuntos Ext.,* Madrid. Expediente de D. José Delavat y Rincón. Oficio 1.264, Río de Janeiro, 6 de mayo de 1844. Delavat incluía en su despacho el oficio de Alvarez en el que éste, tras de afirmar su inquebrantable adhesión a la Corona, solicitaba se le concediese el doble del sueldo asignado por convenir así al decoro indispensable a un representante diplomático de S. M. en los países americanos. El oficio, fechado en Río de Janeiro el 27 de abril de 1844, iba dirigido a González Bravo, Primer Secretario de Estado.

entonces por la famosa guerra entre Buenos Aires y Montevideo» [65].

Ni en su expediente del Ministerio de Asuntos Exteriores ni en sus escritos han quedado referencias concretas a esta misión americana. Tan sólo el escritor argentino Lucio V. Mansilla refiere una divertida anécdota acerca de don Miguel en Buenos Aires, donde, aparentemente, pasaba más tiempo haciendo la corte a una hermana de Rosas que observando las vicisitudes guerreras [66]. Era ésta, Agustina Rosas, casada con el general Mansilla, uno de los más destacados del régimen. Según se dice, doña Agustina fue la mujer más hermosa de su tiempo, tanto que José Mármol, en su novela *Amalia,* la pinta como la belleza «federal», cortejada por medio mundo, sensual y robusta, en contraste con Amalia, la belleza «unitaria», desdeñosa y altiva, espiritual y lánguida. Tan prendado debió quedar nuestro diplomático de la bella generala que los criados de la casa llegaron a conocerle como «el señor calientabancos» por sus visitas, tan frecuentes como prolongadas.

Alvarez debió permanecer en la capital más tiempo del previsto, pues un despacho de la Legación de España en la República de El Ecuador, fechado en Quito el 1 de septiembre de 1844, informa haber comunicado al cónsul de Su Majestad en Guayaquil que atienda al señor Alvarez en «todo cuanto pueda necesitar» [67].

Este renunció a su comisión el 1 de marzo de 1845 [68] y, ya en España, regresó a la Corte, donde se fue a vivir con los hermanos Romea, amigos de los viejos tiempos, y a quienes dedicó más tarde sus *Tentativas literarias* en prosa:

> «Mis queridos Julián y Florencio: ¡Yo no sé por qué el aire que agitan estas hojas de papel cuando compagino con ellas entre este tomo, me trae al corazón, con vuestros nom-

---

[65] *Exposición dirigida a las Cortes* por Don Miguel de los Santos Alvarez, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario que ha sido de S. M. en México (Madrid, Imprenta de don Antonio Aoiz, calle del Baño, núm. 7-40, 1859).

[66] *Entre-nos. Causeries del jueves,* en «Horfandad sin hache» (Buenos Aires, W. M. Jackson [1928]), pp. 9-21.

[67] *Min. Asuntos Ext., Expediente.*

[68] *Arch. Clases Pasivas. Hoja de servicios.*

bres, el tiempo aquel en que vivimos juntos! ¡No sé por qué! ¡Casi todas están escritas antes de aquellos días; en otros para mí y para vosotros también, de más intenso y más amargo recuerdo, acuñado por la muerte! ¡Pero ya me explico el misterio! En vosotros, al volver yo de un larguísimo viaje a Madrid, vacío para siempre de la vida que lo llenaba para mí; en vosotros encontré consuelo, y un dolor compañero del mío, tan sentido y tan amistoso como el mío, aunque menos desesperado. ¡Por eso me acuerdo de vosotros con toda la ternura de mi corazón y con amante complacencia, cuando no me atrevo a acordarme de lo que, con cualquier pretexto, aunque tan fútil como las hojas éstas secas y livianas, quiere desgarrarme la memoria! »

En fin, Alvarez volvió a su vida de visitas y tertulias a que era tan aficionado y es muy posible que frecuentara una, famosa entre los años 1845 y 1846, de Patricio de la Escosura (otro amigo de siempre), en la calle del Amor de Dios, a donde acudían todos los miércoles los escritores de más prestigio entonces:

«Allí —escribe Ferrer del Río, también contertulio— leyeron el duque de Frías su epístola de *El Proscripto;* D. Nicomedes Pastor Díaz su novela *De Villahermosa a la China;* D. Patricio de la Escosura su *Patriarca del Valle;* D. Tomás Rodríguez Rubí *La Corte de Carlos II,* drama que no se llegó a poner en escena; D. Julián Romea varias de sus *Canciones a Elvira,* sus *Recuerdos,* las preciosas seguidillas *A su hijo dormido...* » [69].

Sin embargo, Alvarez conservó hasta el fin de sus días el recuerdo constante de Espronceda ausente; y prueba grande de su cariño fue aplicarse a continuar *El diablo mundo,* que el amigo dejó inconcluso. Aquí no recató Miguel su dolor y, a la vez, se impuso el deber de ser lo más fiel posible, en el fondo y en la forma, al espíritu del poema original. Así compuso el Canto VII, del cual habían quedado algunas octavas del propio Espronceda y aunque terminó la tarea en 1846 no se decidió

[69] ANTONIO FERRER DEL RÍO: «Don Julián Romea y su época en el teatro», en *Revista de España,* III (1868), 620-621.

a publicarlo hasta el año 1855, cuando apareció en el *Semanario Pintoresco*.

Por entonces comenzó a circular también un nuevo género de fábulas estrambóticas o «moralejas», cuya paternidad se atribuyó a don Miguel, y que en breve se hicieron popularísimas. Entre tanto, su interés por el periodismo no decae y quizá tengan que ver con ello las necesidades pecuniarias. A mediados de enero de 1847, pocos días antes de entrar en el servicio diplomático» [70], escribía Valera a su padre: «Mis amigos Miguel de los Santos Alvarez, Jiménez Serrano, Romea y otros varios que no lo son, van a publicar un nuevo periódico literario de un lujo de impresión soberbio y que saldrá por primera vez a principios de febrero.» Poco más tarde, y refiriéndose a lo mismo: «Ahora se va a publicar en esta Corte un nuevo periódico titulado *El Artista*. En él escribirán Romea, Santos Alvarez, Hartzenbusch y Jiménez Serrano, y otros varios. La impresión será de un lujo extremado y todo él saldrá del modo más primoroso, pues tiene las pretensiones de competir con el antiguo del mismo nombre» [71]. *El Artista* apareció el 7 de febrero de 1847, pero, a pesar del indudable entusiasmo de sus colaboradores, tuvo corta vida.

Tras dos años de lamentables cambios ministeriales y lucha de partidos, volvió al poder Narváez y esta vez, conmovida Europa por capitales movimientos revolucionarios, su gobierno se distinguió aún más por la energía dictatorial con que reprimió toda intentona subversiva. Enemigos suyos eran, aparte de los consabidos partidarios de don Carlos, tanto los progresistas como una considerable fracción de los propios moderados a la que repugnaba el militarismo del Duque de Valencia.

Alvarez, liberal siempre y, al parecer, complicado en los sucesos de 1848, tuvo que emigrar a Francia [72], a donde mar-

---

[70] El 24 de enero de 1847, Istúriz firmó el nombramiento de Valera como Agregado sin sueldo a la Embajada de España en Nápoles [Azaña, página 923].

[71] *Obras completas*, XLVII, *Correspondencia. I (1847-1857)* (Madrid, Imprenta Librería Alemana, 1913). Carta a su padre desde Madrid, 16-I-1847, p. 19, y carta a D. Juan Navarro Sierra desde Madrid, 30-I-1847, páginas 26-27.

[72] ALONSO CORTÉS: *Espronceda*, p. 49.

charía por lo pronto bien entrado el verano, pues su soneto «A los treinta años» está fechado en Valencia y en el mes de julio. La estancia en la capital de Francia duró de tres a cuatro años, quizá hasta la caída de Narváez en 1852, pero lo que sabemos acerca de Alvarez en este tiempo es muy poco [73]. Su actividad literaria debió ser escasa, pues tan sólo se conocen cuatro poesías escritas en aquel país: «Fragmentos» (1848) y el soneto que comienza «Roma salud, más alta que fortuna...», ambos de inspiración patriótica, «En una Biblia que me pidió Nina para consolarse» (1851) y «A unas flores», dedicada «a M.».

Entre los españoles residentes allí entonces estaba, sin duda, el satírico Juan Martínez Villergas, paisano de Alvarez y también liberal; Zorrilla llegó de paso en 1850, pero no menciona en sus *Recuerdos* a don Miguel entre los amigos que vio en París; por último, Eugenio de Ochoa, tan familiarizado con la vida literaria francesa, dio bastantes obras a las prensas de Baudry entre 1847 y 1852, por lo que no es de extrañar que se encontrase allí también. Aparecía entonces en aquella capital y en lengua española *El Correo de Ultramar* [74], periódico donde colaboraron escritores conocidos como Martínez Villergas, Ros de Olano y el mismo Alvarez.

Entre tanto, la situación de Narváez se había ido haciendo cada vez más difícil; la oposición parlamentaria, el antagonismo de un poderoso grupo de militares partidarios del general Concha y los manejos del rey consorte don Francisco de Asís forzaron la dimisión del Duque de Valencia. En el puesto de Primer Ministro le sucedió Bravo Murillo, administrador honesto y práctico, autor de notables reformas.

Vuelto a España, pronto renovó Alvarez sus colaboraciones en revistas madrileñas: *La Ilustración* dio por entregas *Agonías*

[73] Las investigaciones del Sr. DUBOYS DE LAVIGERIE en los Archives Nationales y Archives de la Police Génerale no han proporcionado dato alguno.

[74] *El Correo de Ultramar*, parte literaria ilustrada (Suplemento de un periódico político) (París, Administración general X. de Lassalle y Melan, editores propietarios. Calle del Fauburg Montmartre, núm. 10. Editor responsable, Ch. d'Amyot). «Este periódico sale a luz cincuenta y dos veces al año, con más de 800 dibujos o grabados sobre madera de los mejores artistas de París, Madrid y Londres...»

de la Corte y *Dolores de corazón*, y el *Semanario Pintoresco*, junto a cosas recientes, publicó el Canto VII de *El diablo mundo*. Una editorial mexicana sacó entonces una nueva edición de *La protección de un sastre*.

Aparte de estas colaboraciones, no muy frecuentes, no sabemos con qué medios contaría don Miguel para subsistir; parece que estaba empleado de nuevo [75] y, de todos modos, su vida social continuaba siendo intensa: el Conde de Casa Valencia, que le conoció íntimamente, recuerda que por entonces solían comer juntos «los martes en casa de los Duques de Fernán-Núñez, los jueves en la de los Príncipes Pío y los viernes en la del Ministro de Prusia, Barón Canitz» [76].

La Revolución de 1854 marcó el triunfo de la Unión Liberal y, según Ortega y Rubio, la nueva Junta de Valladolid nombró Gobernador a don Miguel de los Santos. A excepción de Alonso Cortés y de Cejador, quien le sigue casi al pie de la letra, nadie, que yo sepa, menciona tal nombramiento, que tampoco figura en el expediente administrativo de Alvarez [77]. Lo cierto es que a consecuencias de la «vicalvarada» volvió a ingresar en la diplomacia al comenzar 1855. El 1.º de enero fue nombrado Director de Comercio en el Ministerio de Estado, puesto que desempeñó un mes, pues al siguiente ocupó la Di-

---

[75] Por entonces figuró como Vocal de la Junta Consultiva de Teatros, presidida por Ventura de la Vega, y el 9 de enero de 1853 le eran asignados 12.000 reales al año «en atención a sus méritos literarios», a poco, el 31 de aquel mismo mes, el sueldo aumenta a 18.000 («Certificado expedido por la Dirección General de Ramos Especiales en el Ministerio de la Gobernación. Tomó posesión el mismo día. Real Orden». *Archivo Histórico Nacional*, Madrid, *Diversiones Públicas*. Legajo 11.405, número 54).

[76] CASA VALENCIA, p. 62.

[77] JUAN ORTEGA Y RUBIO: *Vallisoletanos ilustres (Bocetos)*, «Don Miguel de los Santos Alvarez» (Valladolid, 1893), pp. 43-49. Cejador se basa en la *Antología de poetas vallisoletanos modernos* de Alonso Cortés. En carta de 16 de junio de 1971, don Honorio Gómez Ruiz, Secretario General del Gobierno Civil de Valladolid, tuvo la amabilidad de comunicarme que en los archivos de aquella entidad «no existen antecedentes de tal asunto. Según mis noticias hubo un incendio a primeros de siglo en el edificio en que estuvo instalado este Centro, del que resultaron destruidos buena parte de los fondos del archivo».

rección de Política en el mismo Ministerio (1.º de febrero) con categoría de Ministro Residente.

Es muy probable que su posición dentro de la carrera le hiciese acreedor en pocos meses a varias distinciones y honores: primero, Greffier Habilitado y Rey de Armas de la Insigne Orden del Toisón de Oro (20 de febrero de 1855); más tarde, el 6 de marzo, Caballero de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén; el 26 de ese mes quedó admitido en la Real Orden de Carlos III y al día siguiente se le dio la Encomienda número 66 de la Orden. Finalmente, un despacho de la Legación de España en Estocolmo, fechado el 15 de octubre de aquel año, informaba que Su Majestad sueca se dignaba otorgar a don Miguel de los Santos Alvarez la Cruz de Comendador de la Estrella Polar, sin dar más detalles [78].

Poco iban a durar el disfrute y tranquilidad del nuevo puesto, pues un año después se le encomendó una complicada gestión en México. Desde la independencia de aquel país, sus relaciones con España no habían sido cordiales, sobre todo a partir de 1847. La pretensión mexicana de confiscar unos bonos amparados por un tratado de 1853 decidió al gobierno de Su Majestad a enviar un representante que resolviera el asunto. Por «su carácter conciliador y prudente», don Miguel de los Santos marchó a México como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario (Decreto del 29 de enero de 1856). Su gestión no agradó al nuevo gobierno de O'Donnell que ordenó el regreso de su Enviado; éste se justificó con una *Exposición dirigida a las Cortes* llena de sinceridad, conocimento de las circunstancias y, sobre todo, sentido común.

Alvarez llevaba instrucciones de oponerse «a toda pretensión del gobierno de México», de revisar crédito alguno de los comprendidos en el Tratado de 1853», y la actitud del gobierno español era terminante:

> «¿Cómo ha de consentir la España, supuesto que algún crédito pueda ser declarado como mal incluido en el Tratado de 1853 que los bonos ya expedidos por valor de este crédito, y que son un efecto de comercio como otro cualquiera, no

[78] Alvarez cesó como Vocal de la Orden de Carlos III el 4 de marzo de 1856, *Ministerio de Asuntos Exteriores. Expediente.*

sean pagados bajo la garantía de la España cuyo tratado con México los ha creado, y lo sean cuando lo exija algún extranjero en cuyas manos estén, por respeto al pabellón de su nacionalidad?» [79].

Recordemos que la situación en México era caótica por aquellos días. Un grupo de políticos liberales (entre ellos Juan Alvarez e Ignacio Commonfort), descontento con la presidencia de Santana, redactó el Plan de Ayutla. A poco de estallar la insurrección, Santana buscó refugio en Venezuela, y a fines de 1854 Juan Alvarez fue elegido Presidente, con Benito Juárez en el Ministerio de Justicia.

Le sucedió Commonfort, bajo cuyo mandato se publicó la drástica Ley Tejada (1856), tan adversa a las propiedades de la Iglesia, y al proclamarse la nueva Constitución de 1857, a cuyos firmantes había excomulgado el Papa, el país se escindió entre conservadores, acaudalados y partidarios de la Iglesia, por un lado, y liberales renovadores, por otro. Ambos presionaban a Commonfort, quien cedió la presidencia a Juárez. Don Benito se mantuvo en el poder hasta el 18 de julio de 1872 y en los catorce años de su mandato México atravesó momentos tan dramáticos como la intervención extranjera y el breve Imperio de Maximiliano.

El plenipotenciario de S. M. llegaba a México cuando comenzaban las discordias entre los nacionalistas xenófobos seguidores de Alvarez y otro grupo más moderado a cuya cabeza estaba el presidente Commonfort.

Salió don Miguel de España en abril de 1856 y llegó a La Habana en mayo. La víspera de su salida para Veracruz, el Capitán General de la Isla recibió un despacho de don Juan Antoine y Zayas, Ministro de S. M. en México, a quien el nuevo enviado iba a reemplazar. En él informaba que el 12 de abril el gobierno mexicano ordenaba embargar los bienes a cierto número de acreedores comprendidos en el Tratado de 1853, si en el plazo de tres días «no entregaban en la Tesorería Nacional de la República los bonos que estaban en su poder, por valor de sus respectivos créditos, hasta que se averiguase si

[79] *Exposición*, p. 15.

estos créditos habían sido bien o mal incluidos en el Tratado de 1853» [80].

Para evitar los peligros de la fiebre, el ministro Zayas, de quien se decía en México «que hacía negocio» [81], precipitó su marcha algunos días, con lo que la situación del recién llegado cambiaba totalmente por carecer ahora de instrucciones para esta nueva contingencia. Podía éste optar entre esperar nuevas instrucciones superiores o actuar de acuerdo con el espíritu y no con la letra de las antiguas. Como esperar hubiera supuesto perder dos meses y Alvarez veía que México pasaba por una agua crisis política en la que el gobierno no quería o no podía responder a España; a más de que por entonces no llegaban a La Habana noticias frecuentes de la Península, se decidió a la acción. Así mostraba, escribe, «el valor moral para cargar con esa grave responsabilidad en servicio de su patria». En el folleto contrapone su experiencia diplomática americana —Brasil, la Confederación Argentina y el Uruguay— y en época de guerra, a la ignorancia de los políticos españoles quienes no conocen esto «porque nunca lo han aprendido viajando penosamente por el interior de aquellos países, que es como se aprenden esas cosas y no en los libros» [82]. Observa que en aquellas tierras cualquier suceso puede terminar de manera violenta y, en México, el populacho podía haberse vuelto contra los españoles, mientras la Legación carecía de representante; Alvarez queda satisfecho de su gestión y «tranquilo en medio de una misteriosa persecución organizada contra él, y sostenida en la opinión pública a fuerza de datos falsos, y de falsos asertos semioficiales» [83].

Refiere luego las vicisitudes del asunto: Salió de Cuba con cuatro barcos de guerra, cursando antes un despacho a Madrid donde informaba que propondría al gobierno mexicano levantar los embargos y dar cumplimiento al Tratado de 1853, y que entonces presentaría credenciales. En caso de una respuesta negativa, rompería relaciones diplomáticas y el Ministro y la Legación se retirarían, dejando en aguas mexicanas los barcos de

[80] *Ibid.*, p. 16.
[81] ZORRILLA: *Recuerdos*, II, p. 122.
[82] *Exposición*, p. 19.
[83] *Ibid.*, p. 20.

guerra para protejer a los españoles mientras el gobierno de S. M. tomaba las disposiciones convenientes.

«Sin detenerse veinticuatro horas en Veracruz» [84], llegó a México el 30 de mayo de 1856; al día siguiente salía el vapor correo para Europa y en él mandó otro despacho informando que pedía audiencia al Ministro de la República. Mientras el representante español y los mexicanos intercambiaban despachos, los diplomáticos ingleses y franceses confiaron a su colega sus propias dificultades en aquellas circunstancias. Entre tanto, las víctimas del embargo habían quedado como depositarias de sus bonos y no se les molestó después de practicarse las diligencias judiciales, pues aunque la nueva orden era absurda y feroz, «no había tenido todos sus efectos materiales» y era uno de tantos desafueros en época de revueltas.

El gobierno de Madrid, «sólo con tan extravagante modo de ver no sólo las cosas diplomáticas, sino todas las cosas del mundo», esperaba que si su embajador no obtenía satisfacciones ordenase incluso el bombardeo de Veracruz. Alvarez se entrevistó con el Ministro mexicano de Relaciones Exteriores, quien le confió que el gobierno carecía de fuerza, dominado como estaba por una Cámara Constitucional revolucionaria formada por exaltados y que ésta era el verdadero poder dictatorial del país. Commonfort era entonces Presidente Sustituto del Presidente Interino [el general Juan Alvarez] y desde el principio se vio llamar revolucionario por los conservadores y conservador por los revolucionarios. El general Alvarez y la Cámara Consti-

[84] «Excmo. Señor. El día 28 del mes de mayo próximo pasado, a las ocho y media de la mañana, llegaron a este puerto los buques de vapor de S. M., *Isabel II* y *Don Antonio Ulloa* procedentes de La Habana, y a las once y media desembarcó del primero el Ilmo. Sr. Don Miguel de los Santos Alvarez, acompañado del Brigadier Dn. Luis Pinzón, Comandante de la División Naval que viene a estas aguas, de un Jefe de Estado Mayor y el Mayor de esta plaza que al efecto fueron enviados a bordo del vapor por el Sr. Comandante Gal. de este Estado, y del que suscribe que en cumplimiento de su deber pasó a bordo a presentarle sus respetos.

A las dos de la madrugada del 29 salió en la diligencia en dirección a México.» [Despacho enviado a Madrid por don Pablo de Urrutia, Cónsul de España en Veracruz, el 3 de junio de 1856.] Los otros dos vapores, las corbetas *Ferrolana* y *Cortés*, llegaron más tarde. [*Min. de Asuntos Exteriores. Expediente.*]

tucional se apoyaban mutuamente y querían la ruptura con España, oponiéndose el gobierno a esto y a tratar un asunto tan impopular entonces como el de los bonos; además, las pasiones estaban exaltadas y los mexicanos querían la guerra.

Entre el 30 de mayo y el 20 de junio y como último recurso, Alvarez preparó una nota exigiendo se revocase la orden de embargo y cumplimiento del Tratado de 1853, no exigiendo más satisfacciones, dada la caótica situación; y concluía con que, de no acceder en cuarenta y ocho horas a estas reclamaciones, pediría los pasaportes.

El 21 de junio el Ministro de Relaciones Exteriores respondió que México no podía tratar con la Legación de España bajo la amenaza de buques de guerra. Al día siguiente oficiaba Alvarez insitiendo, como paso previo, en que se diese inmediato cumplimiento al Tratado de 1853 dentro de las próximas veinticuatro horas, pues, no siendo así, la legación se retiraría, y explicando que los barcos de guerra no habían venido a atacar, sino a defender a los españoles amenazados por la Orden del 12 de abril y que zarparían de revocarse tal orden.

El Consejo de Ministros mexicano decidió romper con España, pero, alarmada la opinión ante la inminencia de la guerra, se obtuvo que Commonfort suspendiese toda negociación hasta conferenciar él mismo con el embajador. Por medio de un español influyente ambos se entrevistaron privadamente por tres horas: la situación no permitía dar cumplimiento al Tratado de 1853 y la ruptura habría significado guerra inmediata. El plenipotenciario retiró tres buques y se acordó que, a cambio, los mexicanos se comprometían [se hizo el mismo día de la presentación de credenciales] a una revisión escrupulosa y detenida de los créditos por ambos gobiernos, sin que por ello se suspendiese el cumplimiento del tratado.

El protocolo, muy amistoso y razonable, fue firmado por el representante mexicano Luis de la Rosa y por Miguel de los Santos Alvarez: advierte éste que entonces había en aquel país de doce a dieciséis mil españoles cuya riqueza totalizaba unos cien millones de pesos; que a su llegada, las relaciones diplomáticas entre ambos países estaban en muy mal estado y que él las restableció pacíficamente, logrando la revocación de

órdenes violentas y el dar cumplimiento al Tratado de 1853. Desde entonces el gobierno mexicano siguió pagando los bonos.

El cónsul español en Veracruz envió el 3 de agosto de 1856 un pliego de Palacio dirigido a su enviado extraordinario el 3 de junio, donde probablemente el gobierno aprobaba las primeras gestiones hechas a primeros de junio por su enviado, pero, entre tanto, O'Donnell había prevalecido contra Espartero (julio de 1856) y su gabinete depuso a Alvarez por Decreto de 23 de agosto. Tal decreto respondía al despacho en el que éste informa de lo acordado con el gobierno mexicano el 12 de julio anterior. El 7 de octubre el depuesto funcionario abandonó la capital y el 3 de noviembre informaba don Pablo de Urrutia, cónsul de España en Veracruz, que don Miguel de los Santos Alvarez salía el 4 para Europa a bordo del paquete inglés *Solent*.

Poco duró O'Donnell en el poder, pues el 12 de octubre era sustituido por Narváez, que esta vez gobernó un año. En la sesión del Senado del 14 de diciembre, don Nicomedes Pastor Díaz, ministro de Estado al tiempo del nombramiento de Alvarez, y don Saturnino Calderón Collantes, que lo era entonces, juzgaron severamente su gestión en México. El asunto se trató en la sesión del Congreso de Diputados del 30 de mayo de 1857; habló Ríos Rosas y después Alvarez le atacó en los periódicos sin que éste pudiera desmentirle y solicitó del Congreso tanto que se obtuvieran los despachos *muy reservados*, citados de manera fragmentaria y torcida por el ministro, como que se abriera una información parlamentaria. A cargo de la comisión investigadora estuvo don Juan Prim, quien defendió a Alvarez.

En una nota de la *Exposición* [85] el autor lamentaba la vanidad de los políticos españoles y su poco interés en los asuntos de México. Incluía también allí una comunicación del 4 de junio contra Ríos Rosas que había enviado a la prensa madrileña y que *La América* reprodujo, en su número 8 del 24 de junio de 1857, junto con la respuesta de *El Criterio*, órgano de la Unión Liberal. En efecto, Ríos Rosas acusó de traición a Alvarez en las sesiones del Congreso del 30 de mayo y del

[85] *Exposición*, p. 71.

2 de junio, pero González Bravo, presidente de la comisión de contestación al discurso de la Corona, defendió briosamente al diplomático depuesto:

> «Es un íntimo amigo mío, y sobre el cual pesa una desgracia, y esa desgracia consiste en no poderse defender, porque para ello tendría necesidad de hacer uso de revelaciones que no son de su dominio, sino del gobierno de S. M.; pero tenga entendido el Congreso que, sea cual fuere el error, que no sé si le hay, de esa persona, no está tan sin defensa como S. S. ha dicho; quizá si ella hablara podrían formularse cargos muy graves contra el Ministro de Estado [el general Zavala], compañero de S. S. en el gabinete presidido por el general O'Donnell» [86].

En la comunicación, de tono muy respetuoso y correcto, Alvarez culpaba a Ríos Rosas de ignorar el asunto en cuestión y a Zavala de no haber informado con imparcialidad al Consejo de Ministros, como era su deber. *El Criterio* se defendía sosteniendo que la destitución de Alvarez se hizo teniendo en cuenta el «honor nacional» y tras «maduras reflexiones», y reprochaba la vehemencia de González Bravo, pero no añadía elementos nuevos a la disputa.

En todo este incidente, Pastor Díaz, en tanto que Ministro de Estado, tildó a Alvarez de traidor, reprendió a Prim y citó despachos y noticias de periódicos de manera inexacta y aviesa. Parece que tanto él como Zavala no se enteraron a fondo del asunto y cometieron errores de hecho y de índole técnica. La actitud vana, patriotera y, sobre todo, poco realista del ministro-poeta queda reflejada en párrafos de este jaez:

> «Tengo la esperanza todavía de que si llegase un día en que tuviéramos una guerra con ellos [los mexicanos] por desagraviar nuestra honra y nuestro pabellón, ocasión que dilataremos todo lo que podamos, nunca sería una guerra que los aniquilara; sería una lección de esgrima de los españoles a sus hermanos, sería una lección del maestro de armas a su discípulo, para que otro día pudiera defenderse contra sus enemigos naturales» [87].

[86] *Ibid.*
[87] *Ibid.*, p. 80.

Con gran claridad y energía acusaba Alvarez de nuevo a Pastor Díaz de comprometer en vano la sangre de los españoles por inexactitud e ignorancia de la política americana y terminaba su escrito muy enfáticamente: « ¡Que los hombres nos juzguen como quieran! ¡Dios ya nos ha juzgado! » *La Exposición* iba firmada en Madrid el 29 de enero de 1859 [88]. Como sugería allí, aquella situación no se podía entender desde Europa: La noción de lo que era un gobierno efectivo se desconocía en México, entonces a merced de grupos armados. Además de las ideologías propias de liberales y conservadores, entraban allí en juego intereses norteamericanos y de algunos países europeos, problemas raciales, deseos de lucro y no infrecuentes manifestaciones de encono contra los *gachupines,* antiguos dominadores y siempre prósperos hacendados o comerciantes.

Para los familiarizados con la política mexicana, la gestión de don Miguel de los Santos fue realista y acertada; así lo vio don Francisco de Paula Arrangoiz [89], quien, de paso, señalaba cuán infructuosos fueron los intentos posteriores del enviado mexicano en Madrid don José María de Lafragua (1857); la firma de un tratado en París el 26 de septiembre de 1859 entre los plenipotenciarios don Alejandro Mon, de España, y el general Juan Nepomuceno Almonte, de México, y la consiguiente visita del embajador y literato don Joaquín Francisco Pacheco (amigo y correligionario de Pastor Díaz), quien llegó a México en mayo de 1860, fue recibido en triunfo por la colonia española y se mantuvo en buenas relaciones tanto con los federales de Juárez como con los unitarios de Miramón, pero al cabo de ocho meses fue expulsado del país.

Muy curiosa es la versión que da Zorrilla de la ventura diplomática de su amigo, vista, además, desde México donde

[88] Resulta curioso que en 1830 un cierto don Miguel de los Santos Alvarez escribiera un «Papel para la reconquista de las Américas», donde proponía una expedición de 30.000 hombres financiada por suscripción popular [JAIME DELGADO: *España y México en el siglo XIX*].

[89] FRANCISCO DE PAULA ARRANGOIZ Y BERZÁBAL: *México desde 1808 hasta 1867* (México, Porrúa, 1968).

Con todo, el juicio de MANUEL DEL PALACIO [*Cabezas y Calabazas* (Madrid, Miguel Guijarro, 1864), p. 60] era que Alvarez, «Jamás hizo nada serio / ni en Méjico ni en Madrid, / pero, como dice Olona, / vale mucho... *porque sí.*»

tanto el autor del *Tenorio* como los demás españoles que allí vivían aplaudieron lo hecho por el enviado de S. M.:

> «Dijeron los mexicanos que no era decoroso tratar con la amenaza de una escuadra enfrente de las narices, y dijeron los españoles que no se podía tratar sino con una escuadra a las espaldas; y entre "retira la escuadra y trataremos", y "si retiras la escuadra no haremos nada", Miguel Alvarez adelantaba poco como embajador, aunque como literato era recibido y acariciado por todo el gobierno, que se componía precisamente de gente de letras. Paino y Guillermo Prieto [90] eran ministros; y ellos y otros dos individuos del Gabinete eran amigos de Manuel Madrid, con quien yo pasaba semanas enteras en una alegre casita del alegre pueblo de Tacubaya. A aquella casa acudíamos los domingos, y en ella almorzábamos Paino, Prieto y algunos otros personajes influyentes en la situación, con el excéntrico español Patiño, de quien hago más larga mención en mis memorias póstumas. Manuel Madrid, que era tan buen español como buen amigo, quería que Miguel Alvarez saliese airoso de su comisión, y convinimos en reunir a éste con los ministros en su casa, donde yo tenía habitación, como en terreno neutral y con pretexto de continuar nuestros almuerzos dominicales. Invitó él a la gente política y yo a la de letras, a la cual debía yo llevarme a mi aposento y entretener con versos y fruslerías, mientras Alvarez se las arreglaba con los ministros después del champagne» [91].

Sigue contando Zorrilla que el segundo domingo esta combinación estuvo a punto de estropearse y descubrirse el secreto por culpa de don José Joaquín Pesado, «famoso poeta entonces, político en otro tiempo y curioso como una monja» [92].

El 12 de junio de 1856 Alvarez presentó sus credenciales al Gobierno federal del general Commonfort, el cual «mandó que se pusiera en vía de pago la convención española, satis-

[90] Se refiere al novelista Manuel Payno, partidario de Juárez; Guillermo Prieto, el poeta más popular de su patria durante medio siglo, fue uno de los jefes del partido liberal.

[91] ZORRILLA: *Recuerdos*, II, p. 123.

[92] (1801-1861). De joven fue exaltado liberal y luego conservador y católico ferviente; llegó a ministro del Interior y de Asuntos Exteriores. Autor de *Los Aztecas* (1854).

faciendo a sus acreedores los dividendos que hubieran dejado de percibir hasta igualarlos con los de las convenciones inglesa y francesa».

Zorrilla menciona también que cuando llegó el amigo «con la alta investidura de su plenipotencia», retrocedieron ambos a los buenos tiempos juveniles: «Alvarez me abrió sus brazos, su corazón y su bolsillo como cuando todo era común entre ambos», y al volverse a España quiso que le acompañara Zorrilla, pero éste no aceptó [93].

Desde entonces, los datos sobre la vida de Alvarez vuelven a escasear. Al terminar el año 1857 figura entre el escogido grupo que se reúne en casa del Marqués de Molins, improvisada redacción de *El Belén,* para celebrar la Nochebuena [94], y en abril de 1859 se halla entre los íntimos que rodean al padre de don Juan Valera en su última enfermedad. De hecho, Alvarez fue quien le cerró los ojos a poco de expirar, según testimonios de los agradecidos familiares [95]. Meses más tarde, y en compañía de Alarcón, de Maldonado Macanaz y de Valera, acometió otra empresa periodística con la fundación de

---

[93] ZORRILLA: *Recuerdos,* II, pp. 126-127.

[94] Durante algunos años don Mariano Roca de Togores, marqués de Molíns, tuvo el gusto de reunir las composiciones de varios amigos en un tomito navideño. El tema era diferente cada vez y a él se ajustaban las colaboraciones; apareció en 1851 con forma de *Justa poética,* en 1853 como *Expediente gubernativo,* se llamó *Epistolario* en 1855, *Guirnalda poética* en 1856 y, finalmente, en 1857 tomó el nombre de *El Belén.* Cuando Molíns regresó a Madrid en 1856 reunió las composiciones de los cuatro años, precedidas de un prólogo de su mano, en un volumen que tituló *Las cuatro navidades.* Para la confección de *El Belén* (Madrid, Impr. Pérez Dubrull, 1886) hubo una reunión a la que asistieron setenta personas, entre ellas cincuenta poetas y artistas, y se levantó un «Acta de la junta celebrada anoche en la Redacción de *El Belén* de Madrid, a las 9 de la noche del 24 de diciembre de 1857 en el salón de recibo del piso bajo izquierda de la casa núm. 28 de la calle del Prado».

[95] JUAN VALERA: *Cartas íntimas (1853-1897).* Nota preliminar, estudio, edición y notas de Carlos Sáenz de Tejada (Madrid, Taurus, 1974). Carta 18 de Dolores Alcalá Galiano a su hija Sofía (pp. 61-62); carta 21 de Dolores a Sofía con una esquela de Valera, en la que dice, refiriéndose a Alvarez: «Miguel y su familia tan buenos y tan desgraciados como siempre...» (pp. 65-66); y carta 22 de Ramona Valera a su hermana Sofía (pp. 66-67).»

La Malva, cuyo primer número salió a la calle el 1.º de noviembre [96].

A partir de 1863 colaboró en *La América,* periódico de gran calidad e interesado en los asuntos de ultramar, que dirigió Eduardo Asquerino [97]. Allí escribieron muchos de los últimos románticos junto a jóvenes pronto famosos, entre ellos Amador de los Ríos, Alarcón, la Avellaneda, Borrego, Bretón, Campoamor, Castelar, Correa, Durán, Rivas, Echegaray, Escosura, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Iriarte, Lafuente, Ochoa, Pérez Galdós, Pi y Margall, Ros de Olano, Sanz, Salmerón, Antonio de Trueba, Ventura de la Vega y Zorrilla. La colaboración de Alvarez fue escasa: el soneto «A Roma», «Endechas», «Fábulas» y un «Monólogo melancólico», en prosa, aunque su nombre figuró en la plantilla de colaboradores a partir del tomo VII, en 1863, y así continuó luego. Su relación con el grupo de *La América* debió ser estrecha: en un banquete dado por Asquerino a sus correligionarios, Alvarez dedicó brindis [98] y en otra ocasión figura entre los jurados de un premio convocado por la «tertulia progresista» de Madrid junto con Olózaga, Madoz, Figuerola, Hartzenbusch, Sagasta, García Gutiérrez, Bretón de los Herreros, Galdós y Fernández de los Ríos [99]. En aquel mismo año apareció la primera edición de las *Tentativas Literarias.*

Otra vez, tras el triunfal estreno de *Venganza catalana* (1866), los progresistas dedicaron un homenaje a García Gutiérrez, presidido por Olózaga, y en el que estuvieron presentes los prohombres liberales más caracterizados, como Asquerino, Sagasta y Madoz. Allí habló Miguel de los Santos Alvarez alabando

---

[96] Carta de Valera a Alarcón (desde Aranjuez, 10-IX-1859) [DE COSTER: *Correspondencia,* p. 24, nota 3], *La Malva,* «periódico suave, aunque impolítico», apareció el 1 de noviembre de 1859 y, según Hartzenbusch, su último número fue el 18, correspondiente al 25 de enero de 1860.

[97] *La América* «principió el 8 de marzo de 1857 y continuaba publicándose en 1870, formando cada año un tomo. Política, literaria y científica, es esta publicación de ideas liberales, dirigida primeramente por don Eduardo Asquerino y después, en 1870, por el Sr. don Víctor Balaguer» [HARTZENBUSCH: *Apuntes,* p. 174].

[98] *La América,* VIII (12-V-1864), 14.

[99] *La Epoca* (28-III-1865).

al partido del progreso que, sin apoyo oficial, había premiado siempre al genio como en esta ocasión y otras como la coronación de Quintana y la suscripción ofrecida a Argüelles en 1810 [100].

En otra ocasión figura junto a Rodríguez Rubí, Ministro de Ultramar entonces, entre los portadores de una de las cintas del féretro de Julián Romea, quien falleció en Loeches el 10 de agosto de 1868 y fue enterrado en Madrid el día 14 [101].

Entre tanto, el clima político español, tan inestable siempre, había ido tomando matiz marcadamente antiborbónico y no eran pocos quienes favorecían un cambio de dinastía o incluso pensaban en la República como solución ideal. Conspiraciones y pronunciamientos de todo tipo eran frecuentes, pues Prim, por un lado, y los generales de la Unión Liberal, por otro, preparaban el golpe definitivo [102]. Sabido es cómo Prim se adelantó a los unionistas, que el 18 de septiembre se sublevó la Marina en Cádiz al grito de « ¡España con honra! » y que dos días después de la batalla en Alcolea salió la familia real para el exilio el 30 de septiembre de 1868.

La «Gloriosa» trajo muchas novedades: de primordial importancia fue el acceso al poder de los liberales, carentes de él por muchos años y en un plano menos trascendental trajo el acostumbrado cambio de personal administrativo en las esferas oficiales. Esta vez tocaba el turno de las recompensas a los liberales, y a sus contrarios comenzar una era angustiosa de cesantía.

El nuevo Gobierno Provisional tardó poco en nombrar Consejero de Estado a don Miguel, con 6.000 escudos anuales, por Decreto de 8 de noviembre de 1868, cargo que le fue confirmado luego por la República el 26 de noviembre de 1873 [103]. Tan a

[100] *Ibid.*, núm. 9, «Don Antonio García Gutiérrez» (1866), 8-9.

[101] Cuando se trasladaron los restos de Romea al mausoleo del Cementerio de San Lorenzo y San José, junto a los de Matilde Díaz (2 de diciembre de 1886), también llevó Alvarez una cinta junto con Ramos Carrión y Rafael Calvo [RICARDO SEPÚLVEDA: *El corral de la Pacheca* (Madrid, Fe, 1888), pp. 618-620].

[102] Entre ellos Ros de Olano, ya Capitán General de Castilla la Nueva.

[103] *Arch. Clases Pasivas. Hoja de Servicios,* documento núm. 5. En los primeros tiempos de la «Gloriosa» entre los reunidos en casa de

la medida debió encontrar aquel puesto, al parecer descansada sinecura, que lo desempeñó durante el período alfonsino y hasta el día de su jubilación. Desde su poltrona siguió dando pruebas tanto de su natural bondad como de su resignado escepticismo. Según Valera, «cuando fue Consejero de Estado, si se hubiese dejado llevar de su compasión y de su benevolencia, y si todo hubiese dependido de su consejo, hubiera sido indultado todo reo que solicitase indulto y convertido en conde o marqués todo labrador, mercader o fabricante que lo solicitase» [104]; y el político don Salvador López Guijarro, recordando aquellos tiempos, escribía:

> «Don Miguel cuenta entre sus fundamentales principios de moral la condenación severa del suicidio. Yo he tenido el honor de ser con él Consejero de Estado. Y cuando durante el transcurso de alguna *vista* en que informaba uno de esos abogados que tienen la palabra de piedra por lo árida y pesada; cuando en el seno de aquel fastidio sepulcral acudía a su asentimiento para que conviniera en que aquello justificaba el suicidio, siempre le oí reprochar mi desesperación y decirme: "No, nada de ofender a Dios: durmamos." ¡Y cuántas, cuántas veces exhalamos juntos el tímido ronquido, irremediable de aquel tormento!» [105].

Don Miguel se conservaba bien y el paso de los años no debió afectar mucho su aspecto: «De estatura regular y cuerpo ágil, a los setenta y tantos años subía a los tranvías sin hacerlos detener; sus ojos castaños eran vivos, simpáticos y alegres; su

---

Eduardo Asquerino, para disponer una función en el teatro de la Zarzuela, estuvieron Valera, Luis de Aguilar, Escosura, Dacarrete, García Gutiérrez, Jacinto Octavio Picón, Castelar, Ayala, Balart y Arrieta [*La Epoca* (4-XI-1868)]. Cf.: SIMÓN DÍAZ: *Veinticuatro diarios*, 2900.

[104] *Crítica*, p. 1308. Tanto Valera como Alonso Cortés afirman que Alvarez desempeñó el cargo de Subsecretario en el Ministerio de Estado. Sus expedientes, tanto el administrativo como el diplomático, no lo mencionan.

[105] «Un compañero de Espronceda. Don Miguel de los Santos Alvarez», en *El Heraldo de Madrid*, III (Martes, 15-XI-1892), núm. 774. Don Salvador López Guijarro nació en Málaga en 1836 y ejerció el periodismo, representó a España en Grecia, Argentina y Chile y ocupó puestos importantes en la Administración.

rostro lucía sonrisa bondadosa, y su cabellera sólo clareaba un poco sobre la despejada y noble frente» [106].

Completaba el retrato una capa azul con «el ancho cuello y los embozos de terciopelo carmesí, aldo deslucidos», prenda imprescindible de un hombre tan friolero que sus contemporáneos no recuerdan haberle visto en las calles, excepto en julio, «sin levita, gabán, capa, bufanda y chanclos» [107]. De él decían que los veranos tomaba:

> «sus *baños de bastón,* que consistían en hacerse preparar la tina con agua templada, ponerse en mangas de camisa y meter en el líquido refrigerante el tercio inferior del palo en que se apoyaba. La impresión de la frescura absorbida por el bastón decía que le bastaba para tiritar un momento. En seguida se abrigaba convenientemente con las mayores precauciones» [108].

Aquel excéntrico envejecía entre sus propias anécdotas y fábulas ocurrentes, agudezas y conversaciones para matar el rato. Vivía de noche y descansaba de día, «lo único que nos diferencia de los animales, que hacen lo contrario», comía siempre en casa de amigos, iba de visiteo y no perdía sarao de buen tono: allí, desde un sillón apartado, observando a la concurrencia, hacía tiempo para recalar en el Casino de Madrid, donde todas las noches daba un «paseo por el mundo» a través de los periódicos o charlaba con los amigos, decidido a no acostarse hasta que llegase el día.

Cuando Zorrilla volvió a España en el verano de 1876 [109] la antigua amistad se reanudó con la intimidad de siempre. Alonso Cortés cuenta que por entonces los dos amigos solían burlarse un tanto de la condesa de Pardo Bazán [110], aunque, desgraciadamente, no da detalles que podrían aclarar por qué escribió

---

106 EDUARDO DE LUSTONÓ: «Los que fueron. Miguel de los Santos Alvarez», en *Ilustración Española y Americana,* II (15-I-1899), 30-31.

107 *Ibid.*

108 *Ibid.*

109 Según *El Imparcial* del 11 de enero de aquel año, D. Miguel, en compañía de Valera, de Correa y de otros, asistió a una comida ofrecida por Madame Ratazzi y, a los postres, se leyeron poesías.

110 *Zorrilla,* p. 395, nota 843.

doña Emilia una semblanza crítica tan descarnada como aguda sobre el recién fallecido autor de las *Tentativas*. Le conoció en casa de la condesa de Campo Alange hacia 1875, «solo, reclinado perezosamente en un *pastel* de terciopelo rojo, del cual surgía lustroso y enhiesto el follaje de una palmera, divisé a un hombre de aspecto enfermizo» [111], que la contestó distraído y sin gana. Tal encuentro dejó resentida a su interlocutora, quien —según confesión propia— jamás volvió a tratar a don Miguel.

Este se jubiló el 14 de septiembre de 1888 [112] y el mismo año salieron de la imprenta tres volúmenes de *Tentativas literarias*, dos en prosa y uno en verso, donde estaba contenida casi toda su exigua producción, escrita, la mayor parte, en los tiempos ya tan lejanos del apogeo romántico. Don Miguel tenía ahora setenta años, de sus contemporáneos apenas quedaba más que el achacoso Zorrilla y no era raro hallar entre los jóvenes quienes les creyeran desaparecidos años atrás.

En el campo literario, Bécquer había muerto hacía dieciocho años, y en manos del público andaban ya *La Regenta* (1884), de «Clarín»; *Los pazos de Ulloa* (1886), de la Pardo Bazán; *Fortunata y Jacinta* (1887) y *Miau* (1888), de Galdós, y el volumen IV de las *Ideas Estéticas*, de don Marcelino. Aún más, en aquel mismo 1888 aparecía *Azul*, de Rubén Darío.

Por entonces (1890) llegó a la Corte el joven Ramón del Valle Inclán, literato en ciernes, recomendado por no sabemos quién a don Miguel de los Santos. A pesar de que su trato con éste parece haber sido harto breve, significó bastante para Valle Inclán, quien más adelante diría que: «Por la solemnidad y por el tono de burla con que solía hablar don Miguel de los Santos Alvarez percibí algo de lo que luego he llamado "esperpento"» [113].

El autor de *María* seguía impertérrito y hablando un día con Emilio Ferrari le decía: «Me siento tan bueno y tan animado que es posible que empiece a escribir de nuevo para recordar

---

[111] PARDO BAZÁN: *Retratos*, pp. 358-359.

[112] Real Orden del 13 de septiembre de 1888. *Arch. Clases Pasivas. Hoja de servicios.*

[113] MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Vida y literatura de Valle Inclán* (Madrid, Taurus, 1966), p. 15.

la juventud» [114]. El 19 de junio de 1892 anunció *El Liberal* el comienzo de una nueva sección de «Cuentos propios», a cargo de escritores conocidos y entre los más inmediatos, Armando Palacio Valdés, Clarín y Miguel de los Santos Alvarez. Al día siguiente apareció *El gato*, divertida historieta fantástica, compuesta por este último el día 18.

Por otro lado, su vida social continuaba tan animada como siempre y los periódicos le citan entre los comensales de un «banquete literario» ofrecido por el general López Domínguez el 2 de febrero de 1889 y al que asistieron Zorrilla, Alarcón y don Juan Valera [115].

Estaba el último a la sazón en Madrid y desde el 1889 era Consejero de Estado. Todavía sus dificultades económicas le obligaron a marchar de embajador a Viena (1893-1895) antes de regresar definitivamente a España. Por aquel entonces seguía reuniendo en su casa a un grupo escogido del mundo literario, donde antiguos y modernos alternaban allí con escritores americanos, por quienes, como es sabido, tuvo siempre don Juan especial interés.

En el verano de 1892 escribía éste a Menéndez Pelayo: «Aquí tengo, como antes, un asomo de tertulia los sábados. En el último vinieron y estuvieron, hasta la una y media, Miguel de los Santos Alvarez...»; y poco después: «Anoche, por ser sábado, tuve aquí mi pequeño aquelarre literario. Acudieron a él P. Alcalá Galiano, Narciso Campillo, Correa, Miguel de los Santos Alvarez...» [116].

Precisamente de dos americanos son los últimos recuerdos sobre Alvarez. Tanto Rubén Darío como don Ricardo Palma se encontraban en Madrid con motivo de las fiestas del Cente-

[114] *Correspondencia de España* (16-XI-1892), 2.

[115] *El Liberal* (3-II-1889), 3. Refiere ALONSO CORTÉS que el Dr. Thebussem invitó una vez a Zorrilla a comer y a cenar opíparamente en el mismo día. En su carta de agradecimiento, fechada el 26 de noviembre de 1889, éste le decía: «Por casualidad vi y se lo conté a Miguel de los Santos (o de los Demonios, como tú le llamas), y me aseguró que te iba a escribir un memorial suplicando formar el terno de la mesa cuando otra vez me convides. Yo soy cero, dijo el zumbón de Miguel Alvarez; me coloco a la izquierda de ustedes, y ni quito ni pongo rey.» [*Zorrilla*, p. 917.]

[116] *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, cartas 318 y 319.

nario Colombino, enviados por sus respectivos países. Ambos fueron especialmente acogidos por Valera en sus reuniones, donde conocieron al anciano continuador de *El diablo mundo*, muy poco tiempo antes de la muerte. Las líneas del nicaragüense y las de Palma coinciden fielmente en el retrato.

> «La noche que me dedicara don Juan Valera —escribe Rubén—, en la cual leí versos, me dijo: "Voy a presentarle a usted una reliquia." Como pasaron las doce y la reliquia no apareciese, creí que la cosa quedaría para otra ocasión, tanto más cuanto que comenzaban a retirarse los contertulianos. Pero don Juan me dijo que tuviese paciencia y esperase un rato más. Quedábamos ya pocos, cuando a eso de las dos de la mañana sonó el timbre y a poco entró, envuelto en su capa, un viejecito de cuerpo pequeño, algo encorvado y al parecer bastante sordo. Me presentó a él el dueño de la casa, mas no me dijo su nombre, y el viejecito se sentó a mi lado. El para mí desconocido empezó a hablarme de América, de Buenos Aires, de Río de Janeiro, en donde había estado por algún tiempo con cargos diplomáticos o comisiones del gobierno de España, y luego, tratando de cosas pasadas de su vida, me hablaba de "Pepe": "Cuando Pepe estuvo en Londres...", "Un día me decía Pepe...", "Porque como el carácter de Pepe era así..." El caso me intrigaba vivamente. ¿Quién era aquel viejecito que estaba a mi lado? No pude dominar mi curiosidad, me levanté y me dirigí a don Juan Valera. "Dígame, señor —le dije—, ¿quién es el señor anciano a quien usted me ha presentado?" "La reliquia" —me contestó—. "¿Y quién es la reliquia?" "Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno..." La reliquia era don Miguel de los Santos Alvarez, y Pepe, naturalmente, era Espronceda.
>
> Salimos casi de madrugada Campillo y yo, con nosotros, don Miguel. Desde la cuesta de Santo Domingo llegamos hasta la Puerta del Sol y luego a las cercanías del Casino de Madrid. Yo tenía la intención de ir a acompañar a la reliquia a su casa, pues ya los resplandores del alba empezaban a iluminar el cielo. Se lo manifesté, y él, con mucho gracejo, me contestó: "Le agradezco mucho; pero yo no me acuesto todavía. Tengo que entrar al Casino, en donde me aguardan unos amigos... ¡Ya ve usted; calcule los años que tengo... y luego dirán que hace daño trasnochar!" Me despedí muy

satisfecho de haber conocido a semejante hombre de tan lejanos tiempos» [117].

Cuando le conoció Palma:

> «Era Alvarez un viejecito lleno de vivacidad que pensaba *poquísimo* en las letras y menos en la diplomacia, que fue su carrera pública. Se consideraba ya jubilado en política y en literatura. Nadie sabrá decir si fue optimista o fatalista: su filosofía no era en él un sistema.
>
> Salimos juntos de una de las veladas, a las dos de la mañana, llevando la misma dirección, y al despedirnos en la puerta de mi hotel, le dije: "Tardecito vamos a la cama, señor don Miguel." "Pues para mí es temprano —me contestó—, porque nunca me acuesto antes de las seis de la mañana."
>
> Y decía mucha verdad. Cuando se retiraba de visitas o de tertulia iba a un casino o café, se engolfaba en la lectura de periódicos, en charla con los amigos, o en las peripecias del tresillo, y sólo cuando los rayos del sol aparecían se encaminaba a su casa, después de apurar una taza de chocolate con mojicón.
>
> Un sábado, en el mes de noviembre, dejó de concurrir don Miguel de los Santos a la velada de Valera. Allí supe que acababa de fallecer, después de dos o tres días de enfermedad» [118].

Don Miguel dejó de existir a las nueve y media de la mañana de un martes, 15 de noviembre de 1892, tras brevísima dolencia y después de recibir los Santos Sacramentos. Tenía entonces 74 años y formaban la familia sus hermanas, Ana

---

[117] *Obras completas,* I (Madrid, 1891-1892), pp. 89-90.

[118] *Recuerdos de España* (Buenos Aires, F. Peuser, 1897), pp. 146-147. Alvarez entregó a Palma una fábula suya para el álbum de su hija Angélica. Es la que comienza «El diablo por jugar una mañana...», que, aunque compuesta mucho antes, va fechada en 7 de noviembre de 1892, ocho días antes de morir don Miguel. Figura entre las cincuenta composiciones de literatos españoles e hispanoamericanos recogidas en un tomito en 12°, *Páginas de un álbum,* en honor de Angélica Palma, que apareció en Lima, imprenta de Carlos Prince, 1893, en ed. privada de 50 ejemplares. Cf.; mi nota «Versos viejos: Páginas de un álbum», en *Peña Labra* (Santander, Primavera, 1975), 14-15.

y Valentina [casada con Angel María Dacarrete, el poeta amigo de Bécquer] y algunos sobrinos. El entierro, que fue a las once del día siguiente desde su casa en el número 6 de la calle de la Puebla [119] hasta el cementerio de la Sacramental de San Lorenzo, fue modesto [120]. Según Kasabal, tras la misa de cuerpo presente «que oyeron de rodillas Castelar y tantos hombres ilustres», el cadáver quedó en un nicho cercano al de Bécquer. Además de Dacarrete, quien representaba a la familia, asistieron

> «López Domínguez, el general; Bauer, el banquero; Cayo del Rey, el capitalista; Castro Serna, su compañero del Casino; y don Emilio Bravo, el presidente del Tribunal Supremo, y Castro y Serrano, Correa, Mélida, Fernández Bremón, don Venancio González, el Duque de Almenara, Santiago Liniers, el embajador de Italia, don Juan Valera, el Marqués de San Carlos, Manuel del Palacio, el Marqués de Puerto Seguro, Ojeda, Esquivel, el Conde de Rascón, don Justo Martínez y tantos otros representantes ilustres de las artes, de las letras, de las armas, de la aristocracia, de la banca» [121].

Al dar la noticia de la muerte de don Miguel de los Santos, *El Liberal* terminaba diciendo: «Ha muerto pobre, como había vivido, y ha muerto con la tranquilidad del justo» [122]. Dos meses más tarde, en la noche del 22 de enero de 1893, falleció también Zorrilla.

---

[119] *Correspondencia de España* (Miércoles, 16-XI-1892).

[120] 15 de noviembre: *Heraldo de Madrid;* día 16: *La Correspondencia de España,* ediciones de la mañana y de la noche; *El Liberal;* día 17: *La Correspondencia de España.* En su «Crónica general de *La Ilustración Española y Americana* (XLIII, 22-XI-1892, p. 346), Fernández Bremón dedica media columna a la necrología de Alvarez quien falleció cristianamente y de modo casi repentino; fue enterrado en la Sacramental de San Lorenzo, nicho núm. 508, Patio de San José. En la misma revista (XLVIII, 30-XII-1892) aparece una nota necrológica breve.

[121] «Actualidades. Crónicas madrileñas: Los que se van. Miguel de los Santos Alvarez. Recuerdos», en *Correspondencia de España, noche,* jueves, 17-XI-1892, pp. 1-2.

[122] *El Liberal,* núm. 4.896, 16-XI-1892.

II.
LA OBRA EN VERSO

Las primeras poesías de Alvarez vieron la luz en 1837, el mismo año en el que murió Larra y en el que tan espectacularmente se dio a conocer Zorilla. La poesía romántica comenzaba entonces a abrirse camino al mismo tiempo que el teatro y, ambos, con unos años de retraso respecto de la novela histórica.

El mundo neoclásico había ido cediendo ante el romántico, aunque no sin oponer tan enconada resistencia que, cuando Larra enjuició las *Poesías* (Madrid, 1834) de Juan Bautista Alonso, escribía: «En poesía estamos aún a la altura de los arroyos murmuradores, de la tórtola triste, de la palomita de Filis..., de las delicias de la vida pastoril... Ningún rumbo nuevo, ningún resorte no usado» [1].

Pero tanto Larra como Espronceda y otros que ponían en solfa a los neoclásicos les debían su formación literaria y, en consecuencia, les guardaban todavía el respeto debido a maestros venerables. *El Artista* (1835-1836), de Ochoa y Federico Madrazo, y luego el *Semanario Pintoresco* (1836-1837), creación de Mesonero Romanos, dieron a conocer las obras de una generación nueva, tan entusiasta, que hizo de 1840 la cumbre de la poesía romántica; entre lo publicado aquel año destacan *Esvero y Almedora* de Maury, las *Poesías* de Pastor Díaz, las de García Gutiérrez, los *Ensayos poéticos* de Salvador Bermúdez de Castro, las *Leyendas españolas* de José Joaquín de Mora, las *Poesías líricas* de Espronceda, las *Caballerescas y Orientales*

[1] «Literatura. Poesías de D. J. B. Alonso», en *Obras completas* (Barcelona, Montaner y Simón, 1886), p. 395.

de Arolas, *Ternezas y Flores* de Campoamor y *María* de Miguel de los Santos Alvarez.

La poesía narrativa se adelantó en unos años a la lírica con *El moro expósito* (1843), pero como los escritores románticos fueron dados a cultivar todos los géneros, no resultará extraño que las mejores obras narrativas en verso se deban a grandes poetas líricos como el Duque de Rivas, autor de *El moro expósito* y de los *Romances históricos* (1841), a Espronceda, cuyo *El diablo mundo* apareció en el mismo año, y a Zorrilla, entre cuya extensa obra narrativa destacan *Cantos del trovador* (que contienen poesías narrativas), entre 1840 y 1841, *Vigilias del estío* (1842), *Recuerdos y fantasías* (1844), *La azucena silvestre, El desafío del diablo* y *Un testigo de bronce,* tres leyendas tradicionales, en 1845. A éstos se añadirán las *Leyendas españolas,* de Mora, los *Cuentos históricos* (1841), *Historias caballerescas españolas* (1843) y *Amar con poca fortuna,* «novela fantástica» (1844), de Romero Larrañaga, *María,* de Alvarez, y muchas otras.

Ya se vio anteriormente cómo Alvarez fue miembro destacado de esta nueva generación y cómo desarrolló casi toda su labor en prosa en estos primeros años de efervescencia romántica. Lo mismo sucede con sus versos, publicados muchos entre 1837 y 1842, en *No me olvides,* que fundó Jacinto Salas, y en otras revistas de importancia. La marcha al Brasil interrumpió su ascendente carrera y cuando regresó, tres años después, era ya un ser diferente, cada vez más reacio a tomar la pluma.

Algunas de sus poesías *(María,* las fábulas o la continuación de *El diablo mundo)* le dieron tanta fama o más que las narraciones en prosa, a pesar de que la obra poética sea también reducida. Apareció coleccionada en el tomo III de las *Tentativas literarias* (Madrid, 1888), que contiene veintiocho composiciones, representativas de su labor durante más de un cuarto de siglo. He logrado reunir cuarenta y siete, aunque es posible que existan otras que hayan escapado de mi pesquisa [2].

En esta primera época (1837-1842) el joven poeta se distingue ya de los contemporáneos por la temática y el tono. Quien

[2] Cf.: p. 81.

perdió a sus padres en edad temprana se conduele de los huérfanos y algunas de estas poesías tratan de ellos, de madres desgraciadas y de niños tristes, perdidos en un mundo donde la compasión no existe.

De esta índole son: «¡Murieron!» [«Por qué, Dios mío, al fulminar...»], donde llora con amargura la temprana muerte de su madre, del padre luego, y de un amigo mayor que le llamaba «su hijo» y le dio cariño paternal; «¡Pobres niños!» [«No llores, niño inocente...»], en que Alvarez ve al hombre como huérfano desamparado y el mundo como valle de lágrimas, temas que raramente dejarán de aparecer en su obra futura; «Poesía» [«Llora, madre desgraciada...»], cuyo tono y cuyo asunto recuerdan a «¡Pobres niños!» y donde una madre y su hijito, pobres y a punto de morir, irán en breve a gozar de Dios, y «El ausente» [«No es a nuestra pena igual»], que es una alabanza al país nativo a la vez que un lamento de quien perdió el cariño materno. Los últimos versos resumen la idea del poema entero:

«Feliz el que alegre alienta
con el paternal cariño,
el que en su hogar se calienta
y en el escaño se sienta
en que vaciló de niño.»

Al igual que sus jóvenes contemporáneos, Alvarez se desesperó y maldijo de la vida en tonos tan furibundos y estentóreos que sus «Quintillas» alcanzaron fama inmediata. El poeta se enfrenta con la vida como si ésta fuera un interlocutor, la insulta y al fin conmina para que le deje «en los brazos de la muerte». Estas «Quintillas» tienen brío y, precisamente por su exacerbado tono, mucha gracia, pues cuesta mucho imaginar que se escribieran en serio. Comenzadas con solemnidad calderoniana,

«En el punto de nacer
que es mi mayor sentimiento
¿No me quisiste ofender
cuando tu me diste el ser
sin pedir yo el nacimiento?»

terminan con un desenfado que, sin duda, haría las delicias de aquellos románticos «de tumba y hachero», diciendo:

«¡Ea! ... vida ¡márchate
con dos mil pares de cuernos! ...
Porque si no te daré
tan furioso puntapié
que pares en los infiernos!»

Martínez Villargas, que no desperdiciaba ocasión para burlas, le contestó con otros versos «A la vida» [«Vida: de veras te digo...»] donde le ponía en solfa, diciendo entre otras cosas:

«Quien en sus años más tiernos
a su noble vida tantos
lanza anatemas eternos,
más que Miguel de los Santos,
es Miguel de los Infiernos» [3].

Bromas aparte, pues las «Quintillas» apenas pasan de serlo, en Alvarez se echa de ver una concepción negativa de la existencia que no se desvanecerá, como sería de esperar, con el fin de la juventud. Su queja no es la estentórea del rebelde, sino la resignada de quien nada espera por saber que nació condenado a sufrir y así lo expresa en «Fragmento» [«Oh Dios mío, si el dormir...»], en «Si hay en el mundo dolores, tampoco faltan placeres» y en unos versos «Al mar», escritos en camino para el Brasil.

En relación estrecha con estos sentimientos está el amoroso, muy presente en estas poesías de los años primeros. Especial atención merece un grupo de sonetos, publicados entre el 15 de agosto de 1841 y mayo del año siguiente, posiblemente autobiográficos (aunque falten datos para probarlo), que son la crónica de una pasión amorosa desde su esperanzado comienzo («Nace el amor y el pecho enamorado...) hasta un final rebosante de aflicción («No alegre, dando rienda a mi deseo...»).

La obra más importante de Alvarez en este período es *María*, poema narrativo con implicaciones filosóficas, cuyo primer

[3] *Poesías escogidas* (La Habana, Imprenta Militar de Soler, Alvarez y Cía., 1885), «A la vida» [«Vida; de veras te digo...»], pp. 121-127.

canto se publicó en 1840. En el prólogo advertía su autor que los diversos miembros de *María* irían apareciendo hasta formar un poema de cuerpo entero si el público daba su apoyo y compraba las entregas sucesivas. No sabemos cuál sería su reacción, pero el proyecto no pasó a mayores, cosa harto lamentable, pues el canto prometía mucho.

El argumento es simple: María queda huérfana [4] y sola en el mundo y recogida por su pintoresca tía Tomasa, dueña de un prostíbulo, crece y se educa feliz e inocente; a los quince años es una «flor delicada que nació entre abrojos», que sueña con desconocidos amantes y a quien la vida semeja un jardín. La entrada intempestiva de la tía la hace volver a la realidad y el poeta da fin al canto «sin que en él ni un lance haya sucedido». Tal escasez de elementos narrativos va compensada por digresiones, moralización en serio o en broma, contrastes y juegos de palabras.

No era infrecuente en aquel tiempo publicar obras inacabadas, en prosa o en verso, baladas, leyendas, historias o poemas, y de entonces datan los «Fragmentos», aquellos desahogos del alma que con tanta sal ridiculizó Mesonero [5]. Junto a la poca perseverancia para escribir, achaque harto común siempre, se daban las dificultades prácticas de dar vida a temas quizá bien imaginados, pero no estructurados, y los autores, faltos de un plan serio, agotaban ideas y entusiasmo en las primeras entregas y en las siguientes divagaban, aburrían al lector y las hacían terminar de modo anodino, si es que lo hacían. *El diablo mundo* iba en camino de ser gloriosa excepción a esta regla.

El que *María* no pasara del primer canto pudo haber sido por tales razones o por otras de índole económica, aunque lo más probable es que existiese un plan, más o menos difuso: el canto I tiene todo el aire de una introducción y tanto la inocencia de María como las repetidas advertencias contra el amor humano indican que Alvarez pensaba hacer sufrir a su heroína un calvario amoroso en el que, muy posiblemente, ésta termi-

---

[4] De un militar «que le dejó a su muerte / sólo su honrosa espada por herencia», dos versos que cita Valera al comenzar *Pepita Jiménez*.

[5] Cf.: «El Romanticismo y los románticos.»

naría por perder la pureza, la felicidad y la vida. Adviértase que *Lucía,* protagonista del canto VII de *El diablo mundo,* escrito por Alvarez siguiendo, al parecer, planes de Espronceda, llevaría luego este mismo derrotero.

Estructuralmente, *María* tiene 1.101 versos; comienza con cuatro octavas introductorias, de tono reflexivo (1-32), seguidas por silvas acerca de la vida de la heroína y su tía, la alcahueta doña Tomasa. El estilo festivo alterna con alabanzas a la virtud de María (33-261). Octavas de nuevo para hablar del amor y de la inquietud que tal sentimiento comienza a producir en la joven. También aquí hay unas partes de tono lírico y otras donde el estilo desciende a lo familiar (262-909). Cambio total de la métrica: una quintilla octosílaba (910-914) introduce seguidillas ensalzando la belleza de la heroína, a quien se advierte de los peligros del amor (915-1.005). Siguen doce octavas (1.006-1.101); en las siete primeras, María ve sus sueños interrumpidos por la entrada de su tía.

Las cinco octavas finales tocan un tema de actualidad, los sucesos de aquel septiembre de 1840 que resultaron en el exilio de María Cristina y la subida al poder del general Espartero. Alvarez celebra el triunfo de los suyos y critica a la nueva Junta nombrada por el Ayuntamiento de Madrid, al presidente electo Ferrer, «sujeto al parecer muy conocido, / aunque nunca se ha dado a conocer», y termina el canto para no caer, dice él, en las altisonancias propias de la poesía patriótica [6].

Imagino que *María* iba a ser un poema narrativo concebido

---

[6] Retirada ya en Valencia, nombró María Cristina nuevo ministerio —Aspiroz, Arteta y Zayas— que desagradó a los liberales. Madrid se insurreccionó y el gobernador militar, general Aldama, tuvo un encuentro con la Milicia Nacional, pero hubo de retirarse. El Ayuntamiento ofició a la Reina y a Espartero y nombró una Junta Provisional compuesta por D. Joaquín María Ferrer, presidente, D. Pedro Beroqui, D. Pío Laborda, D. Fernando Corradi, D. José Portillo, D. Pedro Sáinz de Baranda y D. Valentín de Llanos. El 12 de octubre la Reina renunció en Valencia y abandonó España; Ferrer perteneció luego al Gabinete formado por Espartero el 3 de octubre. [*Historia de la Milicia Nacional,* bajo la dirección de D. Joaquín Ruiz de Morales (Madrid, Repullés, 1885), pp. 548-551.] También MANUEL NÚÑEZ DE ARENAS: «La suerte de Goya en Francia», *PH,* 52 (1950), pp. 240 y ss.; recogido luego en *L'Espagne des Lumières au Romantisme* (París, 1963), pp. 207-242. La

probablemente como lo estuvo luego *El diablo mundo;* una obra extensa y de altos vuelos, donde las aventuras (¿desventuras?) de la protagonista servirían de vehículo a lo doctrinal. En este canto Alvarez teoriza y divaga sobre todo acerca del amor y del sentido de la vida humana, los dos temas que fueron su obsesión.

Ya sabemos lo que pensaba del amor; su teoría aquí es que el amor es algo tan maravilloso y perfecto que ni aun los encantos de la naturaleza pueden igualarse con este sentimiento radicado, según él, en el alma, pues el amor, inmaterial y criado a semejanza de Dios, es superior a todo lo corpóreo y no le afectan mudanzas. Conviene advertir que hablamos aquí del amor como concepto, como potencia que basta en sí misma para satisfacer anhelos del alma como la ternura y la dulce melancolía y el remontarse al mundo de los sueños, donde, libre, se crea un amante ideal, objeto y satisfacción de su desvelo.

Paradójicamente, pues, el amor feliz y perfecto es el teórico, el amor al amor, amar «sin cosa amada», en el que no hay lugar para las pasiones, ya que éstas, por su naturaleza material y grosera, hacen perder la tranquilidad al alma enamorada que así desciende al plano de zozobras propias de la realidad:

> «que al punto que el purísimo e inquieto
> cariño que se siente a los amores
> conviértese en amor hacia un objeto
> comienzan a sentirse mil dolores!». (694-697)

Además, como el amante nunca es correspondido con intensidad igual a la de su amor, queda expuesto a traiciones, que llegarán tarde o temprano, y como el amor materializado pierde su fuerza espiritual, desciende a cosa perecedera y llega a ser fuente de desdichas. Sin embargo, ni las teorías ni los consejos dados a María valdrán de nada, pues las mujeres son materialistas, poco dadas a reflexionar y esclavas de las exigencias del cuerpo que les impone su propia ley.

Aquí es donde Alvarez expone con más detalle su concep-

---

penúltima octava, donde Alvarez conceptuaba a todos «tontos como antes, que por suertes raras / se meten en camisa de once varas» fue la única suprimida al reimprimirse *María* en 1888.

ción de la existencia en un mundo desventurado donde los hombres, *todos extraños entre sí, son juguetes del destino. La vida* es un poder maligno que se apodera de las almas y, mal de su grado, «pataleando», las obliga a nacer unidas a un cuerpo. Pero la realidad se impone, la vida ha de seguir su curso y el poeta, desesperado, grita: « ¡Siga la broma que con mi tambor / yo aumentaré el estruendo atronador! »; alegría que encubre la impotencia, lamentos que cambian en cántico de alabanza a este mundo «de que Dios ama al hombre, obra maestra».

Ahora el tono es despreocupado, intencionadamente pedestre, con la conformidad del pobre de espíritu que está feliz con cualquier cosa. Nada más lejos de la realidad, sin embargo, y esa famosa octava que comienza « ¡Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! » resume lo que Alvarez pensaba de la existencia [7].

Con aparente gozo muestra luego las maravillas del mundo en que vivimos sirviéndose, claro está, de ejemplos intencionadamente absurdos. El universo será el retablo donde se representa un continuo espectáculo a beneficio del hombre con el sol, *la luna y las estrellas, los rayos y los truenos* que «dan mil fiestas luminosas» y, a ras de tierra, muestra nuevos asombros: «¿Qué me decís del mar? ¿Y los volcanes? ... dónde dejamos los afanes / que habrá costado hacer un animal?» Aspaviento cómico, falsa inocencia y optimismo desgarrador que van en aumento a medida que las cosas son más menudas y vulgares como la carne y el tocino, los garbanzos, «manjar divino», o las «cándidas» patatas. Y al tiempo que lanza un amargo « ¡Viva la vida! » recomienda a los desconsolados «rellenar el vientre» con una buena ración de potaje, antídoto seguro contra las penas del alma. La realidad es así y equivocados anduvieron idealistas y poetas en sostener lo contrario, pues no hay más que una conclusión posible:

> ¡Prosa, querido mundo! ¡Prosa! ¡Prosa!
> ¡*Dormir, comer, gozar, ésa es la cosa!* » (668-9)

[7] Contaba FERNÁNDEZ BREMÓN que «una persona piadosa» le dijo en cierta ocasión: «Créalo Vd., esa octava no la escribe un hombre si no se la dicta Satanás» [«Entre paréntesis», en *El Liberal* (Martes, 28-II-1888), pp. 2-3].

Dentro de un sistema tan materialista y grosero, automatizado además por un paternalismo divino del que no hay escape, Alvarez recuerda a los hombres su condición de pobres seres enjaulados sin conciencia siquiera de su prisión; por eso los desprecia tanto como a los personajes de sus propios cuentos, prototipos del pelele humano.

Tanto el afán de juego e irreverencia por lo establecido como su genio maleante impulsaron a Alvarez a servirse de parodias, imitaciones y citas de poetas conocidos y hay una parte (versos 58-120) compuesta casi entera de estos elementos. Así, las imágenes y vocabulario —tan calderonianos— de las líneas que comienzan «Como el raudo aquilón, si violento / corre descadenado...» (58-59); la broma a costa de los clasicistas como en estos versos describiendo a doña Tomasa en su juventud:

> «Las de leche y carmín blancas mejillas
> con los hoyuelos ésos, tan graciosos,
> que han dicho mil poetas muy famosos
> que son nidos de simples avecillas;
> los dientes que a las perlas sus rivales
> desdeñosos vencían...» (84-89)

Como reverso de la medalla, he aquí el retrato, con ecos quevedescos, de esta misma señora, en el que abundan los detalles esperpénticos:

> «Los ojos antes claros y serenos
> son ahora turbias fuentes
> por donde salen zumos diferentes
> de vinagres y aceites venenosos.
> Los labios antes suaves y rosados
> están azules, gordos y raspados;
> y el labio superior tiene una mella
> por donde asoma un amarillo diente
> recuerdo de un amante que insolente
> la tiró disputando una botella.» (111-120)

En otras ocasiones, se permitió juegos conceptistas (... «no ha quedado / gracia a doña Tomasa que lo sea, / si no es la gracia con que en su mercado / con las gracias ajenas se ban-

dea», 107-110); a Gutierre de Cetina tomó los «ojos claros y serenos» (74), no se olvidó de «ubi sunt» (96-103), e hizo chacota, en fin, de Rodrigo Caro:

> «Estos, Fabio, oh dolor! que ves ahora
> rasgos de fealdad, mustio semblante,
> fueron un tiempo ¡ay me! Tomasa hermosa.» (104-106)

Las protagonistas del canto: la tía, hundida en el vicio, y la sobrina, tierna flor secuestrada en el rincón oscuro de la casa de mal vivir, parecen escapadas de cualquier folletín del tiempo. Alvarez debió divertirse no poco escandalizando a sus lectores con incesantes libertades y contrastes en unos versos donde alternan octavas reales y seguidillas, lenguaje elevado y coloquialismos, alambicada teoría amorosa y bruscos descensos a la grosera realidad. Lo que pretende es contraponer intencionadamente estos dos mundos para destruir ilusiones y dejar bien claro que la felicidad es un mito que el hombre no podrá jamás alcanzar.

No me detendría en el poema burlesco «Dido y Eneas», escrito entre Alvarez y Espronceda, de no haber despertado la atención de algunos críticos. Cascales Muñoz [8] dio a conocer el manuscrito que consta de tres fragmentos: en el primero, la triste Dido persigue a Eneas; en el segundo, se queja del abandono y se arroja desde un alto monte. El autor de estos versos dice que se marcha para asistir a una junta «y aquí doy fin a mi armonioso canto». Forman el último fragmento un soneto y tres quintillas.

Cuando Philip H. Churchman publicó estos fragmentos en la *Revue Hispanique* atribuyó a Espronceda los veintitrés primeros versos y el resto a Miguel de los Santos, con excepción del soneto final, también de Espronceda, teniendo en cuenta unas notas en el mismo manuscrito [9]. Sin embargo, Alonso Cortés, quien llamó a estos fragmentos «engendro grosero, indigno de sus autores», mostró que en el fragmento «A» los veintitrés versos primeros eran de mano de Alvarez y los restantes (24 a 58)

[8] *El auténtico Espronceda...*, pp. 46-48.

[9] «Espronceda's *Blanca de Borbón*», Appendix I: More inedita, *RH*, XVII (1907), pp. 549-777.

de Espronceda; los sesenta y tres versos del «B», también de Espronceda, y que en el fragmento «C», el soneto inicial era de Alvarez y los quince últimos versos de Espronceda [10].

«Dido y Eneas», escrito muy probablemente entre junio de 1839 y abril de 1842, cuando los amigos convivieron en Madrid, es el resultado de algún rato de tedio y, de no andar en ello Espronceda, tales fragmentos jamás habrían merecido la atención de los estudiosos.

Después de los años en el Brasil y desempeñar una comisión en otros países hispanoamericanos, Alvarez regresó a Madrid en la primareva de 1845, dispuesto a quedarse entre los suyos y perdido ya el interés por la gloria literaria. Sin embargo, pronto comenzó a sonar su nombre unido al de unas fábulas singulares por su extravagancia que circularon profusamente y gustaron tanto que todavía, medio siglo después de aparecer las primeras, eran citadas por quienes vivieron aquellos lustros.

La fábula, tan del gusto dieciochesco, no pereció en la avalancha romántica y aparece tanto en el *Semanario Pintoresco* como en las demás revistas contemporáneas. En 1842 Campoamor dio a la imprenta sus *Fábulas morales y políticas,* Hartzenbusch tradujo e imitió a los alemanes y en 1848 publicó un volumen de *Fábulas* propias, y, entre otros, también las escribieron Ayguals de Izco, Miguel Agustín Príncipe, Pascual Fernández Baeza y Gabino Tejado.

Por las intenciones de reforma que animan a estos poetas se advierte cuán presentes continúan las enseñanzas de Iriarte y de Samaniego y la mucho más cercana de Pablo de Jérica, cuyas *Fábulas,* de índole crítica y festiva, fueron impresas sucesivamente en Valencia (1814), París (1817) y Burdeos (1831). Sin embargo, con excepción de Campoamor, a nadie interesan los temas morales, poco tratados, sino los literarios y políticos. Junto a las fábulas renace, aún con más fuerza, el epigrama, género venenoso, cuyo blanco preferido serán quienes rigen los destinos de una España caótica. A la cabeza de los epigramistas estuvo Juan Martínez Villergas, maestro indiscutible [11], seguido del

[10] *Espronceda. Ilustraciones biográficas y críticas,* pp. 119-120.

[11] Sobre Villergas, véase mis artículos «El satírico Villergas y sus andanzas hispanoamericanas» [*Anuario de Letras,* Universidad Autónoma

mismo Ayguals, Rico y Amat, Ribot y Fonseré, Príncipe, Miguel Pastorfido y Ramón de Valladares. Sin ir más lejos, en *Guindilla* (1842) y en *El Dómine Lucas* (1844-1846), revistas satíricas de oposición a Espartero, puede verse hasta dónde podían llegar el ingenio y la bilis de Villergas y compañía.

Sin embargo, las fábulas de don Miguel eran otra cosa: en aquellos tiempos de poesía filosófica y de moralejas, estas fabulitas, casi epigramas por lo breves y con final rotundamente sentencioso, dejarían a quienes las oyeran por primera vez boquiabiertos y no muy seguros de haber entendido bien aquello. Así:

«El diablo una mañana
se puso una sotana
y se fue a decir misa
con bonete y en mangas de camisa;
pero al llegar al atrio de la iglesia
se convirtió en estatua de magnesia.
No te burles jamás del ritual
porque eso sale casi siempre mal» [12].

[*TL*, III (1888), pág. 153]

Otro ejemplo:

«Un rey se encontró un día
a un clérigo manchego que leía.
Saludó el rey, y el cura saludó.
El rey pasó y el clérigo pasó.
Sé amable y comedido con las gentes
y gozarás mil dichas inocentes.»

[*TL*, III (1888), pág. 154]

Claras, breves y falsamente moralizadoras, estas fábulas hacen chacota del buen burgués a quien defraudan por su extravagancia, y son entretenimientos de Casino, juegos gratuitos

---

de México, X (1972), pp. 133-151] y «Juan Martínez Villergas y un cuadro de Esquivel» [*Revista de Estudios Hispánicos*, VII (1973), páginas 179-192].

[12] Hasta el grave don VICENTE DE LA FUENTE en su *Historia de las Sociedades Secretas*, citaba estos versos, dándolos por muy sabidos.

de ingenio y, sobre todo, muestras de un escepticismo sonriente y de buen tono. Se ha considerado a Alvarez como indiscutible creador del género, y Pi y Margall, en la edición de las *Tentativas* de 1888, advertía en una nota que: «Estas fábulas tienen el mérito de haber sido las primeras escritas por este estilo, allá por los años de 1845.»

Imagino que la idea de hacerlas nacería de aquel gusto por la moralización en falso y por defraudar al lector, siempre presentes en las narraciones y poesías de nuestro autor. De hecho, a veces hallamos versos que son ya fábulas completas, como en algunos de los contenidos en la narración *El hombre sin mujer,* en «A Jarifa» y en varios pasajes de *María,* tan característicos como éste:

> «El vicio, la pasión, la fealdad,
> traen con una y con otra enfermedad!
> Practicad, ¡oh lectores!, la virtud
> y verteréis a chorros la salud.
> Y baste por ahora de moral
> y haga lo que quiera cada cual.» (134-139)

De estas fábulas o «moralejas» apenas queda hoy media docena, aunque en su tiempo debieron ser innumerables las que circularon tanto de Alvarez como de sus émulos Narciso Serra, Alarcón, el bohemio Ulpiano Segarra Balmaseda, Eulogio Florentino Sanz, Ros de Olano e Ignacio de Genover. Las de más éxito fueron, como es de esperar, aquellas cuya índole desvergonzada les impidió quedar en letra impresa y a ellas se han referido veladamente algunos críticos. El *Cancionero moderno de obras alegres* recoge dos de esta clase que dan muy buena idea de cómo serían las restantes [13].

También a poco de su regreso se aplicó Alvarez a completar una obra de índole bien diversa y que para él tenía carácter sagrado. Me refiero a la continuación de *El diablo mundo,* interrumpido al terminar el canto VI, y que también pretendieron dar fin otros autores. Uno fue Alarcón, quien rompió el manuscrito al saber que Alvarez trabajaba en lo mismo, y otro, don Ma-

[13] Apareció, anónimo, con pie de imprenta de Londres (H. W. Spiritual, Piccadilly 87W), 1875, aunque fue impreso en Sevilla. Hay otra edición de 1876.

ximiliano Carrillo de Albornoz, cuya farragosa continuación tuvo nada menos que tres ediciones en 1867, 1871 y 1878 [14].

Dice el refrán que nunca segundas partes fueron buenas y en este caso tampoco la gloria de Espronceda alcanzó hasta sus émulos. El caso de Alvarez fue excepcional, pues habían llegado a sus manos ocho octavas de Espronceda, que éste destinaba para un canto VII que no llegó a escribir. Ahora el continuador era el amigo íntimo que se limitó a hacer el canto VII en homenaje al ausente, y en donde dejó engarzadas, como en un relicario, las ocho octavas originales entre las suyas propias [15].

Aunque terminó su tarea en 1846, Alvarez publicó el canto en el *Semanario Pintoresco* siete años más tarde, entre enero y febrero de 1853, ilustrado con tres grabados en madera del conocido Mariano Urrabieta: representa, el primero, un cuarto mísero donde, entre cuatro cirios, yace Lucía, junto a ella, la madre y Adán, vestido a lo majo. En el segundo, don Luis, el seductor, enchisterado y bigotudo, interpone una silla en el camino de la enfurecida madre; y en el último, ésta descubre ante su puerta el cuerpo exánime de la hija.

---

[14] ALONSO CORTÉS: *Anotaciones literarias*, en «Los continuadores del *Diablo Mundo*», (Valladolid, Imp. Vda. Montero, 1922), páginas 104-105.

[15] «Las ocho octavas que van en letra bastardilla, son acaso los últimos versos que escribió Espronceda. Son las únicas que, gracias al cuidado de un cariñoso amigo que las guardaba, he podido hallar, de algunas, no muchas, que pudo escribir Espronceda en sus *últimos* días, principiando este canto, del cual no habíamos hablado y que al tiempo de nuestra separación tenía sólo dos octavas, ajenas del todo a la historia de Lucía. A los once días de mi salida de Madrid murió Espronceda. El cariño es supersticioso y expansivo; ahora va a saber el lector el motivo de estos detalles y de esta nota. Concluida ya mi continuación, cuando he encontrado este fragmento, he podido introducirle en el texto, sin quitar ni poner una letra en los últimos pensamientos del amigo querido, ni en los versos míos. Esta perfecta y misteriosa simpatía en la intención, es para mí un gozo íntimo inexplicable, que no será turbado, en lo más leve, por la idea que me asalta de la diferencia traidora que ha de nacer y alimentarse en el desempeño de la obra. No es el amor propio, es el cariño, la inspiración de mi canto, que más que al público, va dirigida en ofrenda a una sombra más santa y más querida de mi corazón que la de la gloria» [«El Diablo Mundo. Canto VII», en *Semanario Pintoresco* (9-I-1853), p. 15, nota 1].

Los trescientos treinta y seis primeros versos son silvas y las ocho octavas reales de Espronceda van intercaladas aquí, entre los versos 336 y 337 de Alvarez, quien, para hacer la transición más suave, las flanqueó de dos serventesios al principio y uno al final, continuando luego los restantes setecientos sesenta y ocho versos del canto también en octavas.

Los doscientos treinta versos iniciales, separados del resto del canto, forman una larga introducción, o digresión, en recuerdo de Espronceda en la que Alvarez no recata su dolor y se expresa con unas frases de alto tono elegíaco, más propias de enamorada que de amigo:

«¡Ah! yo quiero en mi seno
darte calor y besos y abrazarte.
¿Qué has hecho tu que eras hermoso y bueno
para en tan duro desamor dejarte?
¿Quién quitó tu cariño de tu lado?
¿Por qué no estaba yo junto a tu lecho
con mi amor, mi ternura y mi cuidado
contando los latidos de tu pecho?» (46-53)

Ecos de los místicos hay aquí y además miedo a la vida y angustia ante la soledad de aquel Miguel, siempre huérfano y necesitado de una figura protectora que admirar y seguir:

«¡Ven, yo te llamo, ven! ¡Cuán triste ahora
por siempre solo en mis angustias remo!
¡Qué débil soy, qué pobre el alma mía!
¡Dentro de mí, infeliz, el miedo mora!
¡Todo lo que antes arrostraba, temo!
¡Sin ti me asusta hasta la luz del día» (109-114)

Al cabo modera el planto y la realidad trae consigo resignada conformidad y recuerdos y los versos revelan preciosos detalles autobiográficos de intimidad inocente y camaradería franca.

El verso 231 reanuda la narración donde la dejó Espronceda. Adán ha descubierto la existencia de la muerte y al ver el cadáver de Lucía siente piedad por primera vez e intenta consolar a la vieja celestina. Contra su costumbre, Alvarez se ciñe al asunto y le da cima sin demasiadas divagaciones. La dueña del prostíbulo cuenta a Adán que su hija, buena y pura, corres-

pondió a don Luis, joven rico, tan enamorado que pasaba las noches en el sofá de la casa. Los amantes terminan por vivir juntos y don Luis retira a la madre de su tráfico. Pero tan regalada vida dura poco y don Luis, «celoso o loco», aborrece de pronto a la que fue su amante y huye de Madrid. Lucía muere de dolor. La narración queda interrumpida aquí y «tres hombres, / con brusco movimiento / entraron en el fúnebre aposento» para llevarse a Lucía. La madre cae sin conocimiento y, recordando su propio dolor, exclama el poeta: «La orfandad del sepulcro y el olvido / desprecian al amor y al llanto humanos (870-872).

Tampoco faltan, en este emocionante tributo a la memoria de Espronceda, muestras del apriorismo fatalista presente siempre en Alvarez, quien hizo aquí a Lucía otra víctima de la «airada mano del destino».

Fechado en Madrid y también en el año 1846, como la continuación de *El diablo mundo,* es el poema «A Jarifa», dirigido también a la misma para quien escribió Espronceda «A Jarifa en una orgía». No se conoce la identidad de esta mujer, «amiga íntima de Espronceda»; Marrast da los nombres de la «generala» Carmen Osorio, a la que el poeta dedicó sus *Poesías* en 1840, o de Carmen Soler, en relaciones con él en 1841 [16]. Parece que la Pardo Bazán sabía quién era: «Jarifa —o más bien la mujer que se oculta tras este nombre de guerra— no era de esas infelices sentenciadas por la miseria o por otras causas al tráfico más degradante. Según mis noticias, era una dama de principios no muy severos, y nada más»; y a continuación se pregunta si entre ella y Miguel de los Santos no llegaría a existir más tarde cierta curiosa relación personal:

> «Para el discípulo y entusiasta admirador, la mujer que dio a Espronceda algunas horas de calentura y de abatimiento amargo, la que le arrancó requiebros e insultos, la que le envenenó con celos, tenía un prestigio análogo al de las exfavoritas de Luis XIV y Luis XV para los nobles franceses. Y, a su vez, *Jarifa* —cansada ya de vulgares y necias aventuras, refinado el gusto por el trato con el poeta—

[16] *Poesías líricas y fragmentos épicos* (Madrid, Castalia, 1970), página 259, nota 163.

debió de ver que Alvarez era la continuación del *avatar de Apolo:* la transmigración del antojadizo, el soñador, el neurótico, el loco, el gran idealista a quien ninguna mujer echa en olvido» [17].

También aquí clamaba Alvarez su desconsuelo por el amigo, muerto hacía cuatro años y ya un poco arrinconado en la memoria de las gentes. «El misterioso tiempo a pasos lentos, / amor y amigos de su tumba aleja», escribe quien no le olvida y va a convertir este recuerdo en un culto y quien en este poema a Jarifa intenta hacer una melancólica rehabilitación del difunto en el corazón de la amante.

Según estos versos, parece que las relaciones entre Espronceda y Jarifa fueron de índole tan tempestuosa que iban con frecuencia de las caricias a los insultos y debieron tener fin catastrófico, pues ésta habló luego muy mal de su antiguo enamorado, quizá a causa de los celos:

«Cuánta lágrima en tus ojos
de inconsolable dolor
por cada agravio que inventas
contra el que tu pecho aún ama.»

Aún más, Alvarez disculpaba a su amigo, quien «en tormentosa agitación vivía», combatido siempre por encontrados sentimientos:

«Su corazón sin rumbo, en su extravío
en el revuelto mar de sus dolores,
ora rendido y tierno y ora impío
zozobraba entre el odio y los amores!»

Huérfano de nuevo, Alvarez pensó enloquecer o en la muerte piadosa y, al fin, se acercó a Jarifa, la única con quien podría compartir un mundo enfermizo y secreto donde los dos sabrían gozar de un dolor no comprendido por los extraños.

A la época de exilio corresponden algunas composiciones («Fragmentos», el soneto «Roma, salud... más alta que For-

[17] *Obras completas,* tomo 32, *Retratos y apuntes literarios:* «Miguel de los Santos Alvarez» (Madrid, R. Velasco, Impresor, 1908), página 3645.

tuna...) de tono ideológico liberal. Cuando toca asuntos amorosos lo hace ya con despego y da consejos o teoriza, convencido de que las dichas del amor no fueron reservadas para él. En 1868 apareció *El hombre sin mujer,* donde van intercaladas las últimas poesías conocidas de Alvarez.

Considerada en conjunto, su obra en verso desarrolla las mismas teorías que su prosa y revela la misma afición a las digresiones que encontramos en los poemas narrativos. También aquí está ausente la naturaleza, pues incluso en los versos «Al mar» pintó un océano encrespado y libresco harto ajeno al Mediterráneo que tuvo delante cuando escribía en Málaga.

En aquellos tiempos de exacerbación sentimental, cuando era de rigor el «desmelenamiento», sorprende esta poesía por la simplicidad de estilo que evita la hinchazón retórica y las confesiones a voces. Alvarez no fue a buscar temas de inspiración fuera de sí mismo, pues, anticipándose en esto a los poetas posrománticos intimistas, le bastó su propio yo. Lo autobiográfico está aquí en un mundo gris y sin paisaje, a vueltas con la timidez que evita nombres y detalles y en la amargura sin remedio.

Es posible que su educación clásica se sobrepusiera al afán de experimentar que dominaba a sus contemporáneos, pues Alvarez gustó siempre de formas tradicionales. Predominan en su obra los endecasílabos, ya solos, ya combinados con versos de siete; en silvas escribió la mayoría de sus versos, incluyendo buena parte de *María* y de la continuación de *El diablo mundo,* se sirvió regularmente del soneto y usó las octavas reales en el canto VII de *El diablo mundo.* Menos frecuentes son los octosílabos que aparecen en redondillas, quintillas y octavillas, pero muy raramente como romance.

Hay, en ocasiones, influencia formal de los místicos («Canción», continuación de *El diablo mundo*), aunque tan sólo formal, pues aquéllos despreciaron esta vida porque creían y esperaban en la otra, mientras que Alvarez se sentía amenazado por este mundo hostil, pero tuvo siempre una idea poco entusiasta de la bondad divina.

Tono y vocabulario recuerdan en algunos casos a los poetas del Siglo de Oro y del barroco («No alegre», «El monte gime»);

a Quevedo, los contrastes y el gusto por la caricatura *(María);* y de Calderón tomaría la idea del hombre condenado por el hecho de nacer («Si hay en el mundo dolores», «Quintillas»).

Aunque los críticos consideran tradicionalmente a Miguel de los Santos Alvarez entre los seguidores de Espronceda, no han faltado otros para quienes fue el autor de *El diablo mundo* quien se inspiró en la obra de Alvarez. Neira de Mosquera advertía que la obra de ambos no iba en la misma dirección y que Alvarez «es un poeta fantástico, amigo de los contrastes que busca con buen tino. Sus versos no hacen reír ni llorar, sino rabiar. No hay en ellos la indiferencia sarcástica de Espronceda, sino una indiferencia calaveresca, que cuanto más pueril más importuna al ánimo del lector» [18]. Para Fernández Bremón, Alvarez tuvo «el mérito singular de haber influido mucho en el tono, estilo y accidente de *El diablo mundo*», debido a la compenetración de ideas y sentimientos entre estos autores [19]; Melchor de Palau escribía en la *Revista Contemporánea,* «entiendo que sus asuntos, que su manera, que sus extravagancias [de Alvarez] influyeron no poco en las producciones del cantor de Teresa y de Jarifa, como puede convencerse cualquiera que realice unos breves ejercicios de literatura comparada con temas de ambos poetas, y tenga en debida cuenta la cronología de las obras» [20]; Narciso Alonso Cortés afirmaba que en *María* «está el más inmediato precedente de *El diablo mundo*... sólo por lo que al elemento humorístico se refiere; que el poema de Alvarez, si tal vez hubiera contenido un asunto de orden social, no parece que se encaminara a desentrañar problemas trascendentales» [21]; y, finalmente, el juicio de Esteban Pujals:

> «Considerando que el tipo de ironía que Espronceda había desarrollado en sus primeros tiempos y la amistad que le

[18] *Las ferias de Madrid,* en «El teatro nuevo» (Madrid, Est. Tip. de Madoz y Sagasti, 1845), p. 120.

[19] «Entre paréntesis...», en *El Liberal* (Martes, 28-II-1888), páginas 2-3.

[20] «Acontecimientos literarios...», en *Revista Contemporánea,* LXXXVIII (1892), pp. 529-530.

[21] *Anotaciones literarias,* en «Los continuadores del *Diablo Mundo*», páginas 104-105.

unía al joven satírico Miguel de los Santos Alvarez (1817-1892), sin negar las posibilidades de una vaga sombra humorística del *Don Juan* sobre el *Diablo Mundo,* creo que hay que tener en cuenta la influencia personal del escritor vallisoletano. No podemos olvidar el papel transmisor u orientador que a menudo desempeñan en la literatura figuras de modesta categoría y no considero arriesgado establecer que esta condensación de la ironía primitiva de Espronceda en la sátira punzante posterior se debe (aparte, por supuesto, su progreso natural y otras probables influencias de difícil averiguación) al continuo contacto con el cáustico humorista. La estrofa que empieza: "¡Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!", puesta como lema del *Canto a Teresa,* la alusión al mismo autor en el canto tercero del *Diablo Mundo* y su colaboración en el poema licencioso *Dido y Eneas,* son hechos dignos de tener en cuenta y que fundamentan mi suposición» [22].

Quienes comparan influencias se han basado principalmente en *María* y en *El diablo mundo:* entre 1840 y 1841 fueron apareciendo varios fragmentos de *El diablo mundo* en revistas literarias y, según testimonio de su autor, el canto III estaba ya escrito en el año 1840 [23]; el II, «A Teresa», va encabezado con la octava de *María* que comienza « ¡Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! », y en el III (versos 2.157-2.158), escribe: « ¡Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! / ha cantado un poeta amigo mío.»

La primera, y única, entrega de *María,* dedicada a Espronceda, apareció a principios de 1841 y, a juzgar por uno de los últimos versos («Estamos en septiembre»), Alvarez terminó el canto aquel mes del año 1840; ya conocemos la gran intimidad en que vivieron los dos poetas y Ros de Olano entre julio de 1839 y mediados de mayo de 1842 cuando Alvarez salió para Brasil. Además, posteriormente a junio de 1839, cuando desapareció *El Guirigay,* se compusieron los fragmentos de «Dido y Eneas», es decir, por las mismas fechas en que se escribían *El diablo mundo* y *María;* quizá cada poeta tuvo el

[22] *Espronceda y Lord Byron* (Madrid, C.S.I.C., 1951), p. 422.

[23] «y era el año cuarenta en que yo escribo / de este siglo...» (vs. 1.935-1.936).

designio de dar cima a una obra maestra, Alvarez, perezoso y pesimista, no pasó del primer canto, mientras que su empuje hizo a Espronceda seguir adelante.

Salvando la distancia que media entre la obra de Espronceda y la de Miguel de los Santos Alvarez, podrían sugerirse aquí influencias mutuas o, mejor, influencias compartidas en común por ambos amigos.

Tanto el Adán de Espronceda como María y otros personajes en los cuentos de Alvarez son jóvenes inexpertos y sin padres que recibirán una educación tanto sentimental como práctica a costa de no pocos sufrimientos. Cierto que Adán es un nuevo Doctor Fausto, pero ya encarna en muchos aspectos a un personaje de esa moderna novela bizantina que es el folletín, y si Espronceda hubiese terminado su poema, quizá las aventuras de Adán se habrían parecido menos a las de Fausto y más a las del Judío Errante, condenado también a la inmortalidad [24]. Folletinesca es también la desdichada Lucía, muerta a los quince años, flor de inocencia en el prostíbulo, cuya situación familiar era exacta a la de María, la heroína de Alvarez [25].

Para ellas hay precedentes en la literatura de entonces; el folletín hacía furor en Francia y penetraba en España donde

[24] Poco después EUGENIO SUE haría famosísimo al último (*Le juif errant*, 1844). La deidad que se aparece al anciano, transformado luego en Adán, le promete la inmortalidad, aunque:

> «Y eternamente bogando,
> y navegando contino
> sin hallar descanso andando
> irás siempre, caminando,
> sin acabar tu camino» (Canto I, vs. 1.245-1.249).

[25] Folletinescas son también las desventuras de los dos hermanos en *La protección de un sastre* que acaban huérfanos y en la miseria. En *Principio de una historia* el encuentro del protagonista con su amante es convencional y melodramático, el final de celos y crimen pasional es digno de una novela por entregas: «A los golpes crecían los gritos, y a los gritos creció tanto mi ira que, cogiendo a Inés por el cuello con una mano crispada por la rabia, y dándome yo mismo golpes con la otra, me acerqué a una ventana y, abriéndola, me arrojé por ella, maldiciéndome a mí y a todo lo criado, en mi impotencia, abrazado con Inés, cuyo cuello oprimía cada vez más en mi locura.»

pronto contaría con infinitos adeptos, a pesar de la oposición sañuda del clero y los moralistas. Recordemos que, sin contar las ediciones en francés, en la España de 1840 circulaban, traducidas, además de las novelas *góticas,* otras más recientes y solitarias, de índole *social* como *Atar Gull* (1835) y *El Gitano* (1836), de Eugenio Sue, o *Las memorias del diablo* (1838) y *El maestro de escuela* (1939), de Federico Soulié. Esto sin contar, naturalmente, con Balzac, George Sand, Víctor Hugo y Dumas, cuyas obras salieron entonces también por entregas.

No habrá que insistir sobre los protagonistas preferidos tanto por la novela gótica pre-romántica como por la «sociológica», popularizada luego por los folletines, ni sobre las descabelladas aventuras de que éstos resultan actores o víctimas inocentes. Adán, Lucía y el seductor don Luis, María, Rafael en *La protección de un sastre,* el violinista de la *Agonía segunda* y otros más, son bastante típicos en sus desgracias, inocencia y juventud. Se pueden añadir otros elementos de folletín como ambientes y personajes de los bajos fondos, de cuya sordidez gustaron tanto Balzac, Sue, Hugo y tantos otros; así, Salada y su padre, la cárcel, los majos camorristas en el baile de candil y la cuadrilla de ladrones en la que no falta un cura guitarrero y golfante, o las escenas de burdel. No resultaría extraño que tanto Espronceda como Alvarez (quien adaptó a nuestra escena *L'Ouvrier,* de Soulié) pensaron en escribir un largo poema filosófico-narrativo de índole semejante a la de aquellas novelas y melodramas entonces en boga.

Entre *El diablo mundo* y *María* [26] se dan varias concomitancias, aunque formales en su mayor parte, ya que Espronceda sintió una preocupación social verdadera que Alvarez no tenía.

[26] La heroína de *María* y la de *El estudiante de Salamanca* tienen no poco en común: María es una «flor delicada que nació entre abrojos», «hermosísima y cándida», con «dulces ojos lánguidos y hermosos» y «hermosa alma de ángel», mientras que la «inocente y desdichada Elvira», de «lánguida mirada», es una «tímida estrella y ángel puro de amor». La influencia (caso de ser algo más que clichés de época) provendría de Espronceda, quien publicó la primera parte del *Estudiante* ya en 1837. Tanto este poema (Madrid, Yenes) como *María* aparecieron en 1840, Alvarez dedicó su canto a Espronceda y éste encabezó la parte cuarta del *Estudiante* con una larga cita de *La protección de un sastre.*

De ideas:

1. La mujer, divinizada por nosotros, no era como la concebíamos y sufrimos un desengaño: «Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído / o mujer nada más y lodo inmundo» (*DM* 1.708-1.709); «Si las mujeres tienen, las más listas, / un tanto cuanto de materialistas» (*M* 860-861).
2. Desprecio por los burgueses y sus valores.
3. Aunque Espronceda exclamó «Malditos treinta años / funesta edad de amargos desengaños» (*DM* 1.880-1.881) y Alvarez hizo andando el tiempo un soneto desolado «A los treinta años», el lamentar la prematura vejez era algo tan corriente entonces que Mesonero Romanos se burlaba de «esos señores amargos que a los veinte años tienen ya carcomida la existencia» [27].
4. El mundo es engañador y una fuente de penas: «Y el mundo que al placer falaz provoca, / dolor da en cambio al alma que lo toca» (*DM* 2.971-2.972); «... estoy un poco / cansado de tu prosa y tu inmundicia, / porque debo tener algo de loco, / quiero dejar tu estúpida malicia» (*M* 870-873).
5. Sólo pueden soportar la vida los seres insensibles o los tontos: «Aquí para vivir en santa calma, / o sobra la materia o sobra el alma» (*DM* 789-790); « ¡Prosa, querido mundo! ¡Prosa! ¡Prosa! / Dormir, comer, gozar, ésa es la cosa» (*M* 868-869).
6. En *El diablo mundo* y en otras obras de Espronceda («A Jarifa en una orgía»), inocencia y felicidad van equiparadas con el desconocimiento del mundo, teoría que siempre fue la obsesión de Alvarez.
7. Desprecio por la ciencia y bromas a costa de los críticos.
8. El hombre es un ente insignificante:

> «Lanzarse a descubrir y alzarse al cielo
> cuando apenas alcanza nuestro vuelo
> a elevarnos un palmo de la tierra,
> miserables enanos,

[27] «Tipos y caracteres», «El espíritu de asociación», en *Obras completas*, II (Madrid, B.A.E., 1967), p. 259.

y con voces hacer mezquina guerra
y levantar las impotentes manos,
es ridículo asaz y hasta indiscreto.» (*DM* 2.173-79)

«¡Miserable mortal! No te me ufanes
creyéndote animal excepcional,
que el mismo tiempo malgastó en ti Dios
que en hacer un ratón, o a lo más, dos.» (*M* 834-37)

9. No hay libertad y el hombre está en manos del destino:

«... me entretengo
en este mundo tan alegre y vario
como en jaula de alambres el canario,
divertido en cantar mi *Diablo Mundo*.» (*DM* 2.076-79)

«¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula! ¡Criaturas!» (*M* 820-21)

Fórmulas:

10. «Habrá canto II si se vende el I» (*DM* 1.495); lo mismo dice Alvarez en el «Prólogo» en prosa de su poema.

11. El poeta se dirije al lector: «Y esto, ¡oh lector! entre nosotros quede» (*DM* 2.514); «Porque aquí (entre nosotros) es exacto...» (*M* 476).

12. Cansancio del lector o del poeta:

«Yo por no ser prolijo ni cansado
(Que ya impaciente mi lector barrunto).» (*DM* 720-1)

«... por quitarme de delante
este trabajo que emprendí tan rudo.» (*M* 1.104-5)

13. El poeta confiesa que sus palabras no tienen sentido:

«... puro disparatar, y ya no entiendo
lector, te juro, lo que voy diciendo.» (*DM* 2.011-2.012)

«Quien me entienda me entienda, porque yo
ni entiendo al que me entienda, ni al que no.» (*M* 564-5)

14. Frecuentes digresiones que suelen justificarse de modo humorístico:

«... estoy cansado
ya de seguir a un pensamiento atado
y referir mi historia de seguida
sin darme a mis queridas digresiones
y sabias reflexiones...» (*DM* 5.770-4)

«Debo decir que se me fue la boca,
o la lengua, o la pluma, o bien la mano,
al ensartar esta retahíla loca...» (*M* 776-78)

Todavía no está muy delimitado hasta qué punto influyó Lord Byron sobre Espronceda y sobre otros escritores españoles; la fama del poeta inglés se extendió por España sobre todo entre los años 1828 y 1837 y a través de Francia llegaron las traducciones francesas y las castellanas de sus *Obras Completas* [28]. En Espronceda y en Alvarez hay elementos que tradicionalmente se vienen atribuyendo al influjo del *Don Juan* byroniano como los pasajes irónicos, las digresiones y el afán de interrumpir al lector. Sin embargo, Alonso Cortés señaló, además, que dos obras de Alfredo de Musset, *Namouna* y *Rolla,* «más que ninguna otra indujeron seguramente a Miguel de los Santos Alvarez a escribir *María* y después a Espronceda *El diablo mundo*» [29].

Namouna, «cuento oriental», es un poema en tres cantos que Musset escribió de encargo y a toda prisa para satisfacer al editor Renduel, y apareció junto con otras cosas en un volumen titulado *Un Spectacle dans un Fauteil* (París, 1833). No cabe duda que Alvarez se dejó influir por el estilo de esta obra, que es casi una digresión toda ella, y por su tono de festivo «badinage», aunque las bromas de Alvarez ocultan siempre desesperanza y pesimismo.

Menor me parece el influjo de *Rolla,* publicado por la *Revue des Deux Mondes* el 15 de agosto de 1833, poema de índole muy diversa al anterior. Relata cómo el joven Jacques Rolla,

[28] Cf.: PUJALS: *Espronceda,* p. 2 y *passim.*

[29] *Miscelánea Vallisoletana,* serie séptima (Valladolid, Librería Santaren, Imprenta Castellana, 1944), p. 127.

manirroto y altivo, decide matarse cuando gaste su último céntimo y muere envenenándose en brazos de una prostituta adolescente y enamorada de él. De haberse inspirado en *Rolla*, Alvarez habría tomado el nombre de la joven, María; además, el que ésta sea una inocente de quince años vendida por una madre celestinesca recuerda a la María de Alvarez, y a Lucía, en *El diablo mundo* y en su continuación.

Ignacio de Genover [30] emparentaba las «Endechas» de Alvarez, publicadas en 1863, con las poesías de Heine (sobre todo con las de *Lázaro*) que circulaban en ediciones francesas y que Eulogio Florentino Sanz tradujo al castellano en 1857. Cierto es que en varias poesías de *Lázaro* puede hallarse un humor burlón y descarnado semejante al de las «Endechas», pero esto no basta para establecer comparaciones entre la obra de Alvarez y la del poeta alemán.

También sugirió Melchor de Palau [31] una relación entre *María* y los *Pequeños poemas* de Campoamor que resulta un tanto extremada, pues el único punto de contacto con la protagonista de *María* serían algunas heroínas de Campoamor, también jóvenes y esperanzadas, que terminan siendo felices (Isabel en «La novia y el nido») o destruidas por la vida (Teodora en «Los grandes problemas», o Dorotea en «Historia de muchas cartas»). No obstante, creo que un mismo espíritu preside las narraciones en prosa de Alvarez y algunas *Doloras* de Campoamor, de fecha más tardía, como «Viaje redondo» (CXXXV), «La cruzada de Pachín» (CXLIII), o «Las hazañas del fisco» (CLV); en ellas hay unos seres sin culpa que pierden la vida, la fe, la felicidad o todo junto por la estupidez y crueldad de la sociedad o la inexorable ley de la naturaleza; nadie llora a las víctimas, la tragedia se olvida y la vida prosigue indiferente [32].

Finalmente, ignoro cuándo y dónde se publicaría por primera vez «Muera Marta y muera harta», un cuento extrava-

---

[30] «Un poeta difunto muerto ya en vida», en *La Ilustración Ibérica*, número 542 (1893), pp. 317-318.

[31] También lo afirma así ALONSO CORTÉS: *Anotaciones*, p. 105.

[32] CAMPOAMOR: *Obras completas* (Madrid, Aguilar, 1942).

gante en octavas reales, de Martínez Villergas [33], en el que la bella Segismunda, enamorada del rico y engañador Evaristo Ortega, termina, tras una serie de peripecias a cargo del diablo, en brazos de su seductor. La situación recuerda a la del canto VII de *El diablo mundo* y, hasta cierto punto, a la de *María,* pues aparecen también una inocente, enamorada por vez primera, una madre ridícula y celestinesca y el galán experimentado que logra sus fines. Con todo, la obra de Villergas, graciosa y desenfadada, no tiene más pretensiones que entretener.

Lista de poesías conocidas

Las veintiocho poesías recogidas en el tercer volumen de *Tentativas literarias* aparecen sin ordenar, aunque algunas llevan fecha; en éstas y en las recogidas por mí (cincuenta en total) sigo un orden cronológico según la fecha en que fueron escritas, si la llevan, o la de su publicación.

Año 1837:

1. « ¡Pobres niños! » [«No llores, niño inocente...»] «Madrid, 1837».
   Publ. en *No me olvides,* núm. 16 (7-V-1837), p. 8.
   La Alhambra, tomo 2, núm. 3 (Granada, 30-VI-1839), página 34.
   Fruto de la prensa periódica, tomo 5 (Palma, 1840), página 34.
   Las Novedades, en «Album religioso», núm. 5.459 (9-IV-1868).
   Tentativas literarias, III (1888), pp. 158-159.
   Ortega, *Vallisoletanos* (1893), pp. 43-49.
   Mansilla, *Entre-nos* (1928), pp. 42-43.
2. « ¡Murieron! » [«Por qué, Dios mío, al fulminar...»].
   Publ. en *No me olvides,* núm. 3 (21-V-1837), pp. 2-3.

---

[33] Recogida en la ed. de 1842 de las *Poesías* de VILLERGAS, y en la 2.ª ed. de Madrid (Ducazcal, 1847), pp. 159-184.

3. «Fragmento» [«Oh, Dios mío, si al dormir...»].
Publ. en *No me olvides,* núm. 16 (1837), pp. 2-3.

4. «Poesía» [«Llora, madre desgraciada...»].
Publ. en *No me olvides,* núm. 23 (7-X-1837), pp. 6-8.

5. «Si hay en el mundo dolores, / tampoco faltan placeres» [«Si dio a los hombres el cielo...»].
Publ. en *No me olvides,* núm. 35 (31-XII-1837), páginas 3-4.

6. «Allá elevara mis cánticos...».
Ocho versos sin identificar, parte de una composición temprana, citados por Alonso Cortés en *Espronceda. Ilustraciones biográficas y críticas* (Valladolid, 1942), páginas 44-45.

Año 1838:

7. «El Ausente» [«No es a nuestra pena igual...»].
Publ. en *Liceo Artístico y Literario,* 2.ª parte (1838), páginas 92-96.

8. «A mi corazón» [«Deseos vagos de un amor distante...»].
Mencionada por el *Correo Nacional,* núm. 270 (11-XI-1838), «Anuncio», esta poesía apareció en *Revista de Madrid,* tomo II (1838), pp. 211-216.

Año 1839:

9. «Quintillas» [«Vida, pues ya nos cansamos...»].
Datan de 1839, según Pi y Margall; Melchor de Palau y Alonso Cortés dan 1840. Publ. en:
El Pensamiento (1841), p. 65.
La Ortiga y el Pensamiento, núm. 25 (18-VI-1849).
Semanario Pintoresco, núm. 152 (1852), pp. 25-27.
J. del Castillo, *Flores del siglo. Album de poesías selectas castellanas* (París, 1853), pp. 148-149.
Tentativas literarias, III (1888), pp. 125-127.

Revista contemporánea, año 17, tomo 88 (1892), páginas 529 y ss.
Ilustración Ibérica, año XI, núm. 542 (Barcelona, 20-V-1893). Tres primeras quintillas.
J. Manuel Blecua, *Floresta lírica española* (Madrid, Gredos, 1957), pp. 388-389.

10. «Canción» [«Prenda del alma mía...»].
Fechado en Alicante en 1839, posiblemente en el mes de junio, cuando Alvarez renunció a su empleo en aquella ciudad. Publ. en:
El Pensamiento, 2.ª entrega (1841), pp. 42-43.
La Ortiga y el Pensamiento, núm. 26 (25-VI-1849).
Semanario Pintoresco, núm. 30 (27-VI-1849), pp. 239-240.
Museo Universal, p. 71.
Tentativas literarias, III (1888), pp. 130-133.

11. «Soneto» [«Si es el genio tristeza y amargura...»].
Apareció en el *Boletín Oficial de la Provincia de Granada,* núm. 575 (1-VII-1839), precedido por un artículo de Espronceda titulado «Teatro», en donde alaba la representación de *El campanero de San Pablo* dada por los Romea y Matilde Díaz el 27 de junio en la capital granadina. La alabanza alcanzaba también al monumento erigido por Romea, en Granada, a la memoria de Máiquez. El soneto de Alvarez es obra de circunstancias y también laudatorio. [Facilitado por Robert Marrast.]

12. «El acueducto de Segovia» [«Te llamó la ciudad, gigante oscuro...»].
Probablemente escrito en Alicante. Apareció en el *Liceo Artístico y Literario de Alicante,* Colección de sus producciones. Cuaderno primero. Imprenta de D. N. Carratalá, Alicante, 1839, 68 pp., 20,5 cm., rústica. El texto de Alvarez en pp. 29-35. Copia facilitada por don Augusto Fresneau Saorín, de Alicante. Información facilitada por el Prof. Robert Marrast. También Nicomedes Pastor Díaz dedicó un poema al

mismo asunto, recogido en la 1.ª ed. de sus *Poesías* (Madrid, Aguado, 1840), pp. 201-215.

Año 1840:

13. «Los pendientes» [«Llevabas, mi querida, unos pendientes...»].
Fechado en 1840 y publ. en *Tentativas literarias,* III (1888), pp. 146-148.

14. *María,* canto I (Madrid, Gabinete literario, 1840). Va dedicado «A mi querido Pepe Espronceda, Miguel», «Ahí va, Pepe mío, una dedicatoria que no tiene nada que ver con el público, tan informal y cariñosa como nuestra amistad.»
Tentativas literarias, III (1888), pp. 55-102.

Año 1841:

15. «Soneto» [«Nace el amor, y el pecho enamorado...»].
Publ. en *El Pensamiento,* 5.ª entrega (15-VII-1841), página 109.
La Ortiga y el Pensamiento, núm. 40 (1-X-1849).
Tentativas literarias, III (1888), p. 161.
Heraldo de Madrid, núm. 744 (15-XI-1892), p. 1.
Ilustración Española y Americana, año 43, núm. 2 (1899), pp. 30-31.

16. «Soneto» [«Adiós, dulce ilusión, rica en colores...»].
Fechado en 1841 y publ. en:
El Pensamiento (15-VIII-1841), p. 168.
Tentativas literarias, III (1888), p. 162.
La Ilustración Ibérica, núm. 543 (27-V-1893).

17. «Soneto» [«Vuela, vuela, inocente fantasía...»].
Publ. en *El Pensamiento,* 8.ª entrega (31-X-1841), página 192.
Tentativas literarias, III (1888), pp. 162-163.

18. «Soneto» [«Lágrimas son de abandonado llanto...»].
Publ. en *El Pensamiento,* 12.ª entrega (31-X-1849), página 288.

La Ortiga y el Pensamiento, núm. 42 (21-X-1849).
Tentativas literarias, III (1888), pp. 161-162 [El primer verso dice: «inconsolable llanto»].
Heraldo de Madrid, núm. 744 (15-XI-1892), p. 1.

Año 1842:

19. «Al mar» [«Y yo lucho también... y sin sosiego...»]. Fechado en Málaga y escrito probablemente en mayo, cuando Alvarez estaba en ruta al Brasil. Se ha impreso tan sólo en *Tentativas literarias* (1888), pp. 103-124, donde una nota advierte que «Estos versos forman parte de un poema y uno de sus personajes es el que exclama en tan descompuestos acentos.» No sé a cuál se referirá, quizá tendría concebido un poema del que escribiría algunos fragmentos, entre ellos éste, abandonando luego la idea.

20. «Soneto» [«¡Cuán bella sale la naciente aurora...»]. Fechado en 1842 y publ. en:
El Artista, núm. 1 (febrero de 1847), p. 4.
Constanzo, Salvador, *Opúsculos políticos y literarios de D...* (Madrid, 1847), p. 345.
Revista de España, V (1868), p. 74.
Tentativas literarias, III (1888), pp. 163-164.
Ibid. (1925). Intercalado en *El hombre sin mujer,* página 309.

21. «Soneto» [«No alegre, dando rienda a mi deseo...»]. Este, el que comienza «Cuán bella sale la naciente aurora...» y «Al mar» van fechados en 1842. El último fue escrito en Málaga y aunque no sabemos dónde lo fueron estos sonetos, la semejanza de asuntos hace pensar también en mayo de aquel año, poco antes del viaje o embarcado ya su autor.
Publ. en *Tentativas literarias,* III (1888), p. 163.

22. Fragmento burlesco de «Dido y Eneas».
Manuscrito conservado en Biblioteca Nacional de Madrid.
Publ. por José Cascales, *El auténtico Espronceda* (To-

ledo, 1932), pp. 67-72; y por Philip H. Churchman, *RH,* XVII (1907), pp. 67-72 y 190-196.

Año 1845:

23. Fábula I [«Un perro catalán y un gato griego...»].
Tentativas literarias, III (1888), pp. 152-153.
La América, VIII, núm. 22 (27-XI-1865).
Heraldo de Madrid, 744 (15-XI-1892), p. 1.
Casa Valencia, *Recuerdos* (Madrid, 1901), p. 64.

24. Fábula II [«El diablo, por jugar, una mañana...»].
Tentativas literarias, III (1888), p. 153.
La América, VIII, núm. 22 (27-XI-1865), p. 17.
Heraldo de Madrid, 744 (15-XI-1892), p. 1.
Páginas de un álbum (de Angélica Palma) (Lima, 1893), página 31.
Ilustración Española y Americana, año 42, núm. 2 (1899), pp. 30-31.
Casa Valencia, *Recuerdos* (Madrid, 1901), p. 64.

25. Fábula III [«Un gato y un ratón se convinieron...»].
Tentativas literarias, III (1888), p. 153.
La América, VIII, núm. 22 (27-XI-1865).
Heraldo de Madrid, 744 (15-XI-1892), p. 1.
Ilustración Ibérica, núm. 541 (Genover reproduce las fábulas III y V y extractos de otras).
Ilustración Española y Americana, año 42, núm. 2 (1899), pp. 30-31.
Casa Valencia, *Recuerdos* (Madrid, 1901), p. 63.

26. Fábula IV [«Un gato enamorado con exceso...»].
Tentativas literarias, III (1888), p. 153.
La América, VIII, núm. 22 (27-XI-1865), p. 17.
Casa Valencia, *Recuerdos* (Madrid, 1901), p. 64.

27. Fábula V [«Un rey encontró un día...»].
Tentativas literarias, III (1888), p. 154.
La América, VIII, núm. 22 (27-XI-1865), p. 17.
Heraldo de Madrid, 744 (15-XI-1892), p. 1.
Ilustración Ibérica, núm. 541 (13-V-1893).
Casa Valencia, *Recuerdos* (Madrid, 1901), p. 65.

28. Fábula VI [«Un hijo de un emir...»].
Casa Valencia, *Recuerdos* (Madrid, 1901), p. 63.

29. Fábula VII [«En el calor de su amoroso trato...»].
Cancionero (Londres, 1875), p. 165.

30. Fábula VIII [«Cierto prelado metropolitano...»].
Cancionero (Londres, 1875), p. 165.

Año 1846:

31. Continuación de *El diablo mundo* [«¿Dónde está aquella voz? ¿Dónde aquel canto?»].
Publ. en *Semanario Pintoresco* (1853), por entregas: 1.ª, 2 de enero, pp. 6-8; 2.ª, 9 de enero, pp. 14-16; 3.ª, 16 de enero, pp. 23-24; 4.ª, 23 de enero, páginas 30-32; 5.ª, 30 de enero, pp. 38-40; 6.ª, 13 de febrero, pp. 30-32; 5.ª, 30 de enero, pp. 38-40; 6.ª, 13 de febrero, pp. 7-54; y en *Tentativas literarias,* III (1888), páginas 7-54.

32. «A Jarifa» [«Dónde está aquella voz, dónde aquel canto...»].
Quedó recogido en *Tentativas literarias,* III (1888), página 145, y bajo el título «A una mujer» apareció un fragmento (que comienza en el verso 241, «¡Orden! ¡Vida! ¡Conjunto! ¡Providencia! ...») en *Heraldo de Madrid* (8-XI-1894).
En *El hombre sin mujer* se incluye esta composición, modificada: el protagonista, Guillermo, escribe una poesía «A la mujer», reelaboración de «A Jarifa», en la que omite las referencias a Espronceda. El nuevo poema comienza a partir del verso 141 de la versión primera [«¡Amor! ... Cuánto hubo en mi pecho...»], suprime unas estrofas (versos 257-260) e introduce algunas variantes.

Año 1848:

33. «Soneto. A los treinta años.» [«¡He aquí el instante! ¡adiós! ¡ah! Os despido...»].

Con fecha en «Valencia, julio, 1848». Publ. en:
Semanario Pintoresco (1852), p. 200.
Tentativas literarias, III (1888), p. 129.

34. «Fragmentos» [El que dio luz al sol, al alma mía...»].
Fechados en 1848.
Tentativas literarias, III (1888), pp. 165-176.

Año 1849:

35. «Soneto» [« ¡Roma, salud! Más alta que Fortuna...»].
Fechado en París; publ. en:
La América, «Crónica hispano-americana», año VII, número 1 (12-I-1863), 12 («A Roma en 1848»),
y en *Tentativas literarias,* III (1888), p. 164.

Año 1850:

36. «A unas flores» «No sin un beso mi alma agradecida...».
Fechado en París, abril, 1850, y publ. en:
Semanario Pintoresco, núm. 21 (23-V-1852), p. 168;
y *Tentativas literarias,* III (1888), pp. 127-129.

Año 1851:

37. «En una biblia que me pidió Nina para consolarse» «No en un libro hallarás, hermosa Nina...».
Fechado en París, 1851, y publ. en *Tentativas literarias,* III (1888), p. 160. Las poesías ※33 a ※36 inclusive pertenecen a la época del exilio en Francia, la primera (※33), fechada en Valencia, quizá ya en viaje.

38. «Endechas» «Dulce bien de mi vida...».
Publ. en *La América,* VII, núm. 2 (27-I-1863), página 14.
Tentativas literarias, III (1888), pp. 157-158.
La Ilustración Ibérica, núm. 543 (27-V-1893).

Año 1868 (Poesías intercaladas en *El hombre sin mujer*):

39. «No hay más inexplicable y pobre ente...» [«*Revista de España,* V (1868), p. 56].

40. «En tanta confusión, débil la mente...» (*ibid.,* p. 59).

41. «Cuán bella sale la naciente aurora...».
Este soneto, publicado por primera vez en 1847, fue reimpreso varias veces antes de incluirse en el cuento. Cf.: 20.

42. «Y a ti, chispa entre nieblas, pobre brasa...».
Siete versos alirados que pertenecen a la continuación de *El diablo mundo* (versos 177-183).

43. «El pobre ha muerto...» (*ibid,* 88).

44. «Villancicos: Madre, a la puerta hay un niño...» (*ibid,* 95-97).

45. «¡Amor! Cuánto hubo en mi pecho...».
Cf.: 32.

46. «Ah, con esfuerzo inmenso, con locura...».
Once versos alirados, intercalados entre dos fragmentos de «A la mujer», que son parte de «Al mar» (versos 249-259) (*ibid,* 205).

47. «El género humano. Soneto.» [«Con menos esperanza que ventura...»] (*ibid,* 208). La ed. de 1888 recoge el soneto con esta nota: «Estos versos están puestos en boca de un personaje de un cuento» (Guillermo en *El hombre sin mujer*). Posiblemente obra juvenil, pues refleja el mismo pesimismo desaforado de las «Quintillas». Hallamos aquí los temas favoritos de Alvarez: la vida del hombre como «asqueroso lecho / que este hospital del mundo le procura»; el dolor como mal inevitable; y el hombre indefenso, «a quien su Genio tutelar condena / a vivir de odio y asco de la vida».

Año 1888:

48. « ¡Pobre, pobre alma mía! ».
Publ. en *Tentativas literarias*, III (1888), y una nota a pie de página advierte que «estos versos los improvisa un personaje de un cuento fantástico»; no sé a cuál se referirá.

49. «El monte firme perderá su estado...».
Dieciséis endecasílabos consonantados. Manuscrito, sin fecha, hallado por Robert Marrast en el Archivo Núñez de Arenas.

50. «Cuando la vez primera de mis ojos...».
Octava. Ms. de puño y letra de Alvarez que Churchman creyó ser de Espronceda y publicó entre otros ms. espronceda nos en el apéndice «More Inedita», en *RH*, XVII (1907), p. 740.
Cf.: Marrast, José de Espronceda, *Poesías líricas y fragmentos épicos* (Madrid, 1970), p. 48.

III.

LA OBRA EN PROSA

1. La obra en prosa

Según R. F. Brown, los historiadores del período romántico han «ignorado la posibilidad de que existieran novelas de costumbres antes de 1849», y en su bibliografía incluye hasta veinte obras, publicadas entre 1834 y 1844, que él califica como «esbozos de la novela realista de costumbres», en las que se da una pintura de la vida y de la sociedad españolas del tiempo [1].

Bastarían para marcar la existencia de este género narrativo obras como *Los cortesanos y la revolución* (1838), de Eugenio de Tapia; *El diablo las carga,* de Antonio Ros de Olano, y *La protección de un sastre,* de Miguel de los Santos Alvarez, ambas de 1840; *El poeta y el banquero* (1842), de Pedro Mata; una «novela contemporánea» anónima titulada *El diablo y yo* (1842); *Creencias y desengaños,* de Ramón de Navarrete (1843); dos obras, también anónimas, aparecidas en 1844, *Madrid y sus misterios* y *Los habitantes de la luna;* los *Estudios sobre las costumbres españolas* (1850), de Patricio de la Escosura, y otras varias. Junto a ellas están *María o la hija de un jornalero* (1845), de Wenceslao Ayguals de Izco; *Doce españoles de brocha gorda,* «novela de costumbres populares» (1846), y *Fe, Esperanza y Caridad* (1850), ambas de Antonio Flores, emparentadas todas con la obra de Eugenio Sue.

---

[1] *La novela española, 1700-1850* (Madrid, Dirección General de *Archivos y Bibliotecas,* 1953), pp. 31-33, y JUAN IGNACIO FERRERAS: *Los orígenes de la novela decimonónica (1800-1830)* (Madrid, Taurus, 1973), páginas 133-168.

Las novelas de «costumbres contemporáneas» se desarrollan en la ciudad y, generalmente, en el Madrid del sempiterno Prado y la inevitable Puerta del Sol. Allí, jóvenes distinguidos y disolutos llevan una vida social de galanteos, saraos, amantes casadas, pistoletazos y amor delirante por angelicales damiselas. Tales historias, no exentas de lección final, quieren reflejar la vida, costumbres *(moeurs* y *habitudes)* y problemas «del corazón» de la aristocracia y alta clase media españolas. Predomina aquí una mezcla poco lograda de elementos románticos, costumbristas y realistas con ribetes folletinescos propia de su carácter transicional. En verdad reflejan la falta de norte de sus autores, quienes vivieron cuando el Romanticismo acababa de tener su gran momento; el costumbrismo les brindaba, todo lo más, seguir los pasos de Larra, Estébanez o Mesonero Romanos, y el realismo no había llegado aún. Estas narraciones no suelen ser obra de novelistas profesionales, sino de aquellos polifacéticos ingenios que tocaron todos los géneros desde la lírica al drama pasando por la fábula moral. Algunas tienen un fin abrupto y otras se interrumpen para siempre; aparte de la inconstancia y dilettantismo de sus actores, reflejan las prisas de lo improvisado para la imprenta.

En las revistas literarias de aquellos años las narraciones de sucesos contemporáneos adquieren tal importancia que pronto igualan y aún dejan atrás a leyendas, crónicas y relatos de tema arcaizante representativos del gusto romántico. Ha habido un cambio de intereses: frente a una literatura de evasión, otra de intrigas y pasiones en la vida real.

Emparentadas con este género están las novelas de Eugenio Sue y sus seguidores, que los críticos españoles de entonces llamaron «sociales», muy difundidas sobre todo por entregas. En 1844 comenzó en España la boga de este autor francés y *Los misterios de París* alcanzaron tal éxito que pronto se inundaron las librerías con *Misterios* de todo tipo; según *El Dómine Lucas* en aquel mismo año se hacían en España dieciséis traducciones de *El judío errante* [2].

[2] «Palmetas. Diálogo VII», *Dómine Lucas* (1844), pp. 54-55. Para estas novelas, véanse IRIS M. ZAVALA: «Socialismo y literatura: Ayguals de Izco y la novela española», en *Revista de Occidente,* 80 (1969),

El autor de las *Tentativas literarias,* formado en un ambiente universitario de lecturas y polémicas, sintió la atracción de novedades extranjeras: la inevitable literatura francesa, Byron y la narrativa alemana; pero, a la vez, su educación a la española le llevó a reverenciar y a gustar de los clásicos castellanos, en especial Cervantes y la picaresca.

Dejando aparte sus colaboraciones periodísticas y otros escritos varios, de los que se hablará más adelante, prefirió las narraciones breves en prosa, la mayoría de las cuales quedaron recogidas luego en aquellos volúmenes que modestamente nombró *Tentativas literarias,* publicados en 1864.

Casi todas estas narraciones son obras de juventud, escritas hacia el año 1841, cuando el joven Alvarez, entonces una promesa, daba tantas muestras de su actividad periodística y literaria.

Aunque todas ellas podrían considerarse de tema contemporáneo, me ha parecido oportuno dividirlas en dos grupos. El de las narraciones «de costumbres contemporáneos» como *La protección de un sastre, Dolores de corazón, Agonías de la Corte, Gaceta sentimental, Principio de una historia* y *El hombre sin mujer;* y el de aquellas otras que muestran influencias temáticas o estilísticas de E. T. A. Hoffmann: *Dolores de corazón* y *El hombre sin mujer,* de nuevo, *Los jóvenes son locos* y *El gato.* Excepto estas dos últimas, las demás quedan incluidas en las *Tentativas.*

Las narraciones

Los jóvenes son locos (1837)

El joven Eugenio tiene temperamento romántico y aficiones literarias, y para sentir «miedo» y «sensaciones nuevas» va a pasar la noche en casa de una Agueda tenida por bruja. Eugenio lleva intenciones de ser «protagonista en un cuento que voy

---

páginas 167-168, e *Ideología y política de la novela española del siglo XIX* (Salamanca, Anaya, 1971), y Juan Ignacio Ferreras: *La novela por entregas, 1840-1900* (Madrid, Taurus, 1972).

a realizar en lugar de escribir» y, a pesar de las advertencias de su amigo Carlos, sube por las medrosas escaleras.

El vejestorio trata de asustarle, aunque en vano, y, al cabo, le muestra una redoma llena de arañas. Eugenio, aterrado, queda a merced de Agueda en quien la ocasión despierta deseos pecaminosos. El joven se resiste, forcejean y, en tanto, un gato negro de la mentida pitonisa se lanza sobre el infeliz y le arranca los ojos.

Agueda desaparece con el gato sobre el hombro y Eugenio sobrevive ciego y loco, pues se imagina encantado. Al fin entra en un manicomio y, abandonado de todos, muere allí doce años más tarde sin recobrar la razón [3].

Este cuento fue el primero de los publicados por Alvarez y salió por entregas en *No me olvides*. Es probable que se escribiese al tiempo que iba apareciendo, ya que la primera entrega termina dejando sin resolver una situación intrigante.

Aquí aparecen ya algunos elementos que serán característicos luego en los demás cuentos de Alvarez. El gusto por los clásicos presente en descripciones de raigambre tan esperpéntica y quevedesca como ésta de la hechicera: «Unos labios secos y denegridos, puertas de una boca sin fondo, y unas manos rugosas y acartonadas, frías como pudieran estarlo las de un cadáver.» Luego, el afán a las digresiones; la intromisión constante del narrador para explicar cosas innecesarias o con fines irónicamente moralizadores; y, en fin, su indiferencia cruel ante las desgracias que pinta.

Esta es una parodia de los tradicionales cuentos de miedo y el protagonista pretende vivir una experiencia artificialmente provocada, literaria, muy propia del espíritu del tiempo. La habilidad de Alvarez consiste en hacer aquí de las bromas, veras, pues la experiencia termina con la ceguera y ulterior destrucción del personaje, víctima de su curiosidad. Así, pues, cuento de horror es éste, aunque los elementos tradicionales —bruja, redoma encantada, gato negro— se parodien a sí mis-

[3] De por entonces es un cuento de ZORRILLA titulado «La Madona de Pablo Rubens», cuyo protagonista también se llama Eugenio y termina sus días en el manicomio. Apareció en *El Porvenir*, núm. 26 (26-V-1837).

mos; y cuento romántico donde Eugenio, que trataba de romantizar la realidad falseándola, resulta románticamente víctima de su destino.

La protección de un sastre (1840)

Los hermanos Rafael y Clara, jóvenes de buena familia y arruinados al morir su padre, llegan a Madrid para emprender nueva vida. Allí viven con desahogo sin reparar que sus ahorros decrecen cada día, y, mientras tanto, Rafael se enamora de Inés, rica heredera, y Carlos, joven distinguido, ve a Clara en un paseo y queda prendado de ella. Pero el dinero da fin y los hermanos han de alojarse en lugares cada vez más modestos; en uno de ellos conocen al bondadoso don Ramón, coronel retirado, quien decide proteger a Rafael.

Este y Clara ya no frecuentan los paseos a la moda y, como son incapaces de ganarse la vida, han de vender su ropa para sobrevivir. A ello se opone don Ramón, quien aconseja a Rafael que reanude su vida elegante, contando ahora con la benevolencia de un sastre amigo. Gracias a él, Rafael, perfecto caballero y siempre bien vestido, reanuda sus relaciones con su amada tras vencer la resistencia —no muy tenaz, por cierto— de una tía encargada de velar por ella.

Advierte el autor que, mientras tanto, el sastre está «trin, trin, tris, tras» con sus tijeras, ajeno a todo; imagen que se repite un par de veces más para mostrarnos cómo la Providencia —el sastre— no tiene consciencia de la importancia de su labor. Este genio benéfico es también, paradójicamente, el causante de una muerte natural y de un suicidio: por la consabida concatenación causa-efecto, gracias a él, Rafael se casa con Inés. Un día van todos a un baile de máscaras donde Clara vuelve a encontrar a Carlos, pero también allí adquiere un pequeño constipado que luego se complica y al fin Clara muere en brazos de su amante. Este se suicida desesperado y burla burlando el inocente sastre, ocupado en hacer el bien, resulta culpable.

El lector puede sacar las conclusiones que mejor le parezcan. Por lo pronto, pequeñas causas pueden dar origen a insos-

pechables efectos; hasta el más inocente puede provocar una serie de causas-efectos, el último de todos funesto; por lo mismo, los principios que ilustran la vida son algo muy poco serio; el individuo está a merced de las circunstancias; la felicidad es producto de la casualidad y cosa tan fácil de obtener como de perderse en un instante.

Un pobre artesano tiene ahora el papel omnipotente de Providencia o, si se quiere, de Dios, a quien prácticamente sustituye. «Tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre.» « ¡Pobre género humano! » concluye el autor y advierte después con sorna que la verdadera felicidad sólo se la debemos a Dios y «cuando El quiere que sea uno feliz, le hace tonto y se concluyó».

La acción sucede en época contemporánea y el personaje central es un joven inocente e ilusionado que llega a la capital. Tipo y situación muy frecuentes en la narrativa del siglo XIX y muy del gusto de Alvarez, quien reserva a sus protagonistas un final catastrófico. Rafael será una excepción precisamente, porque esta narración encarna la tesis de que la felicidad es fortuita y el hombre está siempre a merced del destino.

En su artículo sobre «La novela moderna», aparecido en el *Semanario Pintoresco* [4], advertía Salvador Bermúdez de Castro que sus contemporáneos querían ver en ella «la representación de la vida, pero de la vida común, con sus defectos, sus violencias, sus goces, sus pesares, sus crímenes, sus virtudes, mezclados, confundidos, como son en sí», pues, además, la sociedad había experimentado una transformación violenta que obligaba al individuo a relacionarse con los demás y a interesarse por sus problemas.

Bermúdez de Castro alaba *La protección de un sastre,* porque en ella ve una de las primeras manifestaciones del nuevo arte de novelar; observa que el tiempo de los héroes ha tocado a su fin, y gusta del personaje central, Rafael, «una figura verdadera, porque es una figura natural». El artículo refleja el cansancio que se iba dejando sentir ante tantas novelas histó-

[4] «Crítica literaria. De la novela moderna», en *Semanario Pintoresco* (1840), pp. 150-151.

ricas, irreales y farragosas, y prefigura ya la buena acogida que tendrían las de asunto realista.

Su examen de *La protección* no es muy profundo y tampoco le preocupan las peculiaridades de estilo, pues el estudio quiere mostrar primordialmente que los tiempos son ahora más dinámicos y que a ellos ha de corresponder el nuevo modo de novelar.

Agonías de la Corte. Agonía Primera (1841)

Un antiguo Padre Provincial, exclaustrado, tan cándido como orgulloso de sus sermones con los que piensa abrirse camino, abandona la modesta seguridad de una provincia y se lanza a las incertidumbres cortesanas.

Ya en Madrid, cae en una posada donde la dueña, «una de esas morenas hacendositas y agudas como la punta de una lanceta», está decidida a aprovecharse del nuevo huésped. Por cortedad de ánimo el fraile toma un cuartucho caro y malo y, a los seis meses, se encuentra sin dinero y sin haber conseguido nada: hasta aquí, una historia de pretendientes desgraciados, harto típica en aquellos tiempos. El Provincial escribe a su protector y al punto recibe auxilios para la vuelta, pero el día antes de su viaje enferma y, a poco, muere.

Con excepción de la mesonera, apenas acertamos a imaginar cómo son los personajes de esta narración, porque el autor se interesa por «las agonías de la Corte» y no por la psicología ni siquiera por las andanzas de quienes en ella agonizan. Y, así, quien prestó tan poca atención a la anodina existencia del fraile, narrada a galope, en cambio describe con exquisito cuidado sus últimos momentos.

La muerte, que sobreviene irónicamente cuando ya el protagonista había renunciado a la lucha, es la apoteosis de la tragedia vulgar: en la gran ciudad de imaginados esplendores y llena de gente, un desconocido padece los horrores de angustiosa agonía en una casa desierta.

La sordidez domina aquí a la tragedia y a la piedad, porque no hay héroes. La víctima —el «bueno del padre fray yo no sé cuántos, porque su nombre no ha pasado a la historia»—, atrapada como una rata, de noche y entre cuatro paredes, es poco

menos tosca y anodina que sus cerriles hospedadores. Eran éstos un zapatero de viejo y su zafia costilla, quienes no llamaron al médico por no gastar y, al cabo, dejando al moribundo, marcharon a pasar la Nochebuena con unos compadres.

Todo sucede en ambientes bajos (una posada de diligencias y el desastrado hogar de un remendón) y esta crueldad no es la refinada propia de perversos, sino la de gentes primitivas y sin entrañas. El fraile apareció muerto «en cueros vivos... desnudo como su madre le había parido» y desapareció en silencio: «Séale la tierra tan ligera como insulsa y poco interesante es su historia», concluye el autor con indiferencia y fastidio.

La Agonía primera salió completa en *El Iris* del 7 de febrero de 1841 y parece escrita de una vez. Contrariamente a lo acostumbrado, escasean las digresiones, el estilo es ágil y el autor promete que en el futuro contará una serie de muertes de las que ocurren en la Corte, centro de corrupción e indiferencia.

Agonía segunda (1841)

Francisco, inexperto joven provinciano lleno de ilusiones, pero sin medios de fortuna, enamorado de la hermosa Lucía entrevista una noche, se casa con ella y luego decide marchar a Madrid para mejorar su fortuna. Le acompañan su propio padre, triste por romper con su pasado, y Lucía, loca de contenta con la novedad.

Ya en la Corte toman un mal piso y en breve cambian todos: «Yo arreglé mi violín, Lucía se hizo un vestido nuevo... mi padre empezó a dejarse el bigote.» Francisco intenta triunfar con la música y, en medio de asediantes estrecheces, ensaya con gran fe; de Lucía sabemos que está siempre de pésimo humor y que tiraniza al infeliz marido. El padre, antiguo militar pulcro y disciplinado, visita a sus generales, pretende empleo y no consigue nada. La casualidad le lleva a frecuentar la tertulia de un cafetín vecino donde se juntan un dentista sin pacientes, dos oficiales retirados, un copista de música y un relojero, heterogéneo grupo unido por la edad, la miseria y la afición al vino.

El tiempo pasa y el artista en ciernes sigue en su creencia de que todo irá mejor en el futuro sin reparar en que su padre y Lucía se odian y además han tomado ya sus propios derroteros. El primero ya no vive más que para su tertulia. Lucía, desabrida y distante, suele faltar misteriosamente de casa.

Un día, el viejo sufre un ataque apoplético en el café y los amigos le llevan a casa, donde el dentista le sangra de cualquier modo y luego sigue una gran borrachera del grupo, que aprovecha Lucía para ausentarse por dos días. La invitación del relojero a la boda de un sobrino marca un instante decisivo en la vida de los protagonistas, pues Francisco, que ahora toca en público por primera vez, descubre que su padre se ha convertido en un borracho jugador y cínico y que su esposa, perdida ya la vergüenza, tan sólo baila con un elegante desconocido que la acompaña.

A partir de aquel día aumentan la despreocupación del viejo y la impaciencia de Lucía, quien «esperaba salir muy pronto de aquel estado», pues siguen viviendo en medio de la mayor miseria. Cuando el padre cae enfermo, el consternado Francisco no puede ofrecerle más que agua caliente, ya que los antiguos amigos, alcoholizados, abúlicos y míseros, nada pueden y además Lucía no está en casa. Tras prolongada y dolorosa agonía muere desgarradoramente el viejo y su hijo, enloquecido de dolor y soledad, encuentra entonces una nota despiadada y tajante de Lucía, quien le ha abandonado para siempre.

Principio de una historia que hubiera tenido fin si el que la contó la hubiera contado toda (1841)

Un médico, aficionado a estudios de observación, recoge las confidencias de un enfermo y, a su vez, las repite a un amigo escritor, quien las presenta a sus lectores.

Este enfermo es un tipo paradójico y misterioso, escapado del penal, aunque muy sensible y educado y oscilando siempre entre la paciencia ejemplar y la desesperación blasfema.

A los diecisiete años conoció a Inés, alta y delgada, de «hermosos ojos negros y rasgados», rica, con veintinueve años y separada del marido. El joven, naturalmente inexperto y soñador, quedó prendado del exotismo y belleza de la mujer

aquélla y abandonando familia y estudios la siguió a Inglaterra.

Allí vivieron felices dos años, aunque, al cabo, colmada su pasión, comenzó a aburrirse el joven, mientras que Inés, enamorada y con miedo a la soledad, no halló recurso mejor que dar celos a su desviado amante. Pero éste, despierto su amor propio, no supo controlar sus pasiones, y cuando una noche halló en casa a un militar inglés se lanzó sobre él, lo mató a patadas y estranguló luego a Inés al tiempo que se arrojaba con ella por la ventana.

Tan enorme y espectacular fue el crimen que en lugar de juzgársele fue confinado en un establecimiento psiquiátrico adonde le visitaban como a una rareza. Entre tantas mujeres como acudían, una no faltaba nunca...

Pero cuando íbamos a conocer la historia, sin duda apasionante de esta segunda mujer, un vómito de sangre termina con el enfermo. La narración queda truncada dejando un vacío de veinte años en la vida del misterioso personaje y, ante las protestas del desilusionado escritor, el doctor le sugiere que llene él mismo este vacío con elementos biográficos ficticios. Esta es una de las pocas narraciones donde Alvarez hace uso del diálogo y no abusa de las digresiones.

Dolores de corazón (1841)

Artículo llamó su autor a estas páginas, escritas al parecer de compromiso y con escasa reflexión; hay en él tres narraciones independientes y relacionadas sólo con el dudoso vínculo de ser todas «dolores del corazón».

En la primera cuenta el fin del criado Manuel, víctima de las diferencias sociales por habérsele ocurrido enamorarse de «la hija de un portero de esos de los tribunales», quien, por creerse de clase superior, le desprecia. El autor sufre su primer dolor de corazón una mañana cuando encuentra a Manuel ahorcado de una viga «dejándome antes toda mi ropa bien cepilladita en la cómoda y las botas lustrosas como espejos». Resaltan aquí tanto la crueldad irónica del narrador como su desprecio por las gentes de otros niveles sociales.

En la segunda vio, de camino, «a una mujer joven que llevaba en los brazos un niño de dos o tres años muerto». La escena enloquece al narrador quien, llorando conmovido, arroja al suelo todo su dinero, pica espuelas y hace que el caballo se mate contra una cruz de piedra a la entrada del pueblo. Aunque revela sentimientos completamente opuestos a los del caso anterior, esta historia, tan absurda como breve, es una muestra más de la constante obsesión que Alvarez sentía con el tema de las madres y los niños desgraciados.

La tercera narración es la más interesante de todas y refiere el caso de un hombre sensible afligido por un absurdo padecimiento que termina por quitarle la vida. Con su despreocupación acostumbrada, Alvarez termina de cualquier modo, diciendo: «El último dolor de corazón de que hablaré en este artículo es el dolor de corazón con que le concluyo aquí como podría darle fin por otro punto.»

Amor paternal (1841)

De camino por Castilla topa el autor con un hombre que a lomos de un asno va haciendo extraños aspavientos mientras agita unos papeles. A poco entablan conversación, y el del asno, personaje burdo y sanchopancesco si los hay, confiesa entre suspiros ser el verdugo de Valladolid que regresa de Salamanca, en donde acaba de ajusticiar a su propio hijo. No han mediado muchas palabras cuando ya tiene el autor los papeles entre las manos.

Son cuatro cartas: en la primera, fechada en Salamanca el 8 de marzo, Leoncio comunica a su padre haber cometido un crimen y que corre peligro de ser ahorcado, se muestra arrepentido, aunque estoico y templado e indica también que tiene un proyecto para fugarse.

El 24 del mismo mes responde desde Valladolid el verdugo Anastasio diciendo que, como padre, se alegra del proyecto de fuga, pero que, como representante de la justicia, no lo puede aprobar, aunque se callara «como un puto». Añade que el verdugo de Salamanca es un incapaz y que él mismo se encargará de la faena y hará el viaje «para que veas mi cariño; que dejo las comodidades de mi casa...».

El 2 de abril vuelve a escribir Leoncio preguntando al padre, «como maestro en estas cosas», si es verdad que mientras cae en el vacío puede el reo trabar los pies en las escaleras de la horca, salvándose así y haciendo caer al verdugo, pues, de serlo, «entonces no necesita usté venir ni hacer esos gastos».

Ocho días más tarde Anastasio da al hijo «la buena noticia» de su llegada a pesar de que «en mala temporada me cojen los gastos y transtornos de este viaje»; compara luego su situación y su dolor con los de Abraham, «aquel otro que sin ser del oficio...»; y se despide con la estupenda fórmula: «Tu padre que te idolatra y te aprecia.»

Mientras el narrador lee tan macabra correspondencia, el viajero va roncando sobre el asno y, llegados a una venta, paran a comer. El verdugo lo hace como un bárbaro, bebe en abundancia y continúa su camino, de nuevo roncando. Al pasar por una aldea el narrador se queda en ella y el otro, sin despertar, continúa.

Parece que este cuento ha sido el más favorecido de críticos y lectores quizá por las reminiscencias clásicas que tiene. El hacer literatura sobre ahorcados y verdugos es cosa vieja entre nosotros, sirvan de muestra el entremés de *La cárcel de Sevilla, El Buscón* y, ya en tiempos románticos, «El reo de muerte» y «El verdugo», de Espronceda, o algunas poesías macabras de Ros de Olano. Se ha insinuado aquí la influencia del «Portrait du Bourreau», por Joseph de Maistre, aunque sin fundamento, pues el autor francés le pinta como un odiado instrumento de la justicia que sólo produce horror[5]. Anastasio, en cambio, carece del aura ominosa que envuelve al verdugo romántico y está dibujado ya de modo más realista como un rústico egoísta e insensible.

Gaceta sentimental del 12 de septiembre de 1853 (1853)

Redactada como un *diario* donde se cuenta el caso de Sara, angelical inglesita de quince años, víctima de una enfermedad sin remedio que en breve la llevará a la tumba. Su padre ha

[5] *Les soirées de Saint-Petersbourg*, «Premier entretien», en *Oeuvres Complètes*, tomo IV (París, Librairie Catholique, 1924), pp. 31-34.

debido marchar a Londres y ella queda en España sirviendo de madre a tres hermanitos menores, como lo hacía la Carlota del *Werther*. Delicada y etérea, muy a la manera de la heroína en *La Nouvelle Heloise* da, como ella, disposiciones para el momento de su muerte. En el caso del personaje de Rousseau estos proyectos, ya lacrimógenos en exceso, se excusan por asegurar la continuidad de una obra, pero aquí no y son una innecesaria sensiblería. Sara ha imaginado preparar tres vestidos blancos para sus hermanitos y otros tres, «que han sido míos cuando era más pequeña», para las tres hijas del cochero («Ya sabes que yo las enseño a leer y que mi plan era enseñarlas todo lo que hace falta para que una pobre mujer pueda vivir de su trabajo»). Los pobres niños, vestidos así, la acompañarían el día de su entierro.

Sin embargo, tales planes no se podrán llevar a cabo, porque Sara es protestante y en España, donde se acaba de autorizar la creación de un cementerio para los ingleses muertos en Madrid, las leyes ordenan evitar «toda clase de pompa y publicidad en los cortejos fúnebres» no católicos. A continuación se cita una nota del embajador inglés Lord Howden, en donde recuerda que tal restricción no existe en Inglaterra para los católicos y que España es el único país donde sucede tal cosa.

Parece obra de circunstancias y muestra la tolerancia religiosa de Alvarez, pero no tiene fuerza suficiente como crítica, y exagera además la nota sentimental para hacer resaltar tanto los rigores de la ley como la delicada inocencia de Sara.

El hombre sin mujer (1868) es una historia de amores y odios tan complicada como incoherente y que, como era de esperar, tiene un final desdichado. Ya hablaremos de este cuento más adelante cuando se traten las influencias de E. T. A. Hoffmann sobre Alvarez.

El gato (1892). El narrador y un amigo veranean en casa de un cura pueblerino, tío del último. El cura, don Anastasio, comerciante próspero en sus tiempos, decidió ordenarse por razones misteriosas y, con cierta frecuencia, padece de lo que

su sobrino llama «cuajarse», es decir, que «está hablando contigo y se para y se le ponen los ojos que no parece sino que miran para adentro, y agacha la cabeza y se coje la barba con la mano y se pasa así las medias horas y casi las horas».

Una noche el anciano confía su secreto y cuenta que, allá en su juventud, le cogió una tormenta en el monte cuando iba de camino y buscó refugio en unas ruinas. Encendió una hoguera y, estando a punto de dormirse, vio un gato negro que le miraba con insistencia desde el marco de una ventana. Molesto por una presencia, tan obsesionante como las pesadillas, lo derribó de un pistoletazo y se dispuso a dormir, pero desvelado a poco volvió a ver al gato «en la misma postura que siempre, sólo que con la mano derecha en cabestrillo».

Esta narración es la más breve y la última de Alvarez, pues va fechada pocos meses antes de su muerte y fue escrita —según Fernández Bremón— «al retirarse a su casa a horas avanzadas por no poder resistir a los apremios de sus amigos». En ella el intrigado lector al fin da con la clave sobrenatural de la ordenación del tío, quien vive hechizado por sus recuerdos. El cuento parodia las consejas de brujería populares de las que tiene los elementos típicos: el viajero perdido, la tempestad desatada, la medrosa noche invernal, las ruinas y la aparición.

El enigma se resuelve de modo tan absurdo como inesperado, aunque todo parece sugerir que el gato tiene significación diabólica y que don Anastasio se hizo cura para escapar a un maleficio.

2. La técnica narrativa

Don Miguel de los Santos sobresalió entre los contemporáneos por su agudeza y tuvo una halagüeña aureola de escritor raro, muy en consonancia con su dandismo intelectual. La obra es trasunto fiel de su personalidad: absurda y brillante, entreverada por digresiones, con cláusulas tan pronto desaliñadas como perfectas, sembrada con frases de doble sentido, retruécanos y grandes aciertos que van junto a imperdonables descuidos. La falta de confianza en sí mismo, la timidez y quizá un senti-

miento de inferioridad ante los méritos de Espronceda tendrían la culpa de una pereza, tan notoria, que terminó por anular las grandes cualidades de Alvarez.

Tenía éste por costumbre el negar sus talentos literarios; en *Dolores de corazón* [6] escribía: «Me falta lo de buen pendolista (*DC*, 166), en otra ocasión: «Más fácil es que lo que yo escriba me lleve paso a paso a tomar la sombra del olvido entre la multitud de escritores ignorados» (*BU*, 57); al cabo de mucho tiempo, ya en los años maduros, respondía a Ramón Rodríguez Correa, quien le había pedido que prologase sus obras, con una carta en la que revela cuánto desconfiaba de la propia capacidad creativa: «Yo no quiero escribir, porque nada tengo que enseñar, vacío como estoy de todo espíritu, no sólo de sabiduría, sino de saber elemental y simple» [7].

Y es que Alvarez no se atrevía a tomarse en serio. Al terminar *La protección de un sastre* confesaba que sus obras, escritas «al buen tuntún, sin ningún *gran pensamiento fundamental*, sin ningún sistema, ni filantrópico, ni misantrópico, ni nada», no tenían más fin que «malgastar mi tiempo»; que escribía «para entretener, no para enseñar», porque no tenía años ni conocimientos para dar una obra útil a la sociedad. Con esta novela, en fin, pretendía matar el tiempo del modo que las ratoneras matan ratones y «sin más pretensiones que las que pueda tener en mecánica el autor de una ratonerilla de mala muerte» (*PS*, 143).

Curiosa actitud, sobre todo en una época en la que incluso los poetastros más ramplones se sentían llamados a cumplir «una misión sobre la tierra». Al extremo opuesto de los *engagés* (y de quienes creyeron serlo), Alvarez postula escribir como pasatiempo, algo más gratuito aún que el arte por el arte, y de

---

[6] De aquí en adelante me valdré de estas siglas: *PS (La protección de un sastre)*, *AG I (Agonías de la Corte. Agonía primera)*, *AG II (Agonía II)*, *DC (Dolores de corazón)*, *GS (Gaceta sentimental)*, *PH (Principio de una historia...)*, *HsM (El hombre sin mujer)*, *JS (Los jóvenes son locos)* y *G (El gato)*. Cito por la edición de Madrid, 1921.

[7] *Agua pasada. Novelas cortas* (Madrid-La Habana, Ricardo Fe, 1894), página 1. Publicada póstumamente, lleva un prólogo de Manuel del Palacio titulado «Post Mortem» (I-XVI) y una «Carta de Don Miguel de los Santos Alvarez», pp. 1-5.

este modo pretende quedar al margen del profesionalismo literario y de sus leyes, rigiéndose entonces sólo por las de su propio capricho de dilettante.

Raras son las obras donde no hay referencias a una pereza constante e invencible: no pule los versos «por no tener lima a mano» (*PS,* 60); descuida el estilo y deja imprimir frases como «un buen hombre, que, a haber muerto en otros tiempos, mejor cuenta le hubiera tenido» (*AG I,* 192) y en el prólogo a la cuarta edición de *La protección de un sastre,* burlonamente advierte:

> «Ni se ha quitado ni se ha puesto un punto al original para la reimpresión, porque yo escribo con el honrado intento de ser autor clásico y de estudio, y quiero que en los tiempos venideros, en los cuales yo he de vivir, aunque no sea más que para vengarme de esta pereza que me tiene muerto ahora, puedan observar las estudiosas generaciones futuras todos los malos pasos que va dejando atrás un escritor, antes de llegar a bueno.» (*PS* 14)

Sin embargo, la carta a Correa deja traducir el melancólico desánimo de quien no logró sus ideales: «Me he resignado a tenerme por un condenado holgazán y a dejar que se me desvanezca la vida como ella quiera, sin forzarla con la voluntad de subir y bajar cuestas de empeño! » Alvarez quiso hacer un recurso estilístico de la despreocupación y repetidamente quiere poner en evidencia el carácter temperamental y gratuito de su tarea. El lector, tradicionalmente respetado por los escritores, ha de sufrir bromas y despropósitos del autor, quien, para imponer su genio, le habla «en necio». De este modo finje indiferencia: «Me encuentro... en este estado de deliciosa calma, en que tanto se me da por lo que va como por lo que viene» (*DC,* 165); pretende ignorar detalles secundarios: «De lo que pasó desde aquí hasta el día siguiente, no sé ni una palabra» (*PS,* 54); abusa de la imprecisión hasta llegar a irritarnos: «Hacia el año de mil ochocientos y tantos... un tal Rafael de yo no sé cuantos... con quien podría estar casado o no estarlo»; y no recata la impaciencia en terminar la obra que tiene entre manos, aun a trueque de echarla a perder: «Estoy de tan buen humor, que si no fuera porque tengo ganas de concluir el cuento, que ya me va fastidiando...» (*PS,* 114), «Voy muy de prisa y

quiero concluir pronto, que si no, había de escribir estas citas...» (*PS,* 130).

Despreocupación y afán de excepcionalidad constantes que podrían indicar tanto el temor a compararse con los demás escritores contemporáneos como un afán de definirse como autor genial y para minorías.

La obra de Alvarez no muestra evolución apreciable a través de los años y la mayor parte corresponde a un breve período de juventud triunfante. Técnicamente no hay cambios hasta llegar a *El hombre sin mujer,* narración larga y tardía, no incluida en la primera edición de *Tentativas Literarias* (1864), en la que es muy visible la influencia de Hoffmann.

Como durante el período romántico proliferaron cuentos y novelas en verso, poemas en prosa y otras producciones semejantes se produjo la natural confusión al aplicar la nomenclatura tradicional en los géneros literarios. Al abordar estos problemas en relación con su propia obra, Alvarez ridiculizó a los críticos, no sin hacer los habituales alardes de falsa modestia, cuando después de publicar *La protección de un sastre,* escribía: «He venido a encontrarme con que ni es novela ni cosa que lo valga, en lo que yo no había, ni hubiera caído jamás, a no habérmelo probado, como tres y dos son cinco, algunas poderosas razones de algunos entendidos críticos» (*PS,* 57); la primera entrega del poema *María* es «otra cosa que yo sé lo que es, pero que para muchos de los demás estoy seguro de que no es lo que yo sé, porque, a decir verdad, tan poca fe tengo en mí mismo como mucha en las personas instruidas, a las que voy admirando cada día más, convencido como lo estoy, de que a su instrucción deberá algún día el mundo lo que nunca pagará» (*PS,* 58). Advierte que ha publicado *María* «sin llamarla cuento, ni novela, ni poema» y al dirigirse a los lectores —«si es que tengo más de uno»— les autoriza a llamar la obra «a su gusto y cambien hasta el nombre, si quieren».

Las narraciones de Alvarez son producto de la «inspiración», es decir: una idea hecha realidad al fin de un proceso mental: esta idea, al materializarse, toma perspectivas nuevas y, a veces, termina convertida en algo muy diferente a lo que iba a ser. La estructura de esta prosa, las frases inacabables engar-

zadas las unas en las otras, llenas de aposiciones e incisos, reflejan una manera de escribir fluida y febril, no meditada, en la que el pensamiento da prisa a la mano, menos rápida. Es algo cercano a la *écriture automatique,* preservado además por la desgana del autor, quien, en las sucesivas ediciones, no creyó conveniente hacer correcciones mayores (que, de haberse hecho, habrían tenido que abarcar todos los aspectos formales de su prosa):

> «Verdad es que yo no tengo nada que escribir que sea cosa de contar: Pero no es esencial que lo que se escribe haya de ser cuento, y muchas veces, como ahora, se vienen a la punta de la pluma una porción de palabras, salidas yo no sé de dónde y encaminadas adonde tampoco sabe nadie...»

Estas narraciones van construidas de acuerdo con una vieja fórmula que evita explicaciones iniciales. Me refiero al recurso de los argumentos facilitados por un amigo complaciente (la 3.ª anécdota en *Dolores de corazón, Principio de una historia*); conocidos por medios misteriosos: «Esta rara aventura... no ha dejado de afectarnos al llegar a nuestra noticia por medios que descubriríamos a todo el mundo, si estuvieran en nuestra mano» *(Los jóvenes son locos),* contenidos en un diario *(Gaceta Sentimental),* en unas cartas *(Amor paternal)* o hallados en un olvidado manuscrito *(El hombre sin mujer).* Son excepción *La protección de un sastre* y la *Agonía I.*

Advirtamos de paso que Alvarez gusta de un recurso estilístico muy usado por los costumbristas; el situarse entre el lector y la narración, explicando lo que ocurre como si éste no pudiera verlo por sí mismo: «Continuando su relación en los términos que el lector verá...» (*PH,* 253); «Y ahora yo por boca del doctor, y el doctor por boca del enfermo, seguimos así la historia» (*PH,* 253); cortando el hilo de la narración para dirigirse a él: «Perdóneme el lector si meto la hoz en mies ajena...» (*AG II,* 205); y presentándose, burla burlando, como un Diablo Cojuelo para quien no tiene secretos la doliente humanidad: «Nadie sabría una palabra de tal cosa si, afortunadamente, no estuviera aquí yo para alumbrarla» (*AG I,* 192).

Evidente es también la falta de plan tanto en la estructura

como en los detalles, habiendo obras que aparentemente tienen todo el aspecto de escritos de circunstancias como *Dolores de corazón* y *Gaceta sentimental.* En la primera, el autor escribe que se le ha «ocurrido la idea de pasar revista a todos los dolores de corazón de que se me ha quejado por ahí infinidad de gente», aunque luego esta revista se limita a un solo artículo donde cuenta dos casos. Algo parecido sucede en la *Agonía I,* «lo que pienso, pues, publicar con este título no es otra cosa sino algunos modos de morir... las otras agonías que iré contando...» (*AG I,* 192); desgraciadamente, la serie está reducida a un par de narraciones.

Casi todas quedaron desprovistas de final para que el lector pudiera imaginar soluciones a su gusto, y así lo expresó más de una vez: «Tú, lector, tengas o no talento, puedes llenar este hueco con lo que mejor te pareciese, que lleno quedará» (*PS,* 59); en *Principio de una historia,* uno de los personajes responde al escritor, quien está quejoso de no saber lo ocurrido durante un intervalo de veinte años: «¡Pues llénelo Vd. a su gusto!»

El autor queda en libertad para terminar los cuentos cuándo y cómo le place, *La protección de un sastre* y *Agonía II* tienen desenlace tradicional, las restantes quedan truncadas, a excepción de *El hombre sin mujer* y *Dolores de corazón,* de final un tanto forzado. En el momento más oportuno la muerte acaba, *Amor paternal* y *Principio de una historia;* y quedamos sin saber en qué paró el protagonista en *Agonía II,* porque el «manuscrito» da fin abruptamente.

Características son también las digresiones, Alvarez se aparta del tema central para engolfarse en sus propias reflexiones, en la moralización o en otros asuntos, hasta olvidarse del lector en ocasiones. En *La protección de un sastre* desarrolla una teoría acompañada de tantos elementos filosóficos, moralizadores y sociales que gracias a ellos el cuento alcanza el tamaño de una novelita. El tema se abre paso entre elementos tan ajenos a él que a veces le perdemos en una selva farragosa para volver a recobrarle más lejos (como en los capítulos VI y VII). En *Dolores de corazón* y *El hombre sin mujer* los diversos asuntos van precariamente unidos, especialmente en la última narración, donde la perplejidad del lector aumenta ante

un laberinto de historias dentro de historias engarzadas todas en una trama deliberadamente fantástica y confusa.

También gustó mucho de mantener la tensión o *suspense* para dar más interés, aunque llevándola a extremos, pues intercala tantas cosas que el lector llega a irritarse en espera de algo que se revelará, si es que se revela, al cabo de no pocas disquisiciones ociosas.

Estas oscilan entre el afán moralizador (reflexiones «filosóficas» sobre las mujeres, la desgracia, la felicidad, etc.) y asuntos de índole diversa e inesperada nacidas al correr la pluma. Un ejemplo en el capítulo VI de *La protección de un sastre,* al ir a revelársenos la triste situación de los protagonistas, la narración se interrumpe y comienzan doce páginas de digresiones encadenadas, con un esquema harto elocuente: el personaje, Rafael, es víctima de una desesperada situación. Disquisición sobre la desgracia y sus clases. El autor se propone rescatar a Rafael y proponerle un plan de vida. Proyecto de economía doméstica con una detallada cuenta de la compra que incluye ocho reales y medio de tocino y cinco de garbanzos. Reflexiones sobre la vida: todo está determinado de antemano y el hombre no puede cambiar su destino. Diferencias entre la moral verdadera, muy respetable, y la convencional, digna de desprecio. El autor pide perdón por sus digresiones. Se declara muy aficionado de las mujeres a las que alaba y teme. Explica por qué se cansa de escribir. El final del capítulo queda en el aire y en el siguiente, VII, un ataque a los sastres interrumpe de nuevo la trama.

Afán divagatorio que origina frases enormes, recargadas de adjetivos, en los que se pierde el hilo de la narración; no es raro hallar tiradas hasta de quince líneas, como ésta:

> «Afortunadamente para él, húbosele de caer a Luisa el abanico o el pañuelo, o yo no sé qué, y como quien estaba decidido a no perder ripio, ingenióse de modo que pudo levantarlo del suelo antes que Rafael, afectando al mismo tiempo cierta fría indiferencia, por si era el marido, para con él, y mirando a Luisa, cuando puso en su mano la cosa caída, de una manera tan poco indiferente, que ella, entre asustada y hermoseadas las mejillas con un súbito y mágico carmín, y hermoseados los ojos con una indefinible expresión, pro-

> nunció, en vez de gracias, un ¡ay! ¡Dios mío! tan lleno de coquetería, que es, entre paréntesis, la buena educación de las mujeres, que hubiera bastado por sí solo a prender a Carlos, si tan prendado no se hallara.» (*PS*, 49)

No obstante, aunque se deja llevar de esta manía disquisitiva, Alvarez se da buena cuenta de lo que hace: «Por supuesto que todas estas cosas no vienen aquí a pelo...» (*PS*, 97); «Ahora, disculpado ya de mi incoherencia, etc., etc., volveremos con gusto a mis reflexiones...»; y solicita benevolencia: «Si todo esto que voy diciendo pareciere inoportuno, incoherente y desatinado, quisiera que los lectores me lo perdonaran» (*PS*, 98); o, burlonamente, escribe: «Digresión es ésta que, por importuna y absurda, deberá borrarse. Bórrese en buena hora, y adelante» (*PS*, 53).

Ya hemos visto la fingida imprecisión del autor frente a algunas de las circunstancias en que se desarrollan sus narraciones. Usando de otra perspectiva muy cara a los costumbristas, a menudo interviene en la narración con observaciones y conjeturas: «No lo aseguramos, pero bien pudo ser...», «Este, sobre quien estamos seguros que ninguna fuerza hubieran tenido...»

Desdoblamiento del autor-espectador que aún llega más lejos cuando, tomando a los lectores como confidentes, especula sobre las acciones de los personajes, como si se tratara de seres reales. De este modo puede criticar sus acciones, sugiere alternativas de conducta y no vacila en meterse dentro de su obra. Allí, lápiz en mano, piensa mejorar las derrotadas finanzas de Luisa y Rafael, simpáticos protagonistas en *La protección de un sastre*, con un plan donde no falta ni la muy minuciosa cuanto prosaica cuenta de la compra. Y, aún más, llega a concebir una polémica con Rafael y Luisa, sus criaturas: «Probablemente hubieran respondido a estos sanos consejos míos que no habían nacido para esta vida miserable. Pero les hubiera contestado... Ellos me hubieran replicado... Y yo les hubiera vuelto a contestar... Ellos, entonces...» (*PS*, 95).

Los lectores tienen ahora un importante papel como interpretadores, y el poder sugestivo de la imaginación, actuando sobre los sentimientos, es más fuerte que el impacto de lo es-

crito. Si quienes leen «quieren sentir con ellos [estos protagonistas] sentirán más en un minuto que se coloquen en su posición que en cinco horas de lectura interesante».

Lo mismo que sus contemporáneos románticos, Alvarez fue gran entusiasta de los clásicos patrios, a quienes se estudiaba de nuevo y cuyas obras volvían a editarse con renovado interés. Los gustos de Alvarez se echan de ver en las *Tentativas* en las que se advierten la crueldad barroca, la ironía y el descarnado sentido del humor de Quevedo. Situación quevedesca es la de esa borrachera colectiva en *Agonía II*, que nos recuerda a la del verdugo y sus amigos en *El Buscón*.

Algunos elementos de *Amor paternal* revelan su ascendencia cervantina: el personaje central está vaciado en el molde de Sancho Panza y la prosa despierta conocidos ecos: «Aguijé mi caballo, y en poco tiempo emparejé con el de los aspavientos, a la sazón en que, comiendo pan y queso, para engañar la sed y meterla dentro de sus tragaderas, la mataba después cobardemente con bien menudeados tragos de lo que, metido en una bota, casi se podría pensar que era vino y no otro ningún licor» (*AP*, 148). Este recuerdo estilístico de Cervantes se hallará todavía por otras narraciones, aunque ya más difuso.

Otra característica de su estilo, también de abolengo añejo, es el uso de sustantivos, adjetivos y verbos, frecuentemente sinónimos, siempre en grupos de tres: «El dolor... llega a convertirse en negro y duro y pesado sudario que nos envuelve, nos oprime y nos ahoga» (*GS*, 181), «adornos, encanto y regalo de dos jóvenes...» (*PS*, 63).

Como escritor castizo sintió Alvarez especial predilección por los modismos populares que maneja muy bien y que generosamente prodiga. La prosa tiene así especial enjundia y desenfado, aunque, en ocasiones, el abuso (consciente) de ellos logra frases recargadas y extravagantes: «Es el tal joven un belitre, cabeza de chorlito, con menos sesos que un grillo» (*PS*, 91). Lo mismo ocurre con los refranes, que conoció y usó muy oportunamente, aunque formó con ellos frases de las que harían las delicias de Sancho: «Paciencia y barajar, que no se hizo Zamora en una hora. Pues qué ¿no hay más que irnos al cielo los que a él estamos destinados, sin haber hecho nada

para ganarle? Quien quiera truchas que se moje las bragas» (*PS,* 78). Peculiar también de este estilo narrativo son palabras o modismos usados de manera extravagante e impropia: «Desempaquetó sus manos de unos guantes» (*PS,* 65), «Lucía parecía una mariposa inocente de puro alegre» (*AG II,* 233), «un niño con el corazón más blanco que una paloma» (*PH,* 263).

Frecuentes también son los juegos de palabras hechos con frases a menudo unidas por una copulativa. Entre los más habituales: *a)* doble acepción de una palabra: «Caro y carísimo Rouget» (*PS,* 116); *b)* contraste de dos conceptos: «Bienvenido por este santo hospital y por este maldito cuerpo» (*PH,* 250); *c)* el sentido de la segunda frase refuerza el de la primera: «Ella estaba frita en pasión y rebozada en deseo» (*PH,* 25), y *d)* el chiste aprovechando el doble sentido de un modismo: «La moral siempre viene a pelo... la inmoralidad, su contraria... ha de montar en silla» (*PS,* 97).

Alvarez también gustó de un recurso estilístico un tanto dudoso: la repetición de la misma palabra más de una vez dentro de la misma frase: «En una mala habitación de una mala casa de un mal barrio, que apenas hay una cosa mala que vaya ni venga sola» (*PS,* 57). Hay veces en que la narración alcanza cierto tono emocional que el autor se complace en romper intempestivamente con palabras o frases prosaicas: «Ni aún en cecina nos han podido dejar tantos antepasados nada que pueda llamarse felicidad» (*PS,* 63), «El amor me hace perder la razón y no quiero echar la soga tras el caldero, como suele decirse» (*AG II,* 239).

Otra peculiaridad es el usar, de modo repentino e inesperado, frases de almibarado lirismo, estereotipadas y ramplonamente convencionales, al parecer nacidas del afán del autor en parodiarse a sí mismo y ridiculizar a sus propios personajes: «... se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blandísima y casi transparente mano por los aromados rizos de Carlos, y dijo con acento modulado suavísimo y con toda la celestial ternura de la esposa del cantar de los cantares» (*PS,* 138-139).

Finalmente, Alvarez fue *laísta* furibundo y ha escrito frases como: «Sus labores la eran odiosísimas y la secaban el alma.»

En el prólogo a *La protección de un sastre,* escribía: «Por más esfuerzos ideológicos que hago, no puedo oír ni ver al pronombre personal *él* convertido en su pretendido dativo femenino *le,* sin que al pobre femenino le salgan barbas, ¡que es un dolor! », y, con mucha gracia, dedica un par de páginas a defender su teoría (*PS,* 28-30).

3. Los personajes

Alvarez concibió a sus personajes femeninos como seres egoístas y peligrosos o como ángeles de bondad. Los primeros tienen más fuerza y realidad; los segundos, son seres anodinos, cortados todos por un patrón convencional.

Lucía *(AG II)* personifica la ambición: bellísima y silenciosa sigue su camino sin que nada la detenga, es una desesperada enferma de *bovarismo* que se casa por salir de una vida mezquina y sale maestra en las enseñanzas de la gran ciudad. Se marcha mientras agoniza el suegro y dejando al marido, Francisco, una carta breve e irónica, pero llena de sentido común y buen consejo: «... he aprendido yo mucho de otra gente que vive aquí hace muchos años, para vivir bien contigo, que no sirves para esto, y debes marcharte a tu pueblo y vivir allí con otros como tú. Cada uno ha de buscar lo que le conviene». Aunque el perderse hubiera sido lo más fácil para una joven bella y pobre, Lucía no es una perdida, sino la mujer peligrosa que arrolla a los débiles, el tipo sin escrúpulos morales que con cálculo y perseverancia logra el triunfo.

En otro nivel, está muy bien lograda la mesonera *(AG I),* personificación aquí de la avaricia, que satisface también a expensas de los simples. Esta mujer, «una de esas morenas hacendositas y agudas como la punta de una lanceta», tiene vida; y a su gramática parda pueblerina, muy bien aprendida, junta marrullerías de ciudad.

El dinero la obsesiona y cuando éste se termina, la «diligente mesonera», un ente seco de corazón e insensible, es capaz de sacar de la cama a un moribundo y abandonarlo a su suerte. Repugna por su doblez y grosería, su verbo autoritario y ladino, y su apicarado espíritu de rapiña.

Si no fuera porque el carácter de Clara ha de estar subordinado al tono general de una obra tan paradójica como *El hombre sin mujer,* la tomaríamos por una desequilibrada, aunque tenga todo el carácter de la heroína romántica, pura, bella, generosa y delicada. Recuerda a esas encantadoras mujercitas de Hoffmann que enamoran a un hombre, pero causan su desgracia cuando éste descubre que son tan sólo animados fantoches privados de corazón y cerebro. A pesar de sus buenas cualidades, Clara es la mujer fatal que con su carácter intolerante y sin coherencia destruye a un hombre sensible.

En *Principio de una historia* la protagonista es dominante y bella y tiene doce años más que su conquista, un joven estudiante que lo deja todo para seguirla a Londres: «La energía de su carácter y la misteriosa ligereza con que me hablaba de su vida, fueron para mí como un mágico hechizo» (*PH,* 264). Inés resultará también la mujer peligrosa que deshace la vida de su amante.

No deja de ser curioso que Alvarez evite tocar lo erótico y que sus personajes femeninos, aun los más atractivos, carezcan de toda dimensión sexual. Nos indica sus propiedades espirituales y morales, dice que son bellísimas y a veces destaca algunos de sus pormenores físicos, pero que nada añaden al perfil de estos personajes. Se diría que un pudoroso temor le aparta del tema y que prefiere pintar tipos angélicos a los que no es necesario describir en detalle. De todas estas mujeres, la mejor caracterizada es Inés, «alta y delgada... de hermosos ojos negros y rasgados», quien apasionadamente usa de los celos para recobrar la felicidad.

Menos interés ofrece la otra categoría de mujeres etéreas de estirpe romántica, tan carentes de personalidad. Así, Inés y Luisa en *La protección de un sastre;* la primera se enamora por uno de «esos súbitos bofetones de Cupido», tiene apenas diecisiete años, «hermosísimos ojos» y toca el piano; es huérfana rica, con «muy buen fondo, de esperanzas y de sensible y generosísimo corazón». Luisa, «con su carácter angelical y con su costumbre de seguir los caprichos y rarezas de su hermano», no carece de sentido práctico; su secreto amor por un joven distinguido parece que será recompensado, pero una «to-

secilla ligera» y un «constipadillo» terminan con su felicidad y con su vida de modo rápido y anodino. En *Gaceta sentimental* la inglesita Sara es apenas poco más que «un ángel de bondad, de dulzura, de todas cuantas divinas virtudes ha puesto Dios en el corazón humano».

Los protagonistas masculinos comparten todos, aparte de la juventud y hombría de bien, gran incapacidad para ver el lado práctico de la vida y una debilidad de carácter tal que les deja indefensos ante las mujeres. Estas, vehementes y agresivas, consiguen lo que quieren: Rafael y Carlos conquistan a unas damitas que están deseando ser conquistadas, el violinista Francisco sirve de medio a las ambiciones de su mujer, la Inés de *Principio de una historia* seduce a un estudiante, y Clara transtorna a Guillermo con sus caprichosos cambios de humor.

Tampoco estos caballeros tienen individualidad definida y algunos aparecen como decorativas estampas románticas: «Un joven de unos veintiséis a veintiocho años, de aspecto melancólico, pero agradabilísimo» (*HSM*, 287), «Una figura suelta, derecha y noble» (*PS*, 268). Tan atractiva fachada oculta a unos seres sin nervio que intentan vencer en la lucha por la vida, aunque el destino que aguarda a todos sea claudicar; así, antes de suicidarse, exclama Guillermo: «Yo soy un hombre que no sirve para la vida» (*HSM*, 366), otro protagonista moribundo confía al doctor amigo: «Cuarenta años tengo y estoy con unas ganas de morirme que no parece sino que he vivido mil siglos!» (*PH*, 267).

4. Realismo y costumbrismo

Ya sabemos cómo Alvarez figura entre los primeros cultivadores de una narrativa que R. F. Brown llamó «esbozos de la novela realista de costumbres»; anteriormente, González Blanco juzgaba que Alvarez vino «a echar los cimientos de la novela realista y a barrer el camino, limpiándolo de la broza ultra-romanesca que lo cubría, para dejar paso a más positivas y durables conquistas del realismo» [8].

[8] *Historia de la novela*, vol. II (Madrid, Sáenz de Jubera, 1909), página 368.

Entre estos pioneros del realismo hubo seguidores de Eugenio Sue como Ayguals y como Antonio Flores, cronistas de las «costumbres contemporáneas», de la aristocracia como Navarrete y Patricio de la Escosura, y escritores tan difíciles de clasificar como Miguel de los Santos Alvarez y Antonio Ros de Olano. Alvarez y Ros suelen citarse juntos precisamente por lo extraño de sus obras y por ser íntimos de Espronceda, pero, aunque haya no pocos puntos de contacto entre ambos, cada uno vio la vida de manera tan diversa que Alvarez ha de estudiarse como escritor único en su tiempo.

Aunque en sus obras haya elementos románticos y elementos costumbristas el realismo predomina en casi todas sus narraciones y en *María.* Alvarez no pretendía que sus lectores fueran presa de la emoción o vertieran lágrimas al leer las accidentadas aventuras de unos héroes románticos, ni le interesó describir un mundo pintoresco para quienes gustaran del costumbrismo. En estas obras no hay exotismo ni fondo medieval, sino escenas del diario vivir en el Madrid contemporáneo; y, en lugar de mostrarnos aristócratas en palacios o pícaros de los bajos fondos, nos da gente anodina de la clase media o de la baja.

Sin embargo, este convencionalismo aparente desaparece cuando vemos que el autor no describe el escenario circundante ni se molesta en dotar a sus personajes de psicología o sentimientos algo elaborados. Su fin es mostrar la realidad de la vida, pero, como es un pesimista sin remedio, lo hace con tonos harto sombríos.

Al escoger Madrid como escenario en algunas narraciones parece entroncar con una vieja tradición literaria que se remonta hasta el Antonio Liñán y Verdugo de la *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte* (Madrid, 1620) y con otras obras de los siglos XVII y XVIII en las que van juntas la moralización y la advertencia.

Hacia 1840 Madrid era una ciudad modesta que a los habitantes del resto de España parecía una Babilonia moderna; allí acudían muchos en busca de puestos y mercedes y aunque algunos triunfaban, los más volvían a sus lugares o engrosaban la cohorte de pretendientes. De aquel Madrid han contado muchas cosas Larra y Mesonero y, típicamente, Alvarez, que llegó

a la capital muy joven, pretendió, y fue empleado y cesante varias veces.

Sin embargo, Alvarez no describió Madrid; lo vio ya como gran ciudad, como engendro sin alma de los tiempos modernos, donde toda individualidad zozobra. Allí habitan gentes confundidas, indefensas y desesperadas que no pueden luchar contra el anonimato y contra la indiferencia de ese laberinto en el que están perdidas. Estas obras no son *Guía* ni *avisos* para nadie, porque es en vano prevenir lo inevitable y tampoco moralizan, porque el presunto moralizador está convencido de la ineluctabilidad de las cosas.

Los recién llegados no entienden esta indiferencia cortesana; Francisco, en *Agonía II,* se queja de unos vecinos que vivían «encerrados» y de que nadie diga «nada de nada» y al fin cree terminada su educación cuando concluye que él y los suyos «habíamos aprendido el trato del gran mundo, y ya sabíamos que no había [que] ... pedir nada a nadie, ni dar tampoco cuando a uno le pedían... que, al fin y al cabo, con ninguno de los que veíamos teníamos nada que ver, ni ellos con nosotros» (236).

Esto es lo que le interesa al autor; contarnos el debatirse de esta gente, sus ilusiones, sus fracasos y, muy especialmente, su desgraciado fin. Ahora sí dará detalles y circunstancias e incluso hará descripciones breves, tan coloristas como agudas.

Alvarez ve las cosas tal como son y las describe de manera realista, pero bajo un ángulo burlón para destruir clichés sentimentales o dramáticos y parodiar la literatura romántica y folletinesca a la moda entonces.

Así, en *La protección de un sastre,* Inés no puede lograr la felicidad por depender de un tutor que, de acuerdo con la tradición literaria de aquel tiempo, habría de ser un malvado ávido de riquezas. El amante, decidido a todo, visita valientemente al tutor, pero el peligroso personaje resulta ser una pobre señora, tía de Inés, que se apresura a dar facilidades en cuanto Rafael la asegura un buen pasar futuro. En la misma obra, la joven Clara muere en brazos de su amante y los almibarados tonos del relato contrastan con la frase final, tan objetiva, logrando un indudable efecto cómico:

«un día... se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blandísima y casi transparente mano por los aromados rizos de Carlos y dijo con acento modulado suavísimo y con toda la celestial ternura de la esposa del cantar de los cantares: ¡Cuánto amor! ¡Carlos! ¡Carlos mío! ... Le dio un beso y se murió.»

En otras ocasiones se fija en detalles que sería mejor callarlos por prosaicos, pero los menciona precisamente para dar tono ridículo a una situación que, de suyo, no lo tenía. Así, María, tan delicada, vive sórdidamente reclusa en el burdel, donde hay

«dos cuartos interiores
tristes, oscuros, fríos y excusados:
es el uno un lugar de los mejores
para tener en él quesos colgados
y el otro cuarto, el cuarto de María,
que toma luz de la calleja umbría.»

Y, de nuevo en *La protección de un sastre,* Carlos, seductor en ciernes, acude a la pensión donde viven Luisa y su presunto marido, para sobornar a la patrona cueste lo que cueste. Pero ésta le recibe remendando ropa y contesta a su saludo «colocando al mismo tiempo, en forma de guante, en su mano izquierda, un calcetín» y se aviene a ser tercera por una módica suma.

Precisamente por detestar lo grosero, Alvarez nos presenta repetidamente personajes y situaciones vulgares y sórdidas para así ejercer su humorismo censorio. En *Agonía I* el exclaustrado es tan anodino que el autor no le describe, se niega a darle nombre y le hace fracasar y morir en castigo a su vulgaridad; sin embargo, muestra su habitación en la posada madrileña de tal modo que no es menester retrato para saber cómo sería el bienaventurado fraile:

«No habían pasado dos horas desde que el huésped había manifestado estos deseos, cuando ya la diligente mesonera había tendido sobre unas pajas, debajo de la cama, hasta seis o siete libras de manzanas, y había colgado en las vigas del techo, además de dos mazorcas de maíz, tres racimos de

> uvas y cuatro pepinos sembrados de granos de cebada, que ya habían echado sus tallos y estaban verdes y hermosos que no había más que ver. Púsole además una rinconera, la cual, por ser hecha de la tabla de un pesebre, cubrió con un retacito de una colcha encarnada, adornándola además con una botella que encima puso, en cuyo cuello se sostenía un hermoso ramillete de plumas de pavo real, y en un santiamén quedó el cuarto tan a gusto del padre, como el padre a gusto de la patrona.» (*AG I,* 197)

A pesar de este párrafo y otros semejantes, Alvarez escribía como si el costumbrismo no existiese; evitaba en lo posible las descripciones y el color local, dejaba sin delinear los personajes y daba a entender que ni siquiera le interesaban circunstancias y detalles: «De lo que pasó desde aquí hasta el día siguiente, no sé ni una palabra» (*PS,* 54), o incluso el nombre de sus personajes: «El reverendo padre fray yo no sé cuántos» (*AG I,* 195).

También se burló de los costumbristas en *Principio de una historia,* donde un moribundo cuenta sus aventuras al médico, «hombre curioso y observador, más que profundo, pertinaz, de todas las cosas que delante de él pasaban» (*PH,* 248-249). Este no ve en el enfermo más que un sujeto para experiencias —«Yo me muero por los estudios de observación»—, pero frente al moribundo, tan apasionado y lleno de experiencia, el doctor metido a costumbrista no es más que un teórico de la vida: «Usted, con esa bendita fisonomía y con esos ojos de gorrión enfermo, no habrá querido como yo...» (*PH,* 266).

Sin embargo, no será difícil hallar rasgos de costumbrismo en estas obras: en *Amor paternal,* cuando el narrador conoce al pintoresco verdugo dice «que me alegraba mucho de tener esta ocasión de tratar con tanta llaneza a tan temible compañero...» (*AP,* 152) y así cae en el mismo pecado que ridiculizó antes: la observación directa del personaje como si fuera tan sólo un *tipo.* Otra vez, la vida miserable de un individuo, «me va a servir —escribe— para éste mi segundo opúsculo histórico-mortuorio» (*AG II,* 205).

Entre los personajes abundan los *tipos,* aunque algunos sean más que esto. Así, *la patrona* de pensión *(PS), el reo* y *el verdugo (AP), el exclaustrado* y *la mesonera (AG I), los preten-*

dientes y *los militares retirados (AG II), la dueña de burdel (María* y cont. de *El diablo mundo)* y *el seductor* (cont. de *El diablo mundo*) y *el criado (DC)*. Se podrían añadir otros como *el zapatero de viejo, la damisela, el médico, el suicida, el enamorado* y otros así, pero no llegan a tener las características del *tipo*. Aquí, *la patrona* es descarada y celestinesca, *el verdugo* y *el reo* son dos entes primitivos cuya psicología vio Alvarez muy bien, *el criado,* un bruto como tradicionalmente han de serlo todos ellos, *el exclaustrado* y *los pretendientes,* pobre gente que malvive, y *el zapatero de viejo,* un desalmado cazurro.

De los talentos de Alvarez como retratista vaya como muestra esta excelente descripción de los retirados:

> «Dos militares viejos, y más que viejos, avejentados por la mala vida, cada uno con su correspondiente bastón de espino, pintado de amarillo, el uno con levita y tricornio, malas prendas las dos y con más lustre de grasa que de cepillo, y el otro con casaca y morrión, estrecha y lamida de faldas la casaca, y ancha y campanuda la imperial del morrión; el uno con botines de paño, y el otro sin ellos, y los dos con los pies metidos en unos zapatos fuertes, como de tabla, por las palas, y gordos como un tocino por las suelas, bien cosidos y sin puntas porque encerraban las del pie en redondo; amigos íntimos los dos, los dos militares, eran los que a las doce de la mañana en todos tiempos, se sentaban los primeros, cada uno a un lado de una de las cinco mesas que había en el café, que era más chico que la tabla de muestra que tenía encima de la puerta.» (*AG II,* 217)

Escenas costumbristas serían la reunión de Rafael, su hermana, el coronel y la patrona en torno al mezquino brasero de la pensión (*PS,* 57-61); y, en *Agonía II,* las tertulias del padre de Francisco y sus amigos, aunque, estas últimas, formadas por tipos heterogéneos y derrotados, tienen ya carácter esperpéntico.

Finalmente, Alvarez abominó de posadas y fonduchos como lo hicieron nuestros clásicos y, a ejemplo suyo, los costumbristas decimonónicos:

> «... paró en el mesón en que paraba la galera, mesón que, como todos los de su clase, era incedente, pobre y habitado por chusma más incedente aún, aunque no tan pobre. Diéron-

le al buen religioso un cuarto chico, irregular, con mal suelo y peor techo...» (*AG I*, 196)

5. Lo macabro como elemento humorístico

Aún a sabiendas de que muerte y desgracia fueron temas literarios muy al gusto de la sensibilidad romántica, cuando leemos a Alvarez sorprenden tanto la frecuencia obsesiva con que aparecen en su obra como la delectación con que los trata. En él hallamos, por una parte, la influencia muy clara de los clásicos —Cervantes, Afán de Ribera, Quevedo y la picaresca— y, por otra, la que viniendo de la novela gótica inglesa había impregnado el ambiente literario del romanticismo con cárceles y verdugos inquisitoriales, alucinaciones y crímenes. Influencias éstas a las que podría sumarse la muy difusa del marqués de Sade, cuya obra tuvieron presente los románticos franceses; y, naturalmente, las influencias de Byron y Espronceda.

Con todo, entre las narraciones en prosa y la continuación de *El diablo mundo,* trece personajes pierden la vida: tres se suicidan [el criado *(DC)*, Guillermo *(HSM)* y Carlos *(PS)*]; otro muere ahorcado por su propio padre *(AP);* dos son asesinados [el protagonista de *PH* mata a patadas al amante de Inés y luego la estrangula]; uno fallece en un manicomio, loco y ciego [Eugenio en *JL*]; tres acaban de modo desamparado y macabro tras largas agonías [el fraile en una casa vacía *(AG I)*, el padre del violinista en la miseria *(AG II)* y el protagonista de *PS* en el hospital]. Finalmente, dos jóvenes sensibles, Luisa *(PS)* y Sara *(GS)*, se extinguen víctimas, al parecer, de tuberculosis, y Lucía, engañada por un seductor, muere de pena en el abandono (cont. *DM*). No hay lugar aquí para la muerte «natural», pues casi todas son violentas y desgarradas, aunque Alvarez, tan consciente siempre de las diferencias de clase, parece que reservó un fin esperpéntico y amargo para los parias y otro más noble y fácil para las damiselas de buena familia.

Recordemos también las «Quintillas», donde burla burlando reniega de la vida, y las «Endechas» del ahorcado; tal era su fascinación por la muerte que, en un tiempo, llegó a concebir

una serie de narraciones con el título común de *Agonías de la Corte,* aunque tal proyecto quedó en veremos y tan sólo aparecieron las dos primeras.

En nuestros clásicos se dan situaciones con cárceles y verdugos, y de todo esto hay un eco en *Amor paternal* y en algunas escenas de la *Agonía II;* en cuanto a la popularidad de estos asuntos entre los contemporáneos de Alvarez baste recordar algunas poesías de Espronceda y de Ros de Olano; y cuán frecuente resultaba que las heroínas románticas abandonasen este mundo víctimas de la tisis [9].

Contra lo que se pudiera pensar, Alvarez no escribe con el fin de moralizar, sino para «entretener» —dice él— a sus lectores con relatos de un humorismo despiadado. Si en la realidad no lo fue, al menos su obra le muestra como un observador atento de la vida, frío e irónico, a quien no afecta la suerte de sus personajes. Desde su olimpo contempla con desdén a unos seres de los que ha hecho títeres sin voluntad, ignorantes de estar a merced de los caprichos de su creador y de las exigencias de la realidad cotidiana.

Precisamente porque odia la prosa de la existencia se complace en mostrar ambientes vulgares y sórdidos en los que unos seres anodinos hacen frente a situaciones trascendentes o incluso trágicas. La vulgaridad de estos seres da a sus desdichas un tono antiheroico y de esta mezcla de lo trágico y lo cómico resulta una situación grotesca. Incluso se diría que a muchas de estas gentes se les castiga por su inocencia y humildad y, casi siempre, por su virtud. He aquí la muerte esperpéntica de un infeliz cuyas desventuras sólo son fuente de entretenidos comentarios; es el caso de

> «un criado que yo tuve, que, de la noche a la mañana, se me ahorcó de una viga de su cuarto, dejándome antes toda mi ropa bien cepilladita en la cómoda y las botas lustrosas como espejos, allí en el mismo cuarto en que acabó con sus días, indudablemente apenas hubo concluido de limpiarlas; porque tenía el cadáver la cara llena de unto y, por consiguiente, negra de haberse llevado a ella, en el dolor de la

[9] Cr.: MARIO PRAZ: *La carne, la morte e il diavolo nella letteratura romantica* (Florencia, Sansoni, 1948), Cap. I, «La bellezza medusea», nota 30.

> agonía, las manos que acababan, llenas de vida, de hacerme el último servicio, en aquella época más necesario que ahora, porque no había botas de charol». (*DC,* 167-8)

Y en *Agonías de la Corte* Alvarez indicaba que describiría «algunos modos de morir entre los cuales... los habrá más o menos graciosos, y hasta puede haber alguno que haga reír a carcajadas». Excusado es decir que tales descripciones rezuman dolor y violencia, como cuando al recordar la agonía de un personaje, cuenta su hijo:

> «¡Quién sabe el daño que me hizo mi padre cuando se murió! Con la agonía me clavó las uñas en la espalda, y me mordió con un beso más frío que la nieve! Me asusté mucho, y con un esfuerzo que hice me salí de dentro sus brazos y se cayó rodando al suelo! Entonces amanecía y ya estaba muerto...» (*AG II,* 242)

En la misma línea, aunque carente ahora de la emoción autobiográfica dada por el narrador, leemos una irónica descripción del fraile, ya cadáver, con detalles intempestivamente joviales que recuerdan a los que sazonaban la muerte del criado:

> «Cómo él se las compuso con la muerte, yo no lo sé; pero es de presumir que se las compusiera de mala manera y variando algo su bendito carácter, porque amaneció con la cara de muerto de muy mal humor, y con los puños cerrados y con las piernas descompuestas, como el que anduvo, sin duda ninguna, a coces y a puñetazos con sus dolores y con su abandono.» (*AG I,* 203)

Fuentes de comicidad son aquí, además de la agonía y de la muerte, amores desdichados, la locura, el engaño y abandono de una mujer, un ataque apoplético y una condena a muerte. Alvarez describe y comenta con un tono juguetón en el que asoma la oreja el hastío y entreverado con digresiones y comentarios. Cuando cuenta va contándolo todo con cuidado de recalcar siempre los detalles desolados, repugnantes o macabros y su exagerado realismo bordea ya con la deformación caricaturesca. Recordemos aquel caldo, administrado a la fuerza a un moribundo,

[10] *Tentativas literarias,* III (Madrid, 1888), p. 158.

«substancioso, no; pero tan cargado de grasa, que después de haberlo tomado parecía que nada podía apetecer el paciente, en cuyos labios, fríos ya con la proximidad de la muerte, quedaba congelada, a impulsos del aire húmedo que por aquel cuarto corría, toda la grasa del pesado caldo, con lo que el enfermo hasta postres tenía, que le duraban de caldo a caldo, conservándole en la boca un delicioso sabor, aunque un poco frío, de aquella apetitosa crasitud». (*AG I*, 192-3)

Estos repugnantes pormenores, tan gráficos, también se hallarán dentro de un contexto necrológico cuando el cuerpo humano se convierta en objeto de estudio: «Mis tripas, que puede que anden dentro de poco manchándole las manos en un barreño, escurriéndosele...», o, incluso, en materia comestible: «Por si es la última vez, le apuraremos [el jarabe] y Dios quiera que sean golosos los pobres gusanos que han de comer mi cuerpo; así gozarán más de su banquete, porque todo yo debo estar hecho por dentro una delicadísima confitura» (*PH*, 258).

También la horca, al menos como tema literario, impresionó mucho a Alvarez, quien, además de escribir *Amor paternal*, hizo ahorcarse a un personaje en otra narración (*DC*) y rimó unas endechas que concluyen con estos versos:

«Cuelga de tu recuerdo
Mi cuerpo fiel
Y déjale mecerse
Colgado en él.

Y ama al que con sus besos
Te haga olvidar
Que en ti mi cuerpo ahorcado
Va y viene y va.»

En *Amor paternal*, donde hasta el título es irónico, mantiene un precario equilibrio entre lo trágico (la ineludible ejecución de un delincuente) y lo cómico, representado tanto por la insensibilidad como por la negra honrilla profesional de su padre, verdugo de oficio, que insiste en ejecutar a su hijo, dadas su experiencia y pericia: «Hasta ahora ningún infeliz ha tenido que arrepentirse de que yo siga mi profesión: conque para que veas si no pondré yo doble cuidado contigo que te quiero como hijo de las entrañas!» (*AP*, 156).

Excuso decir que tan estrecho parentesco sirve también para cargar las tintas y, anticipando aquel momento en que el verdugo se abrazaba con el recién ahorcado para provocar la rotura de las vértebras y con ella la muerte instantánea, el apenado funcionario escribía: «Yo sé que me ha de partir el corazón el apretarte entre mis piernas, pero para eso soy tu padre...» (*AP,* 156).

6. La influencia de E. T. A. Hoffmann

A pesar de que el cuento fantástico fue uno de los subgéneros literarios más difundidos durante el período romántico y de haberlo cultivado escritores con la talla de Chamisso, E. T. A. Hoffman, Charles Nodier y Edgar Allan Poe, no llegó a aclimatarse en España, donde existió «como imitación de los cultivadores en otros países, especialmente de los de Hoffmann» [11].

La primera referencia escrita, en España, acerca de Hoffmann es en 1830, en un «Ensayo sobre el uso de lo maravilloso en el romance», original de Walter Scott, que figura al frente del volumen VII de una *Nueva Colección* de sus novelas, y donde el autor de *Ivanhoe* estudia la vida y obra del cuentista alemán. Franz Schneider recoge varias menciones de Hoffmann en la prensa madrileña: *El Correo,* en 1830 y en 1831; *El Artista,* en 1834; y la primera traducción española de un cuento, «La lección de violín», por Eugenio de Ochoa, que apareció en 1837 (*Horas de Invierno, Colección de Novelas Extranjeras,* III, número 34) [12].

[11] MARIANO BAQUERO GOYANES: *El cuento español en el siglo XIX* (Madrid, C.S.I.C., 1949), p. 236. El autor separa estos cuentos fantásticos de los legendarios tradicionales y de las leyendas.

[12] «E. T. A. Hoffmann en España: Apuntes bibliográficos e históricos», en *Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla y San Martín,* I (Madrid, J. Ratés, 1927), pp. 279-287. Véase también CLARK GALLAHER: *The Predecessors of Bécquer in the Fantastic Tale* (*College Bulletin, Southeastern Louisiana College,* vol. VI, núm. 2, Jan. 1949).

Gallaher menciona varias narraciones de índole sobrenatural o fantástica que aparecieron en revistas españolas del tiempo. Además circulaban libros de entrenimiento, como uno que poseía Espronceda titulado *El Desván de los Duendes, o breve y escogida colección de cuentos de espíritus, aparecidos, duendes, fantasmas, vampiros y demonios.* Traduc-

Dos años más tarde se publicaron unos *Cuentos fantásticos,* en dos volúmenes, traducidos por don Cayetano Cortés [13]; y, a partir de entonces, aumentan tanto las referencias a Hoffmann como las traducciones de sus cuentos hechas generalmente a través del francés.

A esta influencia y a la más tardía de Poe, sobre todo, se debe el que no pocos escritores decimonónicos probasen el género fantástico o el terrorífico. Vayan como muestra «Un caso raro» (1836) e «Hilda. Cuento fantástico» (1867), de Eugenio de Ochoa; «Recuerdos de un médico» (1848), de Antonio Cánovas del Castillo; varios cuentos de Carlos Rubio; las *Narraciones inverosímiles* (1882), de Alarcón; «Las aventuras de un muerto. Cuento fantástico» y «Sancho Gil (Cuento fantástico)», ambos de 1886, por Núñez de Arce; y, en cierto modo, varios cuentos de Galdós y de Valera.

No es aventurado suponer que Alvarez tuviera un conocimiento más que mediano de las narraciones de Hoffmann, tan populares en Francia, donde ya corrían varias colecciones de *Oeuvres Complètes* cuando Alvarez comenzaba a escribir [14]. Además, su íntimo amigo Zorrilla publicó en el efímero *Porvenir* [15], de Donoso Cortés, un cuento «hoffmanesco», «La Madona de Pablo Rubens» (núm. 26, 26 de mayo de 1837), cuyo protagonista es fanático lector de «Hoffmann, Schiller, Byron» [16]. Recordemos también que Cayetano Cortés, el traductor de los

ción española de una obra francesa por don Eustaquio de Villaseñor y Acuña, profesor de Matemáticas de esta Corte (Madrid, 1833) [ROBERT MARRAST: *Espronceda. Articles et discours oubliés. La bibliothèque d'Espronceda* (París, P.U.F., 1966), p. 50].

[13] (Madrid, Yenes, 1839). Los cuentos son: Vol. I: «Aventuras de la noche de San Silvestre» y «Salvador Rosa»; vol. II: «Maese Martín el tonelero y sus oficiales» y «Marino Falieri».

[14] París, J. Lefebure, 1830; París, E. Renduel, 1830-1832; *Ibid.,* 2.ª ed., 1832-1836; París, Pogin, 1838; Además una colección de *Contes fantastiques de E. T. A. Hoffmann* (París, Camuzeaux, 1836) en 4 volúmenes.

[15] Según HARTZENBUSCH e HIRIART (*Apuntes...,* p. 54): *El Porvenir* apareció el 1 de mayo de 1837 y el último número es del 6 de septiembre del mismo año. Además de Donoso Cortés fueron cofundadores del periódico don Juan Bravo Murillo y don Dionisio Alcalá Galiano.

[16] ALONSO CORTÉS: *Zorrilla,* pp. 188-191.

Cuentos fantásticos, formaba parte de aquel grupo de íntimos de Espronceda que lanzó *El Pensamiento.*

Creo en la influencia de Hoffmann sobre los cuentos *Los jóvenes son locos* (1837), *Dolores de corazón* (1852), *El hombre sin mujer* (1868) y *El gato* (1892). En esta primera narración hay un recuerdo de *El tiesto de oro* (Quinta Vigilia), de Hoffmann, cuando Verónica visita a la hechicera en una casa sórdida y en una habitación sobrecogedora que al cabo resulta un cuarto humilde y anodino. También aquí la vieja tiene manos esqueléticas, una lámpara despide extraña luz azulada, hay un ominoso gato negro y, en ambos casos, los jóvenes protagonistas piensan haber vivido un sueño.

Tres narraciones forman *Dolores de corazón* y la última ofrece no poco interés por su extrañeza. El protagonista es un «mártir de sus sentimientos» que tiene la desdicha de encariñarse con todo el mundo. La situación es aún más embarazosa, pues vive en una casa de postas donde a cada instante llegan y se van numerosos pasajeros a quienes ruega no le abandonen. Extraño mal el suyo y de la estirpe de los que atacan a los héroes de Hoffmann y de Chamisso (Tener un doble, no reflejarse en los espejos, enamorarse de una muñeca o perder la sombra). El ambiente del cuadro y la angustia del personaje dan un matiz tan misterioso como irónico a esta situación sobre la que parece flotar un sortilegio extraño:

> «La llegada de un viajero en esas altas horas de la noche en que todos sentimos cierta inexplicable ternura melancólica sin saber hacia qué objeto, al sentir las campanillas de las mulas de un carruaje y el chasquido del látigo de un mayoral; la llegada de un viajero a la casa de postas a tales horas, le hacía a nuestro desgraciado héroe abandonar su lecho, y si por una desgracia el caminante sólo paraba para mudar los tiros, entonces, llorando y al trote, le seguía hasta que, rendido, quedaba en el camino lamentando la ausencia de personas a quienes apenas había podido ver.»

En *El hombre sin mujer. Cuento considerativo,* el narrador Eugenio expone a sus amigos la teoría de que al hombre «por grandes pecados de ingratitud, el Señor... le partió en dos», pero como el castigo era muy fuerte hizo que ambas mitades

—hombre y mujer— se sintieran atraídos y complementados. Cuando se encuentran forman de nuevo el ente perfecto, pero como esto ocurre poco «he aquí la fuente de todos los dolores», pues los «huérfanos de amor» no son más que «mitades de entes».

Eugenio está lamentando el triste sino del príncipe Hipólito, enamorado sin esperanza de la señorita Batavia, pero no termina su historia y la conversación gira en torno al amor y a la imposibilidad de hallar la mujer ideal. Aunque los oyentes insisten, Eugenio se niega a proseguir y, en su lugar, lee unas cuartillas escritas por Guillermo, amigo común, quien sostiene largas y tempestuosas relaciones con la enigmática Clara, llenas de escándalos, peripecias y «accesos de enajenación mental».

Cuenta Guillermo que estando una vez maldiciendo su destino, le amonestó una voz misteriosa y al cabo creyó ver a uno de sus cigarros en pie, con «faldillas de frac, botas de campana y sombrero de teja», que se puso a discutir con él, hasta que Guillermo le retó, «cegándole la pasión de la ira hasta el extremo de pedir una satisfacción a un ente a quien él se había ya conformado a considerar como una quimera de su acalorada imaginación» (*HSM,* 304). El cigarro se transformó en un ser diminuto y luego en un hombre al que Guillermo mató de una estocada y, tras de ocultar sangre y cadáver, bajo un tomo de *Anales de la corona de Aragón,* de Zurita, éste huyó a caballo en medio de la noche.

El caballo cae a un precipicio, pero el despedido jinete alcanza la otra orilla y halla la carretera donde se cruza con una silla de postas en que va su amada. Con extraña rapidez llega Guillermo a una ciudad y, por una retorcida callejuela, entra en una iglesia, sintiéndose a poco tan consolado que decide hacerse fraile. Mientras cantan las monjas en el coro y resuena el órgano en las «góticas naves del templo», llega una misteriosa desconocida que resulta ser Clara otra vez. Sin reparar en las voces de las escandalizadas monjas, Guillermo la sigue y van a dar a una casa desconocida donde hay una enorme sala «con cien sillas de damasco verde». Allí se juran amor eterno, pero Clara reacciona como una muñeca mecánica que halla motivos de discordia en las últimas palabras de cada frase «sin atender

a lo que significan, al sentido que tienen entrelazadas con otras que las preceden» (*HSM,* 322). La entrevista culmina con la airada despedida de Clara.

A poco aparece el conserje, hombrecillo siniestro, que mantiene una disparatada conversación con Guillermo. Después de varias andanzas, a cual más complicada y misteriosa, éste regresa a su ciudad, cae enfermo y se reconcilia con Clara, quien vuelve a marchar enfurecida.

Aquí termina el manuscrito, pero Eugenio añade que Guillermo se restableció, hizo las paces con su amada y se casó con ella. Tuvieron un hijo y luego una hija, pero Guillermo, cada día más sombrío, escribía versos desesperados y pasaba largas horas al piano. Imaginaba que Clara ya no era suya, sino de sus hijos, y que él seguía siendo un solitario; una mañana, sentado al piano, tomó un veneno en una copa de agua de azahar y murió.

Los amigos comentan el hecho y concluyen que el amor es «un fatal deseo de complemento, de redondeamiento... de perfección de nuestro ser» y que Guillermo fue un típico «hombre sin mujer».

Este es, sin duda, el más hoffmanesco de todos los relatos de Alvarez; dentro de una estructura convencional las escenas van combinadas caprichosamente y, como no hay límites entre lo real y lo imaginado, Guillermo vive una pesadilla grotesca.

Recordemos la rebelión de objetos inanimados que adquieren existencia independiente como en tantos otros relatos hoffmanescos *(El tiesto de oro, La novia del rey, Cascanueces y el rey de los ratones);* la repentina llegada y desaparición en la noche de una silla de postas donde viaja la amada *(Los dobles);* y la heroína, llamada Clara (como la de *El arenero),* quien por su incapacidad de raciocinio se comporta como una muñeca mecánica *(El autómata).* Alvarez dio unos toques «castizos» a esta narración, en la que el cigarro convertido en persona lleva sombrero de teja, el protagonista decide hacerse fraile, unas monjas gritan « ¡Profanación, profanación! » y la heroína se toca con la clásica mantilla.

Ya dimos antes el argumento de *El Gato,* narración en la

que un viajero queda aojado para el resto de sus días tras el encuentro con un gato negro, que, sin duda, encarnaba fuerzas ocultas y maléficas.

Finalmente, tendremos en cuenta que no pocos de estos personajes tienen en común con los de Hoffmann el ser gente joven, bondadosa e inexperta, llena de entusiasmo, pero incapaz de hacer frente a las asechanzas de la vida, pues a su inocencia se añade el que flotan en un mundo de sueños del que son incapaces de salir.

7. La experiencia teatral

Decía Larra que para meterse a traducir no hacía falta sino «atrevimiento y diccionario», a propósito de que en su tiempo hizo furor el aderezar a la española todo lo que Francia quería buenamente enviarnos. Aunque nuestros románticos rechazaban toda influencia ultrapirenaica y clamaban sin cesar por un teatro nacional que luego trajeron García Gutiérrez y Zorrilla, las traducciones se multiplicaban y los nombres de Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Víctor Ducange, Casimiro Delavigne, Federico Soulié y Eugenio Scribe aparecen con familiaridad alarmante en nuestros teatros, hasta el punto de haber autores, como Ventura de la Vega, que lograron una reputación literaria basada, en gran parte, sobre traducciones de Scribe.

Tampoco Alvarez y sus amigos se vieron libres de la común epidemia y, en 1834, Espronceda y Ros de Olano, en colaboración, terminaron *Ni el tío ni el sobrino* y, años más tarde, el 28 de agosto de 1838, se representó en el Teatro del Príncipe, también con escaso éxito, *Amor venga sus agravios,* drama en prosa y en cinco actos, de un don Luis Senra y Palomares, ficticio personaje tras el que se ocultaban el autor de *El diablo mundo* y su amigo Eugenio Moreno López. Alvarez probó suerte en las tablas dos años después con *El artesano,* traducción o, mejor, «adaptación», como se decía entonces, de *L'Ouvrier,* drama en cinco actos y en prosa, original de Federico Soulié, estrenado en el teatro de *l'Ambigu Comique* de París, el 18 de enero de 1840. La versión española se dio en el Teatro del

Príncipe, de Madrid, en las noches del 10, 11 y 12 de julio del mismo año, es decir, seis meses después que el original [17].

El argumento es muy del gusto del tiempo: Mateo Lombard, honrado maestro carpintero, tiene dos hijos cuyas costumbres difieren en todo: Juan está satisfecho con su estado, mientras Carlos tiene gustos aristocráticos y está enamorado de Eugenia, joven noble y heredera rica, víctima de parientes malvados que pretenden casarla contra su voluntad y apoderarse de sus riquezas. Sin embargo, Juan descubre la trama por casualidad y la desbarata intrépidamente. En el proceso, Lombard revela que solamente uno de los «hermanos» es hijo suyo, el otro es noble y el verdadero heredero de la fortuna que había de recaer en Eugenia. Cuando todos piensan que Carlos ha de ser el aristócrata oculto, resulta que éste es hijo de Lombard y no el democrático Juan, a quien pretenden casar con Eugenia ante la desesperación de Carlos. Tras varios malentendidos, Juan le cede el título y la herencia para que pueda unirse a Eugenia y él se casa con Juliana, sobrina de Lombard.

Los personajes de *El Artesano* son totalmente buenos o malos. Los primeros, siempre virtuosos menestrales, y los segundos, perversos nobles o banqueros, que maquinan la ruina de los inocentes. El inverosímil sacrificio de Juan hace de él un héroe honrado y generoso, espejo de la clase que espiritualmente representa.

Alvarez españolizó los nombres de algunos personajes, simplificó otros y suprimió las numerosas referencias a la topografía parisina. Conservó la división en cinco actos, aunque abrevió parlamentos y acortó escenas. Con todo, la versión castellana resulta poco flexible y el lenguaje de los personajes carece de matices. En el acto III, la escena 7 se desdobla, y en el IV, las escenas 1, 2 y 3 quedan fundidas en una sola.

Parece que el drama tuvo éxito al decir de *El Entreacto*, periódico de teatros, literatura, artes y modas. El articulista,

---

[17] Se dio de nuevo el 17 de febrero y del 6 al 9 de septiembre de 1841; y el 8 de abril de 1842, siempre en el Príncipe [*Cartelera teatral madrileña, II: años 1840-1849* (Madrid, C.S.I.C., 1963)]. La obra fue publicada por Ignacio Boix, sin nombre de autor, en Madrid, 1840, 8°, 72 pp.

que se firma «B.», felicitaba al traductor y concluía: «El drama en su primera representación fue aplaudido justamente y en las siguientes lo ha sido aún mucho más, sin embargo, de la escasez de la concurrencia, pues el público parece más distraído en otras funciones que en asistir a estimular con su protección a nuestros jóvenes literatos» [18].

Alvarez no volvió a probar fortuna en la escena, satisfecho quizá de haber tenido una experiencia casi obligada para un escritor de entonces. Entre tanto melodrama y comedia insulsa, *El Artesano* representa un género más serio, dentro de lo que cabe, y una muestra de preocupación social, más o menos platónica, en el joven liberal Miguel de los Santos.

8. La tarea periodística

Con la proliferación de periódicos y revistas de todo tipo que tuvo lugar en España tras la muerte de Fernando VII, el escribir para la prensa fue pronto la profesión de más porvenir para los jóvenes ambiosos y será difícil hallar personajes decimonónicos que no hayan sido redactores alguna vez.

Don Miguel de los Santos formó parte de varias redacciones, contribuyó a fundar revistas y llegó a «editor responsable» en una de ellas. Probablemente su primer artículo periodístico sea «Romanticismo en las modas», firmado con la inicial «A», y que apareció en 1837 en el *No me olvides*, de Jacinto Salas. En él satiriza el uso de la palabra «romántico» en sentido lato para cosas como el vestido femenino y hace una breve descripción de las molestias que han de sufrir los paseantes por el Prado. El tono general tiene, curiosamente, cierta semejanza con el de Mesonero y otros costumbristas [19].

---

[18] *El Entreacto*, III, 2.° año (Domingo, 19-VII-1840), p. 20.

[19] «Paseaba yo, no ha muchos días, por el *París de Madrid*, quiero decir, por aquella parte del *Prado* que París llaman, y cuyo piso en declive destroza los pies, cuya estrechez rompe las piernas obligando a dar sendos golpes de espinilla en los guarda-ruedas y en las sillas *en bruto;* sillas que desgarran, agarrándose a guisa de zarzas, los tules de las mantillas y velos, y que no perdonan los flecos de los pañuelos y *chales*, y del cual jamás nos apartamos, a pesar de esto, yo, y otros

Más adelante colaboró en *La Constitución,* periódico de tendencias liberales, fundado también por Salas, donde Alvarez se encargó del «Folletín» teatral por una breve temporada; las crónicas, firmadas «A», aparecieron el 9, el 12 y el 15 de enero de 1841 y también parece suya la del día 30, aunque vaya sin firma [20]. Al mes siguiente nació *El Iris,* donde salieron las *Agonías de la Corte,* y es posible que el director Mellado ofreciese al autor un puesto semejante al que tuvo en *La Constitución,* a juzgar por una nota publicada por *El Iris* a los pocos días de salir: «Don Miguel de los Santos Alvarez nos ha remitido una carta con objeto de que el público sepa que no es suyo el artículo de teatros inserto en el número anterior, firmado Lúculo, y añadiendo que los artículos que remita a nuestra redacción estarán firmados con su nombre» [21].

Mucho más importante es su intervención en *El Pensamiento,* donde escribió también gente destacada y cuyos editores fueron Espronceda, Ros de Olano y Alvarez, a quien tocó el papel más activo. De Alvarez son el artículo de presentación del periódico y la sección fija titulada «Revista de la quincena». Desde allí comenta incidencias, divaga sobre temas favoritos y hace crítica teatral: insiste en la apatía y el hastío que dominan la vida española, y la madrileña en particular; defiende apasionadamente a su amigo Prim y la costumbre del duelo, en ocasión del altercado entre aquél y don Modesto Lafuente; y muestra su admiración por el espada Paquiro [22].

---

muchos, sólo porque es el de más *tono* (que buenandanza le dé Dios al primero que lo dijo; porque halló un buen método de hacernos expiar nuestros malos pensamientos en el mismo sitio en que asaltarnos pudieran) paseaba, pues, o, por mejor decir, tropezaba en otros y otros tropezaban en mí, en aquel *paseo-purgatorio...*» [*No me olvides,* número 5 (4-VI-1837), p. 8.]

[20] *La Constitución,* Diario de la tarde. Publicada entre el 1-I-1841 y el 15-IX-1841 [HARTZENBUSCH, p. 67].

[21] *El Iris.* Semanario enciclopédico. Hartzenbusch vio dos tomos que abarcaban de febrero a diciembre de 1841. Lo dirigía don Francisco de Paula Mellado [HARTZENBUSCH, p. 68]. La nota apareció en el número 3 (21-II-1841), p. 60.

[22] Cf. mi artículo «*El pensamiento de 1841 y los amigos de Espronceda*», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo,* XLIV (1968), páginas 329-353.

Cuando escribe sobre teatro ataca a los críticos contemporáneos por su parcialidad y miopía, desdeña a un público que sólo gusta de las comedias de magia y aplaude a las actores de los teatros del Príncipe y de la Cruz, en especial a su amigo Romea. También clama contra la influencia francesa sobre nuestro teatro y contra otras desgracias tan conocidas y tan lamentadas en aquellos tiempos como eran los desafueros lingüísticos y escasa originalidad de los traductores, dando quizá al olvido que él también tradujo para la escena pocos años antes.

Alvarez reseñó varias comedias de Bretón, entre ellas *Mi secretario y yo* y *¡Qué hombre tan amable!*, de modo muy favorable, y cuando el joven Eusebio Asquerino se presentó por primera vez en la escena con el drama histórico *Gustavo Wasa*, que resultó un fracaso, Alvarez defendió al amigo novel disculpando su juventud.

Muy típica resulta su respuesta a la tan debatida pregunta de si el teatro es escuela de costumbres: «Puede que sí y puede que no», escribe y, con desenfado, opina que la escena fue escuela en el pasado cuando no había otras fuentes de aprendizaje y el público estaba formado por todas las capas de la sociedad. Pero en 1840 la situación es otra: las fuentes de información son muchas y los presuntos discípulos saben ya más que los maestros. El teatro tiene influencia en las costumbres, «porque la mayor parte de las cosas que pasan en el mundo la tienen», pero no tanta como para darle el nombre de escuela. Además —advierte—, los contemporáneos sólo piden entretenerse «con cuentos interesantes y bien arregladitos» y, por otro lado, el pueblo, que es la parte más necesitada de instrucción, no frecuenta ya el teatro, espectáculo que ahora es de minorías [23].

Vuelto ya de México participó en la fundación de *La Malva* junto con Pedro Antonio de Alarcón y el joven Valera, apasionado entonces por el periodismo. En sus páginas publicó dos «Monólogos melancólicos»; el «Primero» [24] va firmado y es una divagación escrita para matar el rato en la que, curiosamente, vuelven a repetirse los temas que preocuparon al joven autor

[23] «Teatros», 3.ª entrega, pp. 57-60.
[24] Núm. 6 (25-XI-1859).

de *María* hacía veinte años. Entre bromas y veras habla del imperioso deseo de escribir, casi mandato de la conciencia, que fracasa ante la pereza; insiste en ver la vida negativamente: «Este mundo en que aparezco está hecho materialmente una telaraña», y en despreciar a todo y a todos; «España... ocupada... de una porción de tonterías so pretexto de literatura, de política o de lo que se quiera»; sigue pensando que la mujer es fundamentalmente mala; y, con una satisfacción apenas encubierta, se confiesa dueño de un «carácter extravagante» que le permite hablar «de lo que me parezca, como me parezca y sin que me parezca». Poco después salió el «Monólogo Segundo» (bajo el seudónimo de «Fulano»), que era una desaforada invectiva contra la necesidad humana [25]. Lástima que no escribiera más cosas de esta especie, porque en ellas dijo muchas cosas tal como de verdad las sentía.

A partir de 1863 su nombre figura entre los de los colaboradores fijos en *La América,* el gran periódico liberal que dirigió Eduardo Asquerino y en cuyas páginas colaboró toda la gente de letras importante en aquellos años, desde el maduro Bretón de los Herreros hasta el joven Galdós. Con todo, la aportación de Alvarez se reduce a algunas poesías y al segundo «Monólogo melancólico», que volvió a publicar con ligeras modificaciones.

9. Lista de obras en prosa conocidas

Año 1837:

1. «Romanticismo en las modas», en *No me olvides,* número 5, p. 8.
2. «Los jóvenes son locos», en *No me olvides,* números 18 (pp. 3-6), 19 (pp. 3-5) y 20 (pp. 4-7).

[25] Núm. 10 (15-XII-1859).

[26] Va dedicada a don Nazario Carriquiri, íntimo de Alvarez y de Ros de Olano. Sirvió Carriquiri como Subteniente y Jefe de la caballería de la Milicia Urbana de Pamplona [Mina, *Memorias, BAE,* volumen 147, p. 270]. Fue hombre adinerado, propietario, coleccionista de cuadros y dueño de una ganadería de reses bravas. Tuvo contratas de víveres para el Ejército Real durante la primera guerra carlista.

Año 1840:

3. *La protección de un sastre,* novela original por...
   1.ª ed.: (Madrid, Imprenta de D. N. Sanchiz, calle de Jardines, núm. 36).
   2.ª ed.: (México, Galería de novelas de El Orden, Imprenta de Boix, Basserer y Canip, editores, impresores y libreros, callejón del Espíritu Santo, núm. 8, 1852). Carece de prólogo y los capítulos van sin numerar.
   3.ª ed.: en *Tentativas literarias, cuentos en prosa* por... (Madrid, Centro general de Administración, T. Fortanet), 16°, 338 pp.
   4.ª ed.: en *Tentativas literarias, cuentos en prosa,* tomo I (Madrid, «Colección de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros», Biblioteca universal, tomo XXIX, Dirección y Administración, Madera, núm. 8, 1888).
   5.ª ed.: (Madrid, La Novela Corta, año V, número 221, Oficinas y talleres de prensa popular, s/a. [27 de marzo de 1920], 27 hojas, 8°). Versión abreviada por haberse omitido las digresiones.
   6.ª ed.: en *Tentativas literarias, cuentos en prosa* (Madrid, Escritores modernos, siglo XIX. Humoristas españoles. Librería y editorial Rivadeneyra, avenida del Conde de Peñalver, núms. 8 y 10, 1925), pp. 34-144, 8°, 371 pp.
   7.ª ed.: (Madrid, Revista Literaria. Novelas y cuentos, 1934), 31 pp. fol.

4. *El Artesano,* drama en cinco actos, escrito en francés por Federico Soulié (Madrid, Imprenta de D. I. Boix, 1840), 72 pp., 8°. Sin nombre de autor.

Año 1841:

5-9. «Folletín», en *La Constitución,* núm. 9 (9 de enero), páginas 1-3; núm. 12 (12 de enero), pp. 1-3; número 15 (15 de enero), pp. 1-3; núm. 30 (30 de

enero), pp. 1-3 (el artículo va sin firmar, aunque el estilo hace suponer que sea de Alvarez); núm. 48 (17 de febrero), pp. 2-4.

10. *Agonías de la Corte. Agonía Primera: El Iris* (7 de febrero), núm. 1, pp. 13-18; *El Pensamiento,* 6.ª entrega (31 de julio de 1841); *La Ilustración* (1852); *Tentativas literarias* (todas las ediciones); y Max Aub, *La prosa española del siglo XIX,* II (México, 1953), páginas 310-319.

11. *Agonía Segunda: El Iris,* núm. 4 (28 de febrero), páginas 69-72; *El Pensamiento,* 7.ª entrega (15 de agosto de 1841), pp. 126-133, 158-164; *Tentativas literarias* (todas las ediciones).

12. Artículo de introducción en la 1.ª entrega de *El Pensamiento* (15 de mayo), pp. 1-5.

13. «Revista de la Quincena», en *El Pensamiento,* 1.ª entrega (15 de mayo), pp. 22-24.

14. «Teatros», en *El Pensamiento,* 3.ª entrega (15 de junio), pp. 57-60.

15. *Amor paternal.* Apareció, incompleto, en la última entrega de *El Pensamiento* (1841), pp. 283-286, pues el texto llega hasta terminar la segunda carta. Incluido, completo, en todas las ediciones de *Tentativas literarias.*

16. *Principio de una historia que hubiera tenido fin si el que la contó la hubiera contado toda, El Pensamiento,* 4.ª entrega (30 de junio), pp. 83-92; *La Ilustración,* núm. 19 (8 de mayo de 1952), p. 187; número 20 (15 de mayo), pp. 194-195; núm. 21 (22 de mayo), p. 203; y en todas las ediciones de *Tentativas literarias.*

17. *Dolores de corazón, El Pensamiento,* 9.ª entrega, páginas 196-199; *La Ilustración* (1852), p. 162; *El Correo de Ultramar,* parte literaria ilustrada, tomo II (París, Administración general X. de Lassalle y Melan,

editores-propietarios, calle del Faubourg Montmartre, número 10, año 12, núm. 46); en todas las ediciones de *Tentativas literarias.*

Año 1853:

18. *Gaceta sentimental del 12 de septiembre de 1853.* Recogido por primera vez en *Tentativas literarias* de 1864 y reproducido en las demás ediciones.

Año 1859:

19. *Negocios de México. Exposición dirigida a las Cortes* por don... Enviado Extraordinario y ministro plenipotenciario que ha sido de S. M. en México (Madrid, Imprenta de Don Antonio Aoiz, calle del Baño, números 7-40), 86 pp.

20. «Monólogo Primero», en *La Malva,* núm. 6 (25 de noviembre).

21. «Monólogo Segundo», en *La Malva,* núm. 10 (15 de diciembre); *La América,* año X, núm. 9 (12 de mayo), página 13.

Año 1868:

22. *El hombre sin mujer.* Incluido en *Tentativas literarias* de 1888 y en la edición siguiente.

Año 1892:

23. *El gato,* en *El Liberal,* sección Cuentos propios (20 de junio), p. 1.

IV.

LAS OPINIONES DE DON MIGUEL DE LOS SANTOS

Frente a quienes tuvieron a don Miguel por un ateo blasfemo, Valera y Menéndez Pelayo defendieron siempre la inocencia de sus bromas. Jamás negó la existencia del Dios católico, convencional y protector de huerfanitos desvalidos, aunque en su obra aparece con más frecuencia el «Ser Supremo» lejano e indiferente a quien no llegan o no afectan las miserias humanas.

Desde su inaccesibilidad éste desempeña su tarea con frío egoísmo y sin atender a las súplicas de los hombres; en «A Jarifa» leemos: «Acepto la cruel sentencia / del genio triste que gobierna el mundo», y en *La protección de un sastre:* «Los papeles vienen ya repartidos... a este teatro del mundo... el director ése de escena no se curaba del gusto o disgusto de los representantes, sino de que siguiera la función.» Tanto en los versos como en la prosa, sean juveniles o de la madurez, resurge este «cruel tirano» que destruye vidas y reparte penas para hacer del mundo un valle de lágrimas sin sentido.

Remedando a Segismundo, Alvarez escribió en un «Fragmento», «que sólo el haber nacido / en el mundo era mi culpa», pues fue siempre un determinista convencido de que el hombre está condenado a sufrir desde el momento de ver la luz primera.

Unicamente los niños y los jóvenes inexpertos son inocentes y felices como lo fueron los pobladores del Paraíso, pues, para el poeta, felicidad, inocencia, ilusión, bondad y amor son conceptos equivalentes siempre. El aprendizaje de la vida comienza con la infancia y el paso del tiempo trae consigo la pérdida

de las ilusiones: «En las cositas más pequeñas va acostumbrándose poco a poco la suerte a ser juguetona y mala» *(AG II);* por eso Alvarez no se cansa de hacer consideraciones acerca de los peligros que rodean a sus personajes; quizá el mayor de todos sea la pérdida de la virtud que causó la muerte de Lucía en *El diablo mundo* y que amenazaba ominosa a la soñadora *María.*

Además, como los hombres no pueden entender los designios de ese Ser Supremo del que dependen, equivocadamente piensan que son libres y protestan contra el destino creyéndose dueños de sus acciones, porque ignoran que todo está ya previsto y que el rebelde nunca podrá hallarse cara a cara con el objeto tangible de sus iras.

La desdicha y la muerte acechan en todo momento, pero estos personajes no saben que están a merced de circunstancias que pueden cambiar su vida o destruirla. Una enfermedad breve termina con el exclaustrado *(AG I);* el violinista sufre en el mismo día la muerte de su padre y el abandono de Lucía *(AG II);* y el moribundo del hospital recuerda cómo «un cuarto de hora bastó para dar al traste con años de estudio y de lecciones» *(PH).* Otras veces la desdicha no está concebida como una catástrofe repentina, sino que resulta de una sutil, pero irreparable, concatenación de nimiedades fatales: «No hay cosa en este mundo que no esté enlazada esencialmente con alguna pequeñez», escribe Alvarez en *La protección de un sastre* y luego, en la *Agonía I,* amplía: «Peripecias hay en la vida humana que, de pequeñas en pequeñas causas, llevan a los hombres desde su ordinario y común estado de maquinuelas despreciables y egoístas hasta el sublime de la dicha y el infortunio.» Y así resulta que la infelicidad es algo que el hombre no merece y que tampoco puede prevenir: «Ha de saber usted que nadie tiene la culpa de esto, pues a mí parece que ni aun yo mismo la tengo» *(PH);* «yo... he sido siempre muy desgraciado y nunca he merecido mi desgracia» *(AG II).* El destino absurdo de estos personajes nos hará ya concebir a Dios como un Maese Lotario valleinclanesco que, superior a sus personajes, les hace danzar y sufrir y termina por darles una muerte propia de fantoches.

Según Alvarez, el hombre es un ser puro e inocente a quien

la sociedad pervierte, cambia y hace transigir, modifica sus costumbres, le hace romper con el pasado y, lo que es peor, venderse al fin. Esta sociedad civilizada y moderna, esta «vida de la Corte», resulta desalmada y en ella la inquina alterna con la indiferencia general.

Recordemos, sin embargo, que la sociedad es así precisamente porque es producto de un mundo cruel bajo su falsa apariencia. Tanto *María* como la continuación de *El diablo mundo* son elegías al amargo despertar a la realidad; entre las demás poesías, pocas son las que no llevan muestras de irremediable desilusión. Lo mismo ocurre con las narraciones donde los personajes son infelices, escépticos y fatalistas; un verdugo aconseja al hijo que no intente fugarse de la cárcel, porque «acá abajo no hay más que estas cosas y otras peores» *(AP)*, y el violinista marcha a Madrid ilusionado, aunque sabe que «ha vivido, vive y sabe que vivirá mal en todas partes, y en todas partes entregado a lo que buenamente pueda sucederle».

El mundo ha estado siempre mal y «tiene derecho a seguir mal, derecho que ha adquirido con una posesión de *buena fe* de muchos años, sin que nadie, por tanto, pueda legalmente perturbarle en la *pacífica posesión* de su malestar. *Beati qui possident*» (*PS*, 68-69). Alvarez, en fin, le concibió siempre como «hospital», e «inclemente viaje», cuyos males tradicionales habían empeorado la indiferencia y los vicios de la vida moderna; sus denuestos, vehementes unas veces y resignados otras, se repiten con obsesionante persistencia.

En este mundo perecen las madres de inanición, lloran los huérfanos abandonados, las jóvenes puras son víctimas de engañadores galanes, las esposas deshonestas abusan de los maridos fieles y gentes rufianescas explotan al hombre de buena fe. También el poeta, azotado por el «viento impío y tormentoso» de la vida, ha sido víctima de las argucias femeniles, y hasta la muerte misma no distingue entre inocentes y culpables.

La protección de un sastre es la única narración con un final afortunado, precisamente por ser una obra con tesis donde bajo aparente optimismo y buen humor se presenta al buen entendedor un cuadro de la vida y caprichos de la Fortuna. Aquí llegamos a la conclusión cínica y desoladora de que la felicidad

es cosa tan baladí que puede conseguirse con un par de pantalones bien cortados, la vida del hombre algo que de la mañana a la noche puede cambiar de signo con unos cuantos golpes de tijera.

« ¡Tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre! » Y, en verdad, la dicha llega aquí de modo gratuito sin que el protagonista la merezca ni haya hecho méritos para ello. Y cuando éste cuenta sus desdichas, el autor, con sorna, le pregunta: «¿Te has olvidado de que no hay mal que por bien no venga?», y a continuación se lanza a un absurdo razonamiento:

> «Algunos hay que dicen que con la misma razón puede asegurarse que tampoco hay bien que no venga por mal. Si esto fuera verdad, el mal, padre del bien, sería abuelo del mal y bisabuelo de otro bien, y tatarabuelo de otro mal y así sucesivamente; de lo que resultaría que no habría ni bien ni mal estables y duraderos. No va esto muy descaminado de lo que en la vida se observa. Consecuente será entonces el preguntar: "¿No hay bien absoluto? ¿No hay felicidad? Pues ya se ve que no la hay".» (*PS*, 77)

Y a pesar de ello los hombres persiguen tal quimera toda su vida; para unos será el amor o la gloria, para otros el triunfo artístico o la conquista de la gran ciudad, pero a la postre resulta siempre un fantasma, una sombra que arrastra en pos de sí a pobres gentes sin conciencia de su engaño. Cierto que algunos consiguen la felicidad, pero lo hacen ya demasiado tarde; desesperados o al borde de la muerte.

Alvarez quita a la felicidad todo su valor de premio en manos de Dios, muestra que no se consigue tras un peregrinaje hacia la perfección y que es hija del azar. Incluso la esperanza pierde sus cualidades tradicionales: es un descarado engaño que se nos da en lugar de lo que pedimos, falsa quimera, «de verdades tristes / débil engaño» [1].

[1] «Alvarez profesaba un donoso fatalismo con profundas raíces en su mente... el humorismo con que Miguel de los Santos trataba las cosas más graves; aquella pachorra, aquel mirar tierno con que afirmaba el imperio absoluto, soberano, de la fatalidad. Todo pasa como debe pasar y es inútil y ridículo pretender desviar personas y cosas del camino que

Según los contemporáneos, fue don Miguel asiduo a recepciones y saraos y, en ellos, aficionadísimo contemplador del bello sexo, del que vio pasar varias generaciones. Sin embargo, este hombre paradójico murió soltero y tan bien supo ocultar sus enredos, o la falta de ellos, que nada sabemos de seguro acerca de sus intimidades. Doña Emilia Pardo Bazán, quien le dedicó un estudio tan despiadado como agudo, pensaba que Alvarez padeció la *dulce manía* femenil y le calificó, creo que muy oportunamente, como *homme à femmes*, frase que el castellano *mujeriego* no traduce con exactitud.

> «La palabra española se refiere al temperamento; la frase francesa, a una disposición o temple especial del cuerpo y del espíritu —del espíritu sobre todo—; temple que influye sobre la fantasía, sobre el corazón, sobre las potencias y virtudes del ánimo, y también sobre el destino general del individuo. Por regla general, los *femeninos* se quedan solteros, y llegan a la vejez en estado de suave desorganización moral —escépticos, llenos de benignidad, impregnados de una especie de unción, delicada forma que reviste la *coquetería* o *deseo de agradar* y *ser querido* en las naturalezas selectas, finamente intelectuales. La desaparición de la juventud física, unida a la persistencia de lo que no sé si me atreva a llamar *juventud sexual*, es lo que forma esos amables viejos, adorno de los salones, encanto de la conversación, que obtiene sobre los jóvenes, en una atmósfera facticia y ajena a las realidades del instinto, pasajeros y halagüeños triunfos» [2].

El tema amoroso preocupó en extremo al viejo romántico y en sus obras, sobre todo en los versos, hay abundantísima muestra. Antes de pasar adelante, recordemos que Alvarez quedó sin padres muy joven y que a poco vino a Madrid, donde al fin se

---

les imprime la escondida fuerza que todo lo gobierna. De esto resulta que no debemos tomar a pechos ningún incidente. Desgracia y ventura son más que términos de relación, convencionalismos. Así como no podemos influir en los fenómenos meteorológicos, nos está vedado el oponernos al fenómeno histórico, afecte a las naciones, afecte a los individuos...» [GALDÓS: *Mendizábal* (Madrid, Librería y casa editorial Hernando, 1952), pp. 289-290].

[2] *Obras completas, Retratos y apuntes literarios*, vol. 32 (Madrid, R. Velasco, impresor, 1908), pp. 361-362.

estableció y donde llevó una intensa vida social, apegado a amigos entrañables y pasando muchas horas fuera de casa, en el casino y en los cafés.

Publica los primeros versos al tiempo que lo hacen Espronceda, Zorrilla y otros muchos, pero el joven Miguel, con diecinueve años entonces, y en contra de lo que se podría suponer, no escribe volcánicas poesías amorosas, sino que habla de madres pobres en trance de morir, de niños huérfanos y abandonados o de hombres que lloran con amargura la pérdida de una madre. Así lo hace en sus primeras composiciones, publicadas en 1837 («Pobres niños», «Murieron», «Pobre, pobre alma mía», «Oh, Dios mío, si al dormir...», «Llora, madre desgraciada») y en 1838 («El ausente»).

Al pasar los años el tema continúa apareciendo con cierta insistencia; se diría que el huérfano Miguel está glosando su propio desamparo y su temor a la vida, tan manifiestos en la continuación de *El diablo mundo.* Recordemos, en fin, que huérfanos son también sus personajes Rafael y Luisa en *La protección de un sastre,* Lucía en *Agonía 2.ª* y María, heroína del canto que lleva su nombre.

Para Alvarez la madre ejerce la función de deidad protectora, virtuosa siempre y dispuesta a sacrificar la vida por sus hijos. Aún más, tanto en *María* como en la continuación de *El diablo mundo* asoman dos respetables dueñas de prostíbulo, ya entradas en años, tía y madre amantísimas, respectivamente, en quienes lo turbio de su moralidad y de su negocio queda disculpado por la maternal abnegación que muestran.

« ¡Siempre me he enamorado yo empezando a ver como una madre a mi querida! », exclamaba un personaje de las *Tentativas,* y otro recordaba: «Entre las mujeres que en aquellas desgracias nos ayudaron lo menos encontré cuatro tan buenas como mi madre.» De hecho, más de un personaje de éstos cometerá la fatal equivocación de imaginar que la amante o la esposa harán las veces de una madre que les proteja contra las ásperas realidades de la vida.

Respecto a las demás mujeres, Pardo Bazán era de la opinión que Alvarez «en sus escritos, parece un iluso, que pinta mujeres convencionales, el maniquí romántico de 1836, la mujer-

demonio, la mujer-ángel, la sirena o la melusina, nunca el tipo humano» [3].

Alvarez debió sufrir un desengaño amoroso en su juventud tan fuerte como para dejar huellas y agravado sin duda por la timidez y la desconfianza del joven solo en el mundo. Ello es que en sus poesías primeras la reminiscencia melancólica y la desesperanza ocupan ya un lugar importante; en no pocas alude a una mujer, sin dar su nombre, idealizada, de inocencia y pureza infantiles, que un día le despreció de improviso y cambió su felicidad en luto («El mar», «Cuán bella sale la naciente aurora», «Pobre, pobre alma mía», «Vuela, vuela inocente fantasía», «Lágrimas son», «A unas flores»).

Inversión de papeles: el verdadero sexo débil son los hombres, víctima siempre de unas mujeres tan adorables como engañadoras. Y así, «sin que se las pueda echar nunca la culpa, son casi siempre culpables» (*PH,* 271); de corazón duro: «La franqueza y la generosidad no llegan a ser prendas de las mujeres hasta que han llegado a ellas, con los años, otra porción de cosas» (*PS,* 46); sagaces: «Una criatura misteriosa que, sin saber nada, sabe de memoria y enseña lo que nadie sabe» (*HSM,* 238); y más aguerridas que el «débil sexo masculino», víctima potencial de sus hechizos, que nada puede contra ellas: «Seductor —escribe Alvarez— un pobre hombre que ha sido seducido hasta ese punto [el matrimonio] por una mujer que sabe Dios cómo le saldrá!» (*PS,* 126). «Las mujeres —concluye—, lector mío, son una cosa muy rara. Ni tú ni yo sabemos lo que son» (*PS,* 37).

En cambio, los protagonistas masculinos son unos caballeretes de buena presencia y corazón pusilánime que recuerdan demasiado a su creador. La lección final en estos cuentos resulta en que el trato con la mujer, sea quien sea, acarrea desgracias y termina por ser funesto. *La protección de un sastre* constituye excepción, pues el feliz casamiento de Rafael precisamente ilustra una tesis.

Lo amoroso es también una constante en la obra lírica. En abstracto, el amor representa un sentimiento maravilloso que, sin embargo, no puede materializarse, pues en cuanto desciende

[3] *Ibid.,* p. 361.

al plano de lo concreto, este amor entre mortales, es algo tan imperfecto como ellos y también como ellos perecedero, «cosa que muere con la muerte». Falta de perfección, caducidad; dos cualidades que limitan la gloria amorosa y hacen de ella fuente de dolor.

En estos versos se podría hablar de una trayectoria que comienza con los temas de la orfandad y desamparo infantiles seguidos del amoroso. Hay cuatro sonetos, publicados en *El Pensamiento,* entre el 15 de julio y el 31 de octubre de 1841, que parecen reflejar la historia de una pasión, comenzada entre esperanzas y temores («Nace el amor») y terminada a poco cuando la desconocida abandona al poeta («Adios, dulce ilusión»), éste advierte luego cuán ficticios son los goces mundanos («Vuela, vuela, inocente fantasía») e insiste sobre su abandono, ahora irremediable («Lágrimas son»).

Para los avezados a lides amorosas tales descalabros son cosa previsible, pero Alvarez, de hacer caso a sus escritos, quedó marcado para siempre. Desde entonces toda su poesía reflejará resentimiento hacia la mujer, temor a sus malas artes y el pesimismo sentencioso, propio de quien sufrió un duro escarmiento.

Todavía en algunas poesías escritas en exilio y fechadas en París, entre 1850 y 1851, continúa pensando lo mismo, aunque ahora su propio desamparo de eterno huérfano le lleva a buscar de nuevo compañía en la mujer. En estos versos no es difícil tropezar con los conceptos de *ternura* («terneza», «el tierno pecho») o de cariño («fiel cariño») aplicados a un amor que ciertamente contrasta con las apasionadas alharacas de los enamorados de aquel tiempo.

Así, pues, la relación ideal entre hombre y mujer habrá de fundarse en la amistad, el cariño y la fidelidad, cualidades ¡ay! según el poeta, imposible de hallar jamás reunidas. La mujer resultaba siempre señora o esclava del varón, «que le arrastra o le sigue», pero nunca alguien con quien fuera posible identificarse. Los años traen el descubrimiento de la ternura, un sentimiento ya más propio de gentes maduras y experimentadas.

Alvarez prefiere teorizar y dar consejos (véase «A unas flo-

res», fechado en 1850) o, retirado de la liza, ser un espectador de vidas ajenas que escépticamente contempla el ilusionado despertar sentimental de María o el desarrollo de una pasión nefasta *(Agonía 2.ª* o la continuación de *El diablo mundo).* Con esta cautela en amores contrastan su fidelidad y desprendimiento con los amigos, según testimonio de quienes le conocieron (sirvan de muestra los *Recuerdos,* de Zorrilla). Su cariño por Espronceda rayaba en la devoción: cariño que podría entenderse mejor teniendo en cuenta que Alvarez, sin padres desde muy joven y, al parecer, desgraciado en amores, hubo de verter en los amigos todo el caudal de sus afectos. Ya en «Murieron», la primera poesía que publicó, lamenta su orfandad temprana y la muerte de un amigo mayor que le trataba como a un hijo y le dio «cariño paternal». Es muy posible que este último detalle sea también autobiográfico y que esta relación del amigo responsable y maduro que proteje al muchacho sin arrestos, se repitiese con Espronceda, en quien, además, tanto Alvarez como Zorrilla y los condiscípulos en Valladolid veneraban al jefe del nuevo credo poético.

Ya es conocida su intimidad con Zorrilla y con Ros de Olano. Valera mantuvo con don Miguel una relación tan duradera como entrañable, incluyó unos versos suyos en *Pepita Jiménez* y dio principio a *Las ilusiones del doctor Faustino* con una paradójica teoría de Alvarez, a quien llamaba «pensador optimista, sereno observador de las cosas y razonable filósofo» [4].

---

[4] El padre de Pepita era un capitán retirado «que le dejó a su muerte / sólo su honrosa espada por herencia, según dice el poeta». El poeta es ALVAREZ y los versos son de *María* [*Obras completas,* I (Madrid, Aguilar, 1967), p. 118]. En cuanto a la «teoría», en *Las ilusiones...,* Valera la refiere así:

El vulgo —dice él [Alvarez] por vía de ejemplo— imagina que cuando alguien se queda calvo es porque falta el jugo que alimenta las raíces de sus caballos, y éstos se caen; pero como sucede siempre que al que se queda calvo le nacen pelos y aun cerdas en las narices y en las orejas, y las cejas crecen y se robustecen de modo que suelen dar sombra a la cara, no puede atribuirse la calvicie a falta de jugos. En las mujeres es más patente aún este fenómeno, apareciendo casi sin excepción en la que pierde el pelo de la cabeza un maravilloso y fecundo florecimiento de cerdas en la barba y labio superior, lo cual la hace

Recordemos también la simpatía que tuvo Galdós por Alvarez, quien murió en 1892 cuando el autor de los *Episodios* daba fin en Santander a *De Oñate a La Granja*, el tercero de la 3.ª serie. Don Benito debió sonsacarle no pocos detalles de aquella historia española que el viejo Alvarez había visto pasar y tanto le interesó éste como tipo humano que le introdujo entre los personajes de algunos *Episodios* en esta 3.ª serie y allí le retrató con tanta simpatía como acierto.

Lustonó recuerda también la intimidad con Alarcón. Este y don Miguel se hacían pasar por representantes de una sociedad inglesa que fabricaba volcanes en España con fines turísticos y, muy serios, hablaban en términos comerciales del volcán inaugurado en cualquier villorrio de mala muerte, asombro ya de propios y extraños [5].

El liberalismo le venía a don Miguel de familia: un tío suyo había sido «nacional» de Caballería, su padre ocupó puestos de responsabilidad durante el Trienio y al triunfar los absolutistas la familia hubo de abandonar España durante largos años [6].

Ya en Madrid, sus amigos de primera hora fueron Espronceda, Ros de Olano, el joven González Bravo, Ventura de la Vega, el irascible conde de las Navas y los hermanos Romea, todos gente con simpatías liberales. Don Baldomero Espartero le dio la credencial para irse al Brasil en 1841 y, años más tarde, por haber participado en los sucesos revolucionarios de 1848, marchó a Francia, donde permaneció emigrado hasta 1853.

Gracias también a Espartero reingresó en la diplomacia (1855) y le depuso O'Donnell, aunque entre los miembros de la naciente Unión Liberal, creación de éste, contó luego Alvarez

---

digna de la condesa Trifaldi o de Santa Librada, si bien a estas señoras les ocurrió milagrosamente lo de *embarbarse*, a una por duro castigo de un malintencionado encantador y a otra por especial favor del Cielo, a fin de que salvase la joya de su castidad, puesta en grave peligro, mientras que, por lo común, es ordinaria operación de la caprichosa Naturaleza, sin que se vislumbre finalidad alguna, el *embarbamiento* de que se trata [*Ibid.*, I, p. 195].

[5] «Los que fueron. Miguel de los Santos Alvarez», en *Ilustración Española y Americana* (15-I-1899).

[6] ZORRILLA: *Recuerdos del tiempo viejo*, II (Madrid, Publicaciones españolas, 1961), p. 126.

con amigos poderosos. A partir de 1863 figura entre los redactores de *La América*, que dirigía Eduardo Asquerino, asiste a reuniones y banquetes liberales y no es aventurado suponerle enterado de los tejemanejes y conspiraciones que hicieron triunfar la Septembrina, ya que el nuevo gobierno le nombró en breve Consejero de Estado.

De este liberalismo apenas quedan rastros en su obra: en las cinco octavas finales de *María* celebra el triunfo de Espartero en septiembre de 1840; en Francia escribió unos «Fragmentos» (1848) llenos de patriótico fuego, donde la nostalgia por un pasado heroico contrasta con la indiferencia por los «ridículos tiranos» del presente [Narváez]; y también de París es el soneto «A Roma en 1848» en loor del espíritu garibaldino.

Ya en el terreno de la anécdota, Alvarez sostenía que los buenos españoles, «que no son los más», vestían idealmente el uniforme de Miliciano Nacional, y que este espíritu habría de perdurar por varios siglos [7]. Sin embargo, su escepticismo alcanzaba también a la política y el conde de Casa Valencia contaba que:

> «En 1854, después del pronunciamiento de Vicálvaro, y cuando en las Cortes constituyentes se discutía con gran calor y pasión el proyecto de Constitución, una noche después de comer, hablando de esos prolongados debates, dijo Alvarez a los que con él nos hallábamos fumando, que parecía imposible que hombres de talento y de experiencia perdiesen el tiempo en inútiles discusiones, pues en aquellas difíciles circunstancias, sólo un artículo debía tener la Constitución. ¿Cuál?, le preguntamos, y contestó: "El siguiente: España se gobierna al día y como puede"» [8].

Este escepticismo no se limitó a la política posterior a la «vicalvarada», pues Alvarez pensó toda su vida en los mismos términos: en 1841 España era «patria de la monotonía y de la indiferencia», y, un par de lustros más tarde, todavía hallaba

[7] «Crónica general», en *Ilustración Española y Americana* (22-XI-1892), p. 346.

[8] *Recuerdos*, p. 62.

a su patria «ocupada... de una porción de tonterías so pretexto de literatura, de política o de lo que se quiera».

Don Miguel era también un tanto anticlerical y en *El mayorazgo de Labraz* Baroja cuenta cómo el protagonista de la novela se encontró en el Jardín Botánico madrileño con

> «un joven de peregrino ingenio, que se llamaba Miguel de los Santos Alvarez. Paseaban los dos por el Jardín charlando, mirando los nombres científicos de los árboles y de las plantas escritos en blancos cartelones, cuando acertó a pasar un cura que, a su aspecto cerril, unía el llevar la sotana llena de lamparones y el sombrero de mugre.
>
> Mostrólo con el dedo Miguel de los Santos a don Diego, y como si en la sotana del presbítero hubiese un cartelito parecido al de los árboles y plantas, dijo: *Clericus, catolicus, hispanicus*» [9].

No deja de sorprender que Alvarez creyese en el duelo como salvaguardia del honor, quizá por tener amigos militares e intimidad con duelistas tan entusiastas como Espronceda y el conde de las Navas. Especial atención merecen sus enconados ataques, desde las páginas de *El Pensamiento,* contra don Modesto Lafuente cuando éste rehusó batirse con Prim, amigo de Alvarez. Recordemos aquí aquellos sucesos que dieron fin a la carrera de Lafuente como periodista satírico.

En la sesión del Congreso del 17 de julio de 1841 don Juan Prim, diputado por Tarragona, se mostró poco respetuoso con el clero al discutir la asignación de los capitanes generales. El 20, en la «Capillada 353» de *Fray Gerundio,* Lafuente se burlaba de Prim o «Pringue» en el artículo «El Sacris Solemnis». Como los ataques y bromas continuaban, el atacado envió a Lafuente una carta pidiéndole que rectificase, pues de otro modo «tendré el gusto de exigirle otra clase de satisfacción propia de un caballero, o de escupirle a usted en la cara en cualquier parte donde lo encuentre». Es raro que don Modesto se permitiera estas bromitas a costa de persona tan expeditiva como lo era el conde de Reus y aún más que en lugar de la retracción esperada contestara festivamente sin tener en cuenta lo adver-

[9] (Madrid, Caro Raggio, 1972), p. 175.

tido por Prim. Este le envió sus padrinos: don Narciso Ametller y Cabrera, también militar y diputado, y Espronceda, quien a la sazón representaba a Almería en el Congreso. Lafuente se negó a batirse pretextando ser enemigo del duelo, costumbre que había combatido ya desde *Fray Gerundio.*

Poco después, en la noche del 24 de julio, estaba el periodista en el teatro del Príncipe y en el primer entreacto salió al cercano café de Solito. A poco llegaron unos amigos, entre ellos Espronceda y Ametller, para avisarle de que se marchara, pues don Juan Prim le esperaba en el teatro, sentado en la propia localidad de Lafuente; pero mientras hablaban apareció el ofendido, quien propinó a su adversario dos tremendos garrotazos, uno en la cabeza y otro en el brazo derecho.

El apaleado protestó desde su periódico y presentó denuncias ante el Congreso y los tribunales que a nada condujeron. Defendieron a Prim los diputados González Bravo y el conde de las Navas, y, descorazonado Lafuente al ver que nada conseguía, interrumpió la publicación de *Fray Gerundio* el 17 de agosto del mismo año [10].

Recordemos ahora que tanto Espronceda como González Bravo y las Navas habían tenido papeles de importancia en otro duelo muy sonado, ocurrido en enero del año anterior. Como era de esperar, la querella tuvo eco inmediato en las páginas de *El Pensamiento,* donde el encargado de la «Revista de la Quincena», tras declararse partidario del duelo, se ensañaba con el desdichado don Modesto en nombre del tradicional pundonor castellano y, en la 6.ª entrega, del 1.º de agosto, escribía:

> «¿Cómo es posible que nuestros abuelos, educados en la escuela de la hidalguía y del valor, cómo es posible que concibieran que era dable que existiesen españoles tan bastardos y tan degenerados que habiendo ofendido se negasen a dar satisfacción del agravio, como ellos la daban, aunque fuera en presencia del mismo rey? Pues esos hombres entre nosotros viven a millares, hay de ellos una raza entera

[10] JUAN LÓPEZ NÚÑEZ: «Prim y Lafuente. Historia de unos garrotazos», en *Triunfantes y olvidados* (Madrid, Imprenta Renacimiento, 1916), páginas 278-292.

que crece cada día, una raza que desvirtúa el nombre y pundonoroso carácter nacional; sus individuos a lo mejor reclaman su dictado de españoles y ¡Oh vergüenza y baldón! Y esos hombres que hormiguean por ahí, a ti, lector (y ahora me dirijo a ti), y a mí y a todos nos suelen acompañar en el Prado, y nadie les cierra la puerta de su casa, y todos les saludan en la calle; peor ¡qué más! les vemos a veces figurar en los salones y festines como próceres de la sociedad actual, cuando antes se hubieran dado por muy satisfechos con obtener plaza de *bufones* en el palacio de algún grande, donde con su traje de arlequín de cascabeles y con sus gestos y visajes disiparan el mal humor de sus señores.»

A continuación recogía la noticia del suceso, que comentaba así:

«El lance a que aludíamos hace poco ha sido objeto de las conversaciones de Madrid en estos últimos días; pero acerca de él sólo hemos oído una opinión y ésa es cabalmente la nuestra. El redactor de un periódico ha injuriado a un diputado pundonoroso. El primero se llama *Fray Gerundio;* el segundo es el coronel don Juan Prim. Este ha pedido un desagravio; el escritor no sólo lo ha negado, sino que ha aumentado el agravio. Entre personas bien nacidas ya se sabe el giro que debía llevar este negocio; pero *Fray Gerundio* quería establecer para sí la excepción de una ley sancionada por toda la sociedad culta y decente. En vista de esto el Sr. Prim procedió a vías de hecho después de haber apurado todos los medios ordinarios. ¿Es éste un ataque a la libertad de prensa? Pobre idea formaríamos del partido que tal sostuviese; porque los partidos viven del *honor,* y el que no reconozca al *honor* por base fundamental de su existencia, morirá miserablemente. Las injuirias personales en todos los países, personalmente se ventilan. ¿España, esta tierra clásica del valor y de la hidalguía, desmentirá con su fallo su noble carácter? ... ¿Se asociará al cobarde que acude a los tribunales en lugar de acudir adonde le llamaba su honor?» [11].

[11] «Revista de la Quincena», en *El Pensamiento,* 6.ª entrega, página 140.

En la próxima entrega, el revistero volvía sobre el lance:

> «Dejamos al redactor del *Fray Gerundio* apaleado y quejumbroso en nuestro número anterior. Pasó la semana, y así se volvieron a acordar las gentes de la bien merecida paliza y de las mujeriles quejas del maloliente periodista, como de otras muchas cosas que pasaron y nadie recuerda, y eso que su importancia vale millones de veces más que la de un escritor que no es caballero, según él mismo asegura, y ha sabido siempre después probar» [12].

Todavía en el número siguiente, en la reseña del drama *Bruno el tejedor,* no faltaba una pulla para don Modesto: «Bruno estaba dispensado de tener tanta dosis de pundonor, cuando hay hombres que llevan frac, para los cuales el honor es un sentimiento de salvajes» [13]. Destacan en estos juicios algunos elementos muy propios del Romanticismo de entonces: orgullo nacional, nostalgia de un pasado caballeresco y glorioso, y apasionada defensa del duelo, «ley sancionada por toda sociedad culta y decente».

Galdós pintó a don Miguel como un joven tan dado a la guasa como amante del toreo y, en las crónicas de *El Pensamiento,* éste manifestó su afición con alabanzas a la gallardía y riesgo de la lidia o con entusiasmo por los matadores favoritos. Así escribía en una ocasión: «¿Hay algo más hermosamente varonil que Paquiro cuando siente los miembros de su enemigo en los filos del acero y recarga y empuja tenazmente hasta palpar cómo tropieza el puño mientras la punta rompe el corazón?» [14]; y en otra: «En nuestros días se prodigan las coronas de laurel; cualquier dramaturgo es un *poeta laureado;* sólo Montes carecía de una corona, sin duda porque la merecía, sin duda porque era un genio, el genio de la tauromaquia» [15].

Entusiasta siempre, sostenía que los toros eran un espectáculo de gran moralidad: aunque los hombres se distraigan mirando a una mujer hermosa en los paseos, el teatro, aun en la misma

[12] *Ibid.,* 7.ª entrega, p. 164.
[13] *Ibid.,* 8.ª entrega, p. 192.
[14] «Revista de la Quincena», en *El pensamiento,* 3.ª entrega, página 70.
[15] *Ibid.,* 5.ª entrega, pp. 115-116.

iglesia, si la corrida es buena «ya puede sentarse junto a nosotros la propia diosa Venus para distraernos, que no lo conseguirá» [16].

La gente de pocas luces le molestó sobremanera siempre y para los necios, y para aquellos que él consideraba como tales, no tuvo más que desprecio y ya en el artículo introductorio de *El Pensamiento* escribía que «siempre la tontería ha campado por su respeto en el mundo» [17]. También en las octavas de *María* arremetía con violencia contra la política, equivocada, según él, de aquellos días, causa de la triste situación por la que atravesaba España:

> «El fuego de tu amor que arde en mis venas
> al contemplarte a tu dolor sumisa
> se trueca en el colérico desprecio
> que inspira el desgraciado cuando es necio!» [18].

Muchos años más tarde, desde *La Malva,* la diatriba continúa contra los tontos, que suman el 99 por ciento de la raza humana. El ataque es ahora tan disparatado como insistente y muestra incurable desesperanza. Alvarez piensa que, aunque el mundo es bueno, los tontos han hecho de él «un globo absolutamente inhabitable», al que han inundado con sus obras y con su descendencia. Sin embargo, los peores no son los «tontos en rama», sino los educados y triunfantes, como éste:

> «... un tonto tieso de cogote, largo de brazos, mal pergeñado de cintura y peor de piernas; largo de cara, mal hecho de frente, carrillos y barba y peor de semblante, con la boca partida en dos mitades, por donde los hombres tienen las narices; sucio de sienes y orejas; medio calvas las unas y medio peludas las otras; falso de ojos y cierto de malas intenciones; grave y doctoral de movimientos, gran majadero y gran aficionado a las luchas parlamentarias, gran cruz, gran leño y gran alcornoque de no sé qué reino que por su desgracia le ha producido entre castaños y nogales» [19].

---

[16] *El Heraldo de Madrid,* año III, núm. 744 (15-XI-1892).
[17] Entrega 1.ª, p. 4.
[18] Cf.: cap. II, nota 6.
[19] «Monólogo segundo», en *La Malva,* núm. 10 (15-XI-1859).

El retrato tiene soltura y brío y hay trazos caricaturescos y mala intención de estirpe quevedesca; resultaría además muy apropiado para describir a muchos de aquellos fantasmones que apoyándose en el periodismo y en la literatura llegaban a funcionarios gubernamentales, condecorados y orondos. ¿Estaría pensando don Miguel en alguna persona determinada? Bien pudiera haber sido y, aunque sea juicio temerario, quizá esa mención a los castaños y nogales nativos podría apuntar hacia el gallego Pastor Díaz, tan enconadamente contrario a la gestión mexicana de Alvarez en 1856. Sea lo que fuere, estos párrafos quedaron suprimidos cuando el artículo se reprodujo en *La América* algunos años más tarde [20].

No parece que Alvarez fuese hombre de posibles, aunque debió contar con algunos bienes de familia que le permitirían trasladarse a Madrid y subsistir en las temporadas de cesantía. Dependió, en gran parte, de la munificencia de los sucesivos gobiernos y, al decir de sus biógrafos, en sus últimos años vivía sólo de la jubilación que le correspondía como Consejero de Estado.

Aunque estuvo relacionado con la mejor sociedad madrileña y solía frecuentar los salones de los poderosos, ni se afanó en tener dinero ni jamás sintió vergüenza por no tenerlo. Solía bromear diciendo que la riqueza consistía en veinticinco duros que «andaban por ahí» y que había tenido en las manos alguna vez, y en algunos diamantes que iban dando la vuelta al mundo, a los que conocía sólo de vista [21]. Eduardo de Lustonó cuenta que cierta noche de junio se hacían proyectos veraniegos en una elegante tertulia madrileña:

> «—¿Dónde va usted este año, Duquesa?
> —Yo a Baden-Baden.
> —Pues yo iré a Biarritz... ¿Y usted, Condesa?
> —Yo a Etretat.
> — Nosotros vamos a Inglaterra.
> Y todos anunciaban viajes largos y dispendiosos.

---

[20] Núm. 9 (1866), p. 13.

[21] «Los que fueron. Miguel de los Santos Alvarez», en *Ilustración Española y Americana* (15-I-1899).

—¿Y usted, Miguel? —preguntó la dueña de la casa a nuestro biografiado—, ¿dónde piensa ir?
—Yo, señora, al Prado... si tengo botas» [22].

En sus escritos, el dinero es una de tantas necesidades molestas y los protagonistas lo desprecian elegantemente; tan vil es que sólo consigue desvelar a personajillos codiciosos y burdos como sastres, patronas y criados. Finalmente, en su desprendimiento, compartía el sueldo mensual de la jubilación con algunos menesterosos a los que socorría en secreto.

Común achaque de los costumbristas fue el mirar condescendientemente o incluso menospreciar a los tipos populares, objeto de su atención literaria. Alvarez fue más allá del tópico, pues, según él, el universo estaba compartido entre los bien nacidos, llenos de virtudes por el hecho de serlo, y el resto, que es plebe ruin y vulgar, a la que desdeña. Y así, en una «Revista» de *El pensamiento,* al describir las fiestas de San Isidro, concluía: «Pero las oleadas de la plebe comenzaban... era, pues, forzoso despedirse de aquellos lugares donde tan agradablemente se habían deslizado las horas» [23], y, algo más adelante, refiriéndose a un libro de George Borrow, aseguraba que los gitanos eran «la clase más despreciable e inmunda de nuestra sociedad» [24].

Este modo de sentir es más evidente aún en la obra literaria de Alvarez, pues en ella los personajes plebeyos viven vidas vulgares y trabajosas, sufren desdichas sin cuento que nadie compadece y acaban de manera esperpéntica y risible. En cambio, los bien nacidos saben comportarse sin que nadie se lo enseñe: «Hay en el mundo gentes que nacen de una manera tal organizadas, que no parece sino que en palacio, cuando menos en una corte, han sido nacidas y criadas» (*PS,* 114). Por eso, Rafael y Luisa, nada más llegar a Madrid, bajaron a pasear al Prado donde se relacionaron con gente noble y elegante, mientras que el «prosaico y vulgarísimo padre ex provincial», en *Agonía I,* todavía no le había tomado el tiento a la Corte al cabo de seis meses.

[22] *Ibid.*
[23] «Revista de la Quincena», entrega 2.ª, p. 44.
[24] *Ibid.*, p. 45.

De hecho, entre los desgraciados que pululan por estas narraciones tan sólo hay uno que sale triunfador: el señorito Rafael, inútil y despilfarrador, orgulloso de su alcurnia que le impide trabajar. Rafael triunfa gracias a don Ramón, viejo coronel, pobre pero caballero y, por ello, leal y bondadoso, quien opina que «Al bienestar de un hombre como usted [Rafael] pueden sacrificarse sin remordimientos de conciencia de veinte a veintiún mil quinientos sastres con todas sus familias, herederos y sucesores» (*PS*, 114).

Finalmente, don Miguel de los Santos fue un personaje con fama de «raro» y, aun después de su muerte, quienes le conocieron le recordaban con tanta simpatía como respeto. A pesar de haber escrito poco sus obras se reimprimieron bastantes veces (*La protección de un sastre* en 1840, 1852, 1920 y 1934, y *Tentativas literarias* en 1864, 1888, 1921 y 1927), fue citado mucho y sus fábulas y excéntricas ocurrencias anduvieron de boca en boca.

Alvarez debió vivir muy a gusto con esta reputación que él mismo contribuyó a crear y su indumentaria de friolero, sus paradójicas opiniones y una actitud ante la vida que sorprendió a Valle Inclán son harto elocuentes. Sus dichos y sus anécdotas —algunas falsas— eran innumerables y hasta nosotros han llegado bastantes [25].

[25] He aquí un par de ellas, bastante curiosas, por cierto: cuando principió su carrera en la Administración como Jefe Económico de Toledo encontró en su Departamento a un pobre hombre «que no se quitaba nunca los manguitos de percalina», gracias a quien todo iba perfectamente.

> «—¿Hace mucho que sirve Vd. a la Hacienda? —le preguntó D. Miguel de los Santos un día en que le llevó varios expedientes a la firma.
> —Comencé antes de cumplir los veinte años, y estoy muy cerca de los cincuenta —contestó el empleado.
> —¿Y cuánto sueldo tiene Vd?
> —Cuatro mil quinientos reales al año.
> —¡Cuatro mil quinientos reales después de treinta años de servicio, y con la inteligencia de Vd!
> El empleado se sonrió resignadamente por toda contestación. Don Miguel de los Santos se levantó agitadamente de su sillón.
> —¡Siéntese Vd. ahí! —le dijo al empleado.
> —¡Pero, señor...!

Conservó su libertad siempre y más de una vez afirmó que no era literato, sino un hombre con «un carácter extravagante»

—Siéntese Vd. ahí, le digo.

El empleado obedeció, como tenía por costumbre, y cuando estuvo instalado en la poltrona del jefe, que permanecía de pie, preguntó tímidamente:

—Y Vd., ¿dónde va a sentarse ahora?

—Yo, en la primera diligencia que salga con dirección a Madrid, para ir a decirle al Ministro que no hago aquí maldita la falta estando Vd. aquí, y que a Vd. es a quien deben dar mi sueldo que yo no sé ganar.

Y como lo dijo, lo hizo, se vino a Madrid, vio al Ministro y renunció a su destino. El empleado de Toledo no adelantaría mucho, pero Miguel de los Santos Alvarez dio pruebas de su amor a la rectitud y a la justicia.» [«Kasabal», «Actualidades...», en *Correspondencia de España* (17-XI-1892), p. 1.]

La historia tiene todo el encanto de un *exemplum* medieval, aunque parece que don Miguel no fue nunca Intendente en Toledo, pues su expediente no hace referencia a tal empleo o a tal renuncia.

Cuenta la otra anécdota el escritor argentino Lucio V. Mansilla y tiene que ver con unos versos fechados en Buenos Aires el 6 de octubre de 1844, a los cinco meses largos de que Alvarez dejara Río en misión diplomática. Cuenta, pues, Mansilla que, en Buenos Aires y en la noche del 6, el bueno de don Miguel se disponía a salir a la calle a eso de las tres de la madrugada. Su compañero de habitación en el viejo Hotel del Globo era don Santiago Arcos, quien trató de disuadirle, pero el trasnochador, «sin curarse de si había mazorca o no» —recordemos que corrían los tiempos de Rosas—, tiró calle adelante.

«Imaginaos (yo era un niño, pero mi memoria es fuertemente retrospectiva) un hombre que ha entrado en la edad de los desengaños; es decir, uno de nosotros que, teniendo treinta, representa cuarenta, un hombre así de la estatura de Benjamín Posee, más derecho que éste, menos enjuto, pálido; con una cara tétrica, encerrada dentro de una barba entera, negra como el azabache, con uno que otro pelo blanco; iluminado el rostro por dos ojos vivaces, que protestan contra las plateadas hebras; pelado a la *mal-content,* vistiendo un gabán abrochado por una serie de botones que empiezan en el cuello y concluyen en el borde inferior, más abajo de la rodilla; que camina como cualquiera a quien no se le da un bledo la existencia; que no repara en nadie, ni le importa que reparen en él; que no mira hacia arriba porque probablemente no piensa ni en las alternativas de la muerte ni en alcanzar la *nirvana;* que, sin encorvarse, describe con el cuerpo y la mirada un ángulo agudo, cuya abertura es la

que le permitía escribir «de lo que me parezca, como me parezca y sin que me parezca». Varios críticos le hallaron sincero y para otros fue tan sólo un «poseur», aunque Alvarez mantuvo siempre la misma postura que en él fue una segunda naturaleza.

---

tierra que, día más, día menos, sabe que se lo ha de tragar; que va solo, al parecer, pues lo acompañan sus pensamientos, esos constantes compañeros, de los que tenemos la desgracia o la fortuna de saber lo que es causalidad; imaginaos un hombre, en fin, de esos que, a pesar de su indiferencia ostensible por todo, no pueden pasar sin que se repare en ellos, diciéndose el que los ve: "¿Quién será éste?" Y tendréis, si no un retrato, una silueta.»

Se dirigió Alvarez a casa de los padres del narrador, a quienes hacía tan prolongadas y frecuentes visitas que los criados conocían por «el señor calientabancos», al observador de la guerra entre bonaerenses y uruguayos. Apunta Mansilla que probablemente don Miguel se interesaba por la dueña de la casa, joven, guapa y distinguida la cual, como todas las damas elegantes de su tiempo gustaba tener un álbum para autógrafos. En éste de la generala Mansilla, que era hermana de Rosas, el galante diplomático «improvisó o escribió» unos sentidos versos que comenzaban:

«No llores, niño inocente, / porque el tapiz de tu lecho, /
con mil harapos deshecho / no conserve tu calor...»

El tema es muy triste y se refiere a un niño pobre y a otro rico que llora su orfandad. El caso es que don Miguel golpeó las ventanas y el padre de Mansilla «despertóse sobrecogido, pensando (era en 1844) en lo que podía suceder».

«—¿Qué hay? ¿Quién es?
—Yo soy.

.....

—¡Ah! —dijo mi padre entre sí—, es la voz de Alvarez.

Y saltó de la cama llevando las manos al pescuezo... en tanto que mi madre se incorporaba, presa de la más inexplicable inquietud.

—¿Quién es?
—Yo soy... Abra usted, abra usted.
Y mi padre abrió.
—¡General!
—¡Alvarez!
—General, ¿me hace usted el gusto de darme el álbum de Agustinita, pluma, tinta y luz?

Mi padre hizo una gesticulación de esas que no pueden explicarse escribiendo: sale de la boca un *hem*, el labio inferior se arremanga, los ojos brillan y la cara toma esa expresión: *¡mire*

Además de las quintillas «A la vida» y algunos rasgos de un nihilismo juvenil y estentóreo, propio del gusto romántico, pienso que Alvarez escribió más de acuerdo con su propio modo de sentir que para seguir una moda. De no ser así, habría que imaginar toda una carrera literaria basada en la insinceridad (incluyendo poesías tan sentidas como la continuación de *El diablo mundo* y «A Jarifa»).

Quienes criticaron la afectación juvenil de Alvarez quizá no tomaron en cuenta que su obra, a pesar de ser breve, representaba adecuadamente toda su vida. Las primeras poesías datan de 1837, cuando Alvarez tenía diecinueve años, y su último cuento, *El gato,* apareció en 1892, muy pocos meses antes de morir. No parece que en estos treinta y un años se pueda apreciar una evolución temática o estilística de importancia, y tal continuidad indicaría que Alvarez siguió pensando igual aun después de que el Romanticismo pasara de moda: el mundo le parecía tan execrable en 1837 («Oh, Dios mío, si al dormir...») como en 1868 *(El hombre sin mujer);* lamentaba su soledad y amargura en 1837 («Murieron! ») y en 1850 («A unas flores») y ansiaba un amor íntimo y tierno a lo menos entre 1840 *(María)* y 1851 («En una biblia»).

---

usted qué ganas de... embromar! Mi padre, ante todo, fue a tranquilizar a su mujer, y díjole:

—Agustinita, no te alarmes.

Y dicho esto, *fizo* lo siguiente: volvió a la ventana y le suministró a Miguel de los Santos Alvarez los artículos que reclamaba.

Miguel de los Santos Alvarez tomó el álbum..., hojeólo nerviosamente, dio con la página que buscaba en el acto... y con la pluma que entonces se usaba, que era de ganso..., borró la palabra *horfandad* y escribió debajo *orfandad* (sin *hache*) ... Mi padre volvió al tálamo conyugal...

Miguel de los Santos Alvarez giró sobre sus talones y se encaminó a la calle del 25 de Mayo.

Los serenos cantaban: "¡Las cuatro y media han dado y... tronando!" "¡Viva la Confederación!" "¡Mueran los salvajes unitarios!" "¡Vivid, Representación!".» [*Entre-nos. Causeries del jueves* (Buenos Aires, W. M. Jackson, Inc., 1928), pp. 11-12.]

Los versos van fechados en «Buenos Aires, octubre 6 de 1844», aunque, como recordaremos, ¡fueron escritos en 1837!

A Miguel de los Santos se le podría aplicar lo que Casalduero escribió de Espronceda, que «temiendo la burla del mundo por ser capaz de sentir, de sufrir, de padecer, se apresura a ocultar su dolor y a enmascararlo con una sonrisa cínica» [26]. Vivió sin terminar de adaptarse a aquella sociedad que le festejaba, porque el dandy cínico e ingenioso, el bohemio de buen tono tras una máscara amable ocultaba su desconfianza y su abulia, su timidez y su miedo a la vida.

También su modestia fue proverbial por lo extremada: se negaba con insistencia a facilitar datos sobre su obra, porque, como dijo en una ocasión, «no me considero con títulos bastantes para que de mí escriban biógrafos y bibliógrafos», y Ortega y Rubio tuvo que pelear no poco para conseguir que don Miguel le diese una fotografía para incluir en su estudio [27]. Como unos le llamaban «Alvarez» y «Santos Alvarez» otros, pensando que «de los Santos» era apellido, don Miguel tuvo por manía decir que no sabía cómo se llamaba. Cuando López Guijarro le dijo una vez: «Si no sabe Vd. cómo se llama, pregúntelo a cualquiera de los 17 millones de la Península y lo sabrá.» «Bah» —le contestó Alvarez—. « ¡Lisonjas a mí! ¿No sabe Vd. que yo tengo, entre otras desgracias, la de no tener amor propio? Pero, nada, cuando me pongo a pensar lo que quedará de mi nombre el año 5000 de la era cristiana no hallo modo de infatuarme» [28].

Su conformidad aumentó con el pasar de los años y quien tanto había bromeado a costa de la muerte se acostumbró luego a verla «no sólo como cosa natural, sino tan ventajosa que hemos de extrañar la necedad con que deseábamos evitarla». Y un día, poco antes de morir, dio la muestra postrera de estoicismo y de ingenio, pues cuando le preguntaron: «¿Qué se hace Vd., don Miguel?», pudo replicar tranquilamente: «Yo no me hago, me deshago» [29].

---

[26] *Forma y visión de El Diablo Mundo de Espronceda* (Madrid, Insula, 1951), p. 13.

[27] *Vallisoletanos ilustres (Bocetos)* (Valladolid, 1893), p. 49.

[28] LUSTONÓ: «Los que fueron: Miguel de los Santos Alvarez», en *Ilustración Española y Americana* (15-I-1899).

[29] PARDO BAZÁN: *Retratos...*, p. 371.

BIBLIOGRAFIA

1. Obras de Miguel de los Santos Alvarez

La protección de un sastre, novela original por... (Madrid, Imprenta de D. N. Sanchiz, calle de Jardines, núm. 36, 1840), 175 páginas, 8° menor.

Ibid. (México, Galería de novelas de el Orden, Imprenta de Boix, Besserer y Canip, editores, impresores y libreros, Callejón del Espíritu Santo, núm. 8, 1852). [Sin prólogo y capítulos sin numerar.]

Ibid. (Madrid, «La Novela Corta», año V, núm. 221, Oficinas y talleres de Prensa popular, s/a [27 de marzo de 1920], 27 hojas, 8°). [Versión abreviada.]

Ibid. (Madrid, Revista Literaria. Novelas y cuentos, 1934), 31 páginas, fol.

María, Poema por... (Madrid, en el Gabinete Literario, calle del Príncipe, núm. 25, 1840), 84 pp., 16vo.

El Artesano, drama en cinco actos, escrito en francés por Federico Soulié (Madrid, Imp. de D. I. Boix, 1840). [Sin nombre de autor.]

Exposición dirigida a las Cortes por... (Madrid, Imp. de D. Antonio Aoiz, calle del Baño, núm. 7, 1859), 86 pp., 4°. [Palau 9399 menciona otra obra que no he podido identificar, *Cuestión hispano-mejicana. Razones que hacen inadmisible el arreglo* (Madrid, 1856), 4°.]

Tentativas literarias, cuentos en prosa por... (Madrid, S.G.H. [Salas, Herrero y Gaztambide], Centro General de Administración, 1864), 338 pp.; 8° menor. [Recoje un cuento inédito *(Gaceta sentimental)* y da completo *Amor paternal.*]

Ibid., volúmenes I y II. «Colección de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros» (Madrid, Biblioteca Universal, Dirección y Administración, Madera, núm. 8, tomos CXIX y CXX, 1888), 12°, 191 y 206 pp. [El editor Joaquín Pi Margall indica que se

incluyen dos cuentos nuevos, aunque no hay más que uno, *El hombre sin mujer.*]

Ibid., Versos. Vol. III, ... Tomo CXXII, 12°, 176 pp.

Ibid., Cuentos en prosa (Madrid, Rivadeneyra, s/a. [1921]), 371 pp., 8°. De esta edición seguramente se hizo más de una tirada; poseo dos ejemplares y en uno dice «3.ª edición».

Ibid. (Madrid, Biblioteca Universal, Hernando, 1927), 12°, 176 pp.

2. Obras consultadas

ALONSO CORTÉS, NARCISO: *Antología de poetas vallisoletanos modernos* (Valladolid, Biblioteca Studium, 1914).
— *Anotaciones literarias* (Valladolid, Impr. Vda. de Montero, 1922).
— *Espronceda. Ilustraciones biográficas y críticas* (Valladolid, Santaren, 1942).
— *Zorrilla. Su vida y sus obras* (Valladolid, Santaren, 1943).
— *Miscelánea vallisoletana.* Serie séptima (Valladolid, Santaren, 1944).
ALTAMIRO, IGNACIO M.: *Historia y política de México (1821-1882)* (México, Empresas Editoriales, 1947).
ANÓNIMO: «Un compañero de Espronceda. Don Miguel de los Santos Alvarez», en *El Heraldo de Madrid,* año III, núm. 744 (Martes, 15-XI-1892).
ARTIGAS, MIGUEL, y SÁINZ RODRÍGUEZ, PEDRO: *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo (1877-1905)* (Madrid, Espasa Calpe, 1946).
ARRANGOIZ Y BERZÁBAL, FRANCISCO DE PAULA: *México desde 1808 hasta 1867* (México, 1968).
AUB, MAX: *La prosa española del siglo XIX* (México, Antigua Librería Robredo, 1953).
AYUSO RIBERA, JUAN: *El concepto de la muerte en la poesía romántica española* (Madrid, 1959).
AZAÑA, MANUEL: Prólogo a *Pepita Jiménez* (Madrid, Clásicos Castellanos, 1963).
AZORÍN: «Los ferrocarriles», en *Castilla* (Madrid, R. Caro Raggio, 1920).
— «Silverio Lanza», en *Clásicos y modernos* (Madrid, R. Caro Reggio, 1919).

BAQUERO GOYANES, MARIANO: *El cuento español en el siglo XIX* (Madrid, CSIC, 1949).
— «Escritores quevedescos del siglo XIX», en *Barroco y Romanticismo* (Universidad de Murcia, 1951).
— «La novela española en la segunda mitad del siglo XIX», en *Historia general de las literaturas hispánicas,* V (Barcelona, Editorial Barna, 1958).

— «Valle Inclán y lo valleinclanesco», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, «Homenaje a Valle Inclán», 199-200 (1966), pp. 34-52.
BERMÚDEZ DE CASTRO, SALVADOR: «Crítica literaria: De la novela moderna», en *Semanario Pintoresco*, 19 (10-V-1840), pp. 150-151.
BLANCO GARCÍA, FRANCISCO: *La literatura española en el siglo XIX*, I (Madrid, Sáenz de Jubera, 1891).
BROWN, REGINALD F.: *La novela española, 1700-1850* (Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953).

CABRIÑANA, MARQUÉS DE: *Lances entre caballeros* (Madrid, Rivadeneyra, 1900).
CAMPOAMOR, RAMÓN: *Obras completas* (Madrid, Aguilar, 1942).
CAMPOS, JORGE: *Obras completas de Don José de Espronceda* (Madrid, B.A.E., 1954).
CARILLA, EMILIO: *El cuento fantástico* (Buenos Aires, Editorial Nova, 1968).
CARRILLO DE ALBORNOZ, MAXIMINO: *El Diablo Mundo. Segunda parte* (Madrid D. J. M. de Lezcano y Roldán, 1867).
CASA VALENCIA, CONDE DE: *Recuerdos de la juventud de 1831 a 1854* (Madrid, Fortanet, 1901).
CASALDUERO, JOAQUÍN: *Forma y visión de «El Diablo Mundo» de Espronceda* (Madrid, Insula, 1951).
CASCALES MUÑOZ, JOSÉ: *Espronceda: su época, su vida y sus obras* (Madrid, Biblioteca «Hispania», 1914).
— *El auténtico Espronceda pornográfico y el apócrifo en general* (Madrid, Victoriano Suárez, 1932).
Catálogo de los Socios del Liceo Artístico y Literario de Madrid (Madrid, Est. Tipográfico Calle del Sordo, núm. 11, 1841).
CEJADOR, JULIO: *Historia de la Lengua y Literatura castellana*, (Madrid, Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1917).
CHURCHMAN, PHILIP H.: «Espronceda's Blanca de Borbón», «Appendix I: More inedita», en *Revue Hispanique*, XVII (1907), pp. 549-777.
CORREA CALDERÓN, EVARISTO: *Costumbristas españoles* (Madrid, Aguilar, 1964), 2 vols.
CORTÉS, CAYETANO: *Cuentos fantásticos de E. T. A. Hoffmann, escogidos y vertidos al castellano por...*, (Madrid, Yenes, 1839), 2 vols.
CORTÓN, ANTONIO: *Espronceda* (Madrid, Casa Editorial Velázquez, 1906).

D. S. L. G.: «Datos biográficos de don Miguel de los Santos Alvarez», en *La Epoca* (16-XI-1892).
DARÍO, RUBÉN: *Obras completas*, I (Madrid, Aguilar, 1950).
DE COSTER, CYRUS: *Correspondencia de Don Juan Valera (1859-1905)* (Valencia, Castalia, 1956).
— *Obras desconocidas de Juan Valera* (Madrid, Castalia, 1965).
DEDEYAN, CHARLES: *L'imagination fantastique dans le Romantisme* (An-

gleterre, Allemagne, France) (París, Centre de Documentation Universitaire, 1964).

DELGADO, JAIME: *España y México en el siglo XIX* (Madrid, C.S.I.C., 1950), 3 vols.

DUBOYS DE LAVIGERIE, MAURICE-GÉRARD: «Miguel de los Santos Alvarez», Tesis de Licenciatura, mecanografiada. Faculté des Lettres de París, Institut d'Etudes Hispaniques de París (junio, 1960).

ESPINA, ANTONIO: *Romea o el comediante* (Madrid, Espasa Calpe, 1935).

FERNÁNDEZ ALMAGRO, MELCHOR: *Vida y literatura de Valle Inclán* (Madrid, Taurus, 1966).

FERNÁNDEZ BREMÓN, JOSÉ: «Entre paréntesis. Los veteranos de la literatura. Don Miguel de los Santos Alvarez», en *El Liberal* (Martes, 28-II-1888), pp. 2-3.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, FERNANDO: *Mis memorias íntimas* (Madrid, B.A.E., 1966), 2 vols.

FERRER DEL RÍO, ANTONIO: «Don Julián Romea y su época en el teatro», en *Revista de España,* III (1868), pp. 608-627.

FERRERAS, JUAN IGNACIO: *La novela por entregas, 1840-1900* (Madrid, Taurus, 1972).

FRONTAURA, CARLOS, y OSSORIO Y BERNARD, MANUEL: *Diccionario biográfico internacional de escritores y artistas del siglo XIX* (Madrid, M. Guijarro, 1890).

FUENTE, VICENTE DE LA: *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la francmasonería* (Barcelona, Ed. Prensa Católica, 1933), 3 vols.

GALLAHER, CLARK: *The Predecessors of Becquer in the Fantastic Tale, College Bulletin Southeast Louisiana Coll.,* VI, núm. 2 (Hammond, La., 1949).

GARCÍA, SALVADOR: «*El Pensamiento* de 1841 y los amigos de Espronceda», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo,* XLIV (1968), páginas 329-353.

GENOVER, IGNACIO DE: «Un poeta difunto muerto ya en vida», en *La Ilustración Ibérica* (1893), núms. 540 (pp. 284-6), 541 (pp. 300-2), 542 (pp. 317-8), 543 (pp. 333-4) y 544 (p. 348).

GONZÁLEZ BLANCO, ANDRÉS: *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días* (Madrid, Sáenz de Jubera, 1909).

HARTZENBUSCH E HIRIART, EUGENIO: *Apuntes para un Catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894).

HERRERO SALGADO, FÉLIX: *Cartelera teatral madrileña, II. Años 1840-1849* (Madrid, C.S.I.C., 1963).

«Kasabal», «Actualidades. Crónicas madrileñas. Los que se van. Miguel de los Santos Alvarez», en *La Correspondencia de España*, ed. noche (Jueves, 17-XI-1892), pp. 1-2.

LE GENTIL, GEORGES: *Les Revues litteraires de l'Espagne pendant la première moitié du XIX^e siècle* (París, Hachette, 1909).

Lista alfabética de los socios del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid en 31 de enero de 1838 (Madrid, 1838).

LÓPEZ NÚÑEZ, JUAN: *José de Espronceda. Biografía anecdótica* (Madrid, Editorial Mundo Latino, 1917 ?).

— *Triunfantes y olvidados* (Madrid, Imprenta Renacimiento, 1916).

— *Románticos y bohemios* (Madrid, Editorial Ibero-Americana, 1929).

LUSTONÓ, EDUARDO DE: «Los que se fueron: Miguel de los Santos Alvarez», en *La Ilustración española y americana*, II (1899), pp. 30-31.

MANSILLA, LUCIO V.: *Entre-nos. Causeries del jueves* (Buenos Aires, W. M. Jackson, Inc., 1928).

MARRAST, ROBERT: *Espronceda. Articles et discours oubliés. La bibliothèque d'Espronceda* (París, P.U.F., 1966).

— *José de Espronceda. Poesías líricas y fragmentos épicos* (Madrid, Castalia, 1970).

— *José de Espronceda et son temps: Litterature, Société, Politique au temps du Romantisme* (París, Klincksieck, 1974).

MARTINENGO, ALESSANDRO: *Polimorfismo nel «Diablo Mundo» d'Espronceda* (Turín, Bottega d'Erasmo, 1962).

MARTÍNEZ VILLERGAS, JUAN: *Poesías escogidas* (La Habana, Imprenta Militar de Soler, Alvarez y Cía., 1885).

MESONERO ROMANOS, RAMÓN: *Memorias de un setentón* (Madrid, Publicaciones Españolas, 1961), 2 vols.

MONTERO, CARLOS DE: *Biografías de hombres célebres*, II (Madrid, 1916).

ORTEGA MUNILLA, JOSÉ: «Miguel de los Santos Alvarez», en *El Imparcial* (21-XI-1892).

ORTEGA Y RUBIO, JUAN: *Vallisoletanos ilustres (Bocetos)* (Valladolid, 1893).

PALACIO, MANUEL DEL, y RIVERA, LUIS: *Cabezas y calabazas* (Madrid, Miguel Guijarro, 1864).

PALMA, RICARDO: *Recuerdos de España* (Buenos Aires, F. Peuser, 1891-1892).

PALAU, MELCHOR DE: «Acontecimientos literarios: Miguel de los Santos Alvarez», en *Revista contemporánea*, LXXXVIII (1892), pp. 529-537.

PARDO BAZÁN, EMILIA: «Retratos y apuntes literarios», en *Obras completas*, tomo 32 (Madrid, R. Velasco, Impresor, 1908).

PEERS, E. A.: *Historia del movimento romántico español* (Madrid, Gredos, 1954), 2 vols.
PI Y MARGALL, FRANCISCO: *Historia de España en el siglo XIX*, volumen IV (Barcelona, M. Seguí, 1902).
PIÑEYRO, ENRIQUE, y PEERS, E. A.: *The Romantics of Spain* (Liverpool, Institute of Hispanic Studies, 1934).
PRAZ, MARIO: *La carne, la morte e il diavolo nelle letteratura romantica* (Florencia, Sansoni, 1948).
PUJALS, ESTEBAN: *Espronceda y Lord Byron* (Madrid, C.S.I.C., 1951).

RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA, WENCESLAO: *La Reina Gobernadora D.ª María Cristina de Borbón* (Madrid, 1925).
Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas, I (México, El Colegio de México, 1949).
RODRÍGUEZ CORREA, RAMÓN: *Rosas y perros* (Orizaba, Imprenta «La Luz», 1883).
— *Agua pasada. Novelas cortas* (Madrid, La Habana, Ricardo Fe, 1894).
RODRÍGUEZ SOLÍS, ENRIQUE: *Espronceda. Su tiempo, su vida y sus obras* (Madrid, Cao y De Val, 1883).
ROMERO MENDOZA, PEDRO: *Siete ensayos sobre el Romanticismo español* (Cáceres, Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial, 1960), 2 vols.
ROS DE OLANO, ANTONIO: *Poesías* (Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, 1886).
— *El diablo las carga* (Madrid, Imprenta de la Compañía Tipográfica, 1840).
— *El doctor Lañuela* (Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, 1863).

SABANDO, JULIÁN MANUEL DE: «La herencia de Espronceda», en *La Ilustración española y americana* (15-I-1895).
SÁENZ DE TEJADA, CARLOS: *Juan Valera. Serafín Estébanez Calderón. 1850-1858. Crónica histórica y vital de Lisboa, Brasil, París y Dresde...* (Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1971).
— *Juan Valera. Cartas íntimas (1853-1897)* (Madrid, Taurus, 1974).
SAMUELS, DANIEL G.: «Some Spanish Romantic Debts of Espronceda», en *Hispanic Review*, XVI (1948), pp. 157-162.
SÁNCHEZ ALONSO, BENITO: «Los avisos de forasteros... en Madrid», en *Revista de la Biblioteca y Archivo del Ayuntamiento de Madrid*, II (1925), pp. 325 y ss.
SCARRON, PAUL: *Le Virgile travesti en vers burlesques* (París, Garnier frères, 1875).
SCHNEIDER, FRANZ: «E. T. A. Hoffmann en España: Apuntes bibliográficos e históricos», en *Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla y San Martín*, I (Madrid, 1927).
SEPÚLVEDA, RICARDO: *El Corral de la Pacheca* (Madrid, Fe, 1888).
SIJÉ, RAMÓN: *La decadencia de la flauta y el reinado de los fantasmas.*

Ensayo sobre el romanticismo histórico en España (1830-Bécquer) (Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1973).

SIMÓN DÍAZ, JOSÉ: *El Artista* (Madrid, C.S.I.C., *Colección de Indices de publicaciones periódicas*, 1946).

— *Semanario Pintoresco Español* (*Ibid, Ibid*, 1946).

— *Veinticuatro diarios. Madrid, 1830-1900* (Madrid, C.S.I.C., 1968-1975), 4 vols.

THALMANN, MARIANNE: *The Romantic Fairy Tale. Seeds of Surrealism* (University of Michigan Press, 1964).

URBINA Y CEBALLOS, JULIO, Marqués de Cabriñana: *Lances entre caballeros* (Madrid, Rivadeneyra, 1900).

VALERA, JUAN: *Crítica literaria: Notas biográficas y críticas, Obras completas*, I (Madrid, Aguilar, 1942).

— *Crítica literaria: La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX, Obras completas*, I (Madrid, Aguilar, 1942).

VAX, LOUIS: *La séduction de l'étrange. Etude sur la litterature fantastique* (París, P.U.F., 1965).

— *L'art et la litterature fantastiques* (París, P.U.F., 1960).

ZAHAREAS, ANTHONY, y CARDONA, RODOLFO: *Visión del esperpento* (Madrid, Castalia, 1970).

«ZEDA»: «Uno menos», en *La Epoca* (16-XI-1892).

ZORRILLA, JOSÉ: *Recuerdos del tiempo viejo* (Madrid, Publicaciones Españolas, 1961), 2 vols.

INDICE ONOMASTICO

Afán de Ribera, Fulgencio, 138.
Aguilar, Luis de, 59 n.
Alarcón, Pedro Antonio de, 12, 57, 57 n., 62, 81, 143, 151, 168.
Alas, Leopoldo («Clarín»), 62.
Alba, Duque de, 26.
Alcalá Galiano, Dionisio, 143 n.
Alcalá Galiano, Dolores, 56 n.
Alcalá Galiano, Pelayo, 62.
Alcalá Galiano, Sofía, 56 n.
Alcalá Galiano y Valencia, Emilio. *Véase* Casa Valencia, Conde de.
Aldama, Francisco Antonio, 74.
Almenara, Duque de, 65.
Almonte, Juan Nepomuceno, 54.
Alonso, Juan Bautista, 22, 26, 69, 69 n.
Alonso Cortés, Narciso, 19 n., 20, 20 n., 21, 21 n., 23, 24 n., 32 n., 44 n., 46, 59 n., 62 n., 78, 82 n., 87, 93, 94 n., 96, 143 n.
Alvarez, Ana, 19.
Alvarez, Gervasio, 19.
Alvarez, Juan, 48, 50.
Alvarez, Luis, 19.
Alvarez de Dacarrete, Valentina, 19, 65.
Alvarez Alonso, Pablo, 19, 20.
Alvarez Mendizábal, Juan, 22 n., 27 n., 163 n.
Amador de los Ríos, José, 57.
Ametller y Cabrera, Narciso, 171.
Antoine y Zayas, Juan, 48, 49, 74.
Arcos, Santiago, 178 n.
Argüelles, Agustín de, 58.
Arolas, Juan, 70.
Arrangoiz y Berzábal, Francisco de Paula, 54, 54 n.
Arriaza, Juan Bautista, 25.
Arrieta, Emilio, 59 n.
Arteta, Fermín, 74.
Artigas, Miguel, 33 n.
Asquerino, Eduardo, 57, 57 n., 59 n., 152, 171.
Asquerino, Eusebio, 151.
Assas, Manuel de, 20.
Aub, Max, 154.
Ayguals de Izco, Wenceslao, 79, 80, 107, 108 n., 133.
Azaña, Manuel, 14, 44 n.
Azpiroz, Javier, 74.

Balart, Federico, 59 n.
Balzac, Honoré de, 90.
Baquero Goyanes, Mariano, 142 n.
Baroja, Pío, 170.
Bécquer, Gustavo Adolfo, 61, 65, 142 n.
Bermúdez de Castro, Salvador, 11, 28 n., 33, 34, 34 n., 69, 112.
Beroqui, Pedro, 74 n.
Blecua, Juan Manuel, 97.
Bonilla y San Martín, Adolfo, 142 n.
Borbón, Carlos María Isidro de, 44.
Borbón, Francisco de Asís de, 45.

Borrego, Andrés, 31, 32, 32 n., 57.
Borrow, George, 176.
Bravo, Emilio, 65.
Bravo Murillo, Juan, 45, 143 n.
Bretón de los Herreros, Manuel, 24, 57, 151, 152.
Brown, Reginald F., 107, 132.
Byron, George Gordon Lord, 88 n., 93, 109, 138, 143.

Cabriñana, Marqués de, 32 n.
Calderón Collantes, Saturnino, 52.
Calvo, Rafael, 58 n.
Campillo, Narciso, 62, 63.
Campo Alange, Condesa de, 61.
Campoamor, Ramón de, 34, 57, 70, 79, 94, 94 n.
Campos, Jorge, 28 n., 32 n., 36 n.
Canitz, Barón, 46.
Cánovas del Castillo, Antonio, 143.
Carlos III, 47.
Caro, Rodrigo, 78.
Carrillo de Albornoz, Maximiliano, 82.
Carriquiri, Nazario, 28 n., 152 n.
Casa Valencia, Conde de, 46, 46 n., 100, 101, 169.
Casalduero, Joaquín, 181.
Cascales Muñoz, José, 34, n., 38, 38 n., 78, 99.
Castelar, Emilio, 57, 59 n., 65.
Castillo, J. del, 96.
Castro y Serrano, José de, 65.
Cejador y Frauca, Julio, 46.
Cervantes Saavedra, Miguel de, 109, 128, 138.
Cetina, Gutierre de, 78.
Chamisso, Adalbert, 142, 144.
Chateaubriand, François René, Vizconde de, 21.
Churchman, Philip H., 78, 100, 104.
Coello y Quesada, Diego, 33.
Commonfort, Ignacio, 48, 50, 51, 55.
Constanzo, Salvador, 99.
Cooper, James Fenimore, 21, 24.
Corradi, Fernando, 74 n.
Cortés, Cayetano, 143.
Cortizo, Francisco, 37 n.

Dacarrete, Angel María, 19 n., 59 n., 65.
Darío, Rubén, 13, 61, 62, 63.
De Coster, Cyrus, 33 n.
Delavat y Rincón, José, 39, 41 n.
Delavigne, Casimir, 21, 147.
Delgado, Jaime, 54 n.
Díaz, José María, 22.
Díaz, Juan Martín («el Empecinado»), 20.
Díaz, Matilde, 58 n., 97.
Donoso Cortés, Juan, 24, 143 n.
Duboys de Lavigerie, Maurice-Gerard, 31 n., 32 n., 33 n., 39 n., 45 n.
Ducange, Victor, 147.
Dumas, Alexandre, 21, 90, 147.
Durán, Agustín, 57.

Echegaray, José, 57.
Elbo, José, 27.
Empecinado. *Véase* Díaz, Juan Martín.
Escosura, Patricio de la, 22, 26, 27, 28 n., 34, 39, 43, 57, 59 n., 107, 133.
Espartero, Baldomero, 38, 52, 74, 74 n., 80, 168, 169.
Espina, Antonio, 22 n.
Espoz y Mina, Francisco, 152 n.
Espronceda, José de, 11, 13, 14, 21, 24, 26, 26 n., 27, 28, 28 n., 30, 30 n., 31, 32, 32 n., 33, 33 n., 34, 35, 35 n., 36, 37, 38, 38 n., 39, 43, 44 n., 63, 69, 70, 74, 78, 78 n., 79, 79 n., 82, 82 n., 83, 84, 85, 87, 88, 88 n., 89, 90, 90 n., 91, 93, 93 n., 96, 97, 98, 99, 104, 118, 121, 133, 138, 139, 142 n., 144, 147, 150, 150 n., 164, 167, 168, 170, 171, 181, 181 n.
Esquivel, Antonio María, 27, 65.
Estébanez Calderón, Serafín, 35, 39, 39 n., 108.

Fernán-Núñez, Duques de, 46.
Fernández Almagro, Melchor, 61 n.
Fernández Baeza, Pascual, 79.
Fernández Bremón, José, 65, 65 n., 76, 87, 120.
Fernández de Córdoba, Fernando, 26, 27 n.
Fernández de los Ríos, Angel, 57.
Fernández de la Vega, José, 27.
Fernando VII, 19, 24, 149.
Ferrari, Emilio, 61.
Ferrer, Joaquín María, 74, 74 n.
Ferrer del Río, Antonio, 43, 43 n.
Ferreras, Juan Ignacio, 107, 109 n.
Figuerola, Laureano, 57.
Flores, Antonio, 107, 133.
Fray Gerundio. *Véase* Lafuente, Modesto.
Fresneau Saorin, Augusto, 97.
Fuente, Vicente de la, 26 n., 80 n.

Gallaher, Clark, 142 n.
Gallego, Juan Nicasio, 25, 27.
García Escobar, Ventura, 20.
García Gutiérrez, Antonio, 24, 57, 59 n., 69, 147.
García Tassara, Gabriel, 35.
García de Villalta, José, 24, 28 n. 35.
Genover, Ignacio de, 81, 94, 100.
Gil y Carrasco, Enrique, 11, 35.
Gil y Zárate, Antonio, 24, 27.
Gómez de Avellaneda, Gertrudis, 57.
Gómez Ruiz, Honorio, 46 n.
González Blanco, Andrés, 132.
González Bravo, Luis, 12, 24, 31, 32, 32 n., 34 n., 35, 40, 41, 41 n., 53, 168, 171.
González, Venancio, 65.
Goya, Francisco de, 74 n.
Gutiérrez Abascal, José. *Véase* «Kasabal».
Gutiérrez de la Concha, José, 45.

Hartzenbusch, Juan Eugenio, 22, 24, 44, 57, 79.
Hartzenbusch e Iriart, Eugenio, 28. 28 n., 29 n., 57 n., 143 n., 150 n.
Heine, Enrique, 94.
Herrero Salgado, Félix, 33 n.
Hoffmann, E. T. A., 109, 119, 123. 131, 142, 142 n., 143, 143 n., 144, 147.
Howden, Lord, 119.
Hugo, Victor, 21, 90.

Iriarte, Tomás de, 57, 79.
Isabel II, 11.
Istúriz, Francisco Javier, 44 n.

Jérica, Pablo de, 79.
Jiménez Serrano, José, 44.
Juárez, Benito, 48, 54.

«Kasabal» (José Gutiérrez Abascal), 65, 178 n.

Laborda, Pío, 74 n.
Lafragua, José María de, 54.
Lafuente, Modesto, 12, 57, 150, 170, 171, 171 n., 172, 173.
Larra, Mariano José de, 11, 12, 23, 25, 26, 28, 29 n., 36, 69, 108, 133, 147.
Liñán y Verdugo, Antonio, 133.
Liniers, Santiago, 65.
Lista y Aragón, Alberto, 33.
López, Joaquín María. *Véase* Navas, Conde de.
López de Ayala, Adelardo, 59 n.
López Domínguez, José, 62, 65.
López Guijarro, Salvador, 59, 59 n., 181.
López Núñez, Juan, 32 n., 171 n.
López de Santana, Antonio, 48.
Luis XIV de Francia, 84.
Luis XV de Francia, 84.
Lustonó, Eduardo de, 60 n., 168, 175, 181.

Llanos, Valentín de, 74 n.

Madera, Antonio, 23.
Madoz, Pascual, 57.
Madrazo, Federico, 69.
Madrazo, Pedro de, 20, 21, 22, 34.
Madrid, Manuel, 55.
Máiquez, Isidoro, 30, 97.
Maistre, José de, 118.
Maldonado Macanaz, Joaquín, 56.
Mancha, Teresa, 36, 87, 88.
Mansilla, Lucio, 42, 179 n.
Mansilla, Lucio V., 42, 95, 178 n.
María Cristina, Reina regente, 20, 74, 74 n.
Mármol, José, 42.
Marrast, Robert, 26 n., 29 n., 30 n., 35 n., 36 n., 37 n., 38, 38 n., 84, 97, 104, 143 n.
Martínez, Justo, 65.
Martínez Villergas, Juan, 45, 72, 79, 79 n., 80, 80 n., 95, 95 n.
Massard, Joaquín, 22, 23.
Mata, Pedro, 107.
Mauri, Juan María, 69.
Maximiliano I de México, 48.
Mélida, José Ramón, 65.
Mellado, Francisco de Paula, 34, 150.
Menéndez Pelayo, Marcelino, 33 n., 61, 62, 62 n., 159.
Menéndez Rayón, Damián, 33 n.
Merino, Jerónimo, 20.
Mesonero Romanos, Ramón de, 25, 26, 27, 28, 28 n., 69, 73, 81, 108, 133, 149.
Miramón, Miguel, 54.
Mon, Alejandro, 54.
Montes, Francisco. *Véase* «Paquiro».
Mora, José Joaquín de, 28, 69, 70.
Morán, Jerónimo, 20.
Moreno López, Eugenio, 35, 147.
Morillo, Pablo, 20.
Musset, Alfred de, 93.

Narváez, Ramón María, 44, 45, 52, 169.
Navarrete, Ramón de, 107, 133.
Navarro Sierra, Juan, 44 n.
Navas, Conde de las, 34 n., 168, 170, 171.
Neira de Mosquera, Antonio, 87.
Nodier, Charles, 142.
Núñez de Arce, Gaspar, 143.
Núñez de Arenas, Bernardino, 35.
Núñez de Arenas, Manuel, 74 n., 104.

Ochoa, Eugenio de, 45, 57, 142, 143.
O'Donnell, Leopoldo, 47, 52, 53, 168.
Olona, Luis de, 54 n.
Olózaga, Salustiano, 57.
O'Reilly, Florentina, 24 n.
Ortega y Rubio, Juan, 46, 46 n., 95, 181.
Ortiz Amor, Miguel, 26.
Osorio, Carmen, 84.

Pacheco, Joaquín Francisco, 24, 54.
Palacio, Manuel del, 54 n., 65, 121 n.
Palacio Valdés, Armando, 62.
Palau, Melchor de, 19 n., 87, 94, 96.
Palma, Angélica, 64 n., 100.
Palma, Ricardo, 13, 14, 62, 63, 64, 64 n.
«Paquiro» (Francisco Montes), 150, 173.
Pardo Bazán, Emilia, 12, 13, 60, 61, 84, 163, 164, 181 n.
Pardo de Figueroa, Mariano, 62 n.
Pastor Díaz, Nicomedes, 12, 24, 34, 43, 52, 53, 54, 69, 97, 175.
Pastorfido, Miguel, 80.
Payno, Manuel, 55, 55 n.
Pérez Galdós, Benito, 11, 22, 27, 29 n., 39 n., 57, 61, 143, 152, 163 n., 168, 173.
Pérez Villaamil, Juan, 27.
Pérez Villaamil, Jenaro, 27.
Pesado, José Joaquín, 55.

Pezuela, Juan de la, Conde de Cheste, 12, 26, 31, 32 n.
Pi y Margall, Francisco, 57, 81, 96.
Picón, Jacinto Octavio, 59 n.
Pinzón, Luis, 50 n.
Poe, Edgar Allan, 142, 143.
Portillo, José, 74 n.
Praz, Mario, 139 n.
Prieto, Guillermo, 55, 55 n.
Prim, Juan, 12, 52, 58, 150, 170, 171 n., 172.
Príncipe, Miguel Agustín, 79, 80.
Príncipe Pío, 46.
Puerto Seguro, Marqués de, 65.
Pujals, Esteban, 32 n., 87, 93 n.

Quevedo, Francisco de, 87, 128, 138.
Quintana, Manuel José, 58.

Ramos Carrión, Miguel, 58 n.
Rascón, Conde de, 65.
Ratazzi, Princesa María Letizia, 60 n.
Rey, Cayo del, 65.
Ribot y Fonseré, Antonio, 80.
Rico y Amat, Juan, 80.
Riego, Rafael de, 19.
Ríos Rosas, Antonio, 12, 52, 53.
Roca de Togores, Mariano, Marqués de Molíns, 56, 56 n.
Rodríguez Correa, Ramón, 57, 60 n., 62, 65, 121, 122.
Rodríguez Rubí, Tomás, 43, 58.
Rodríguez Solís, Enrique, 30, 30 n., 35 n.
Romea, Florencio, 12, 42, 97, 168.
Romea, Julián, 12, 22 n., 30, 42, 43, 43 n., 44, 58, 58 n., 97, 151, 168.
Romero Larrañaga, Gregorio, 70.
Ros de Olano, Antonio, 12, 26, 32 n., 33, 34, 35, 36, 37, 37 n., 45, 57, 58 n., 81, 88, 107, 118, 133, 139, 147, 150, 152 n., 167, 168.
Rosa, Luis de la, 51.
Rosas, Agustina, 42, 179 n., 180 n.
Rosas, Juan Manuel de, 41, 42.
Rousseau, Jean Jacques, 119.
Rubau, Teresa, 22 n.
Rubens, Pablo, 110 n., 143.
Rubio, Carlos, 143.
Ruiz de Morales, Joaquín, 74 n.
Rumeau, A., 31 n.

Saavedra, Angel, Duque de Rivas, 57, 70.
Sabando, Julián Manuel de, 14.
Sáenz de Tejada, Carlos, 39 n., 56 n.
Sagasta, Práxedes Mateo, 57.
Sáinz de Baranda, Pedro, 74 n.
Sáinz Rodríguez, Pedro, 33 n.
Salas y Quiroga, Jacinto, 28, 70, 149, 150.
Salmerón, Nicolás, 57.
Samaniego, Félix María, 79.
San Carlos, Marqués de, 65.
Sand, George, 90.
Sanz, Eulogio Florentino, 57, 81, 94.
Schiller, Federico, 143.
Schneider, Franz, 142.
Scott, Walter, 21, 142.
Scribe, Eugène, 147.
Sebastián, Infante don, 23.
Segarra Balmaseda, Ulpiano, 81.
Segovia, Antonio María, 22.
Senra y Palomares, Luis. *Véase* Espronceda, José de, 147.
Sepúlveda, Ricardo, 58 n.
Serra, Narciso, 81.
Simón Díaz, José, 59 n.
Soler, Carmen, 84.
Soulié, Fréderick, 33, 89, 147, 153.
Sué, Eugène, 89 n., 90, 107, 133.

Tejado, Gabino, 79.
Thebussem, Dr. *Véase* Pardo de Figueroa, Mariano.
Trueba, Antonio de, 57.

Unzueta, María Jesús de, 19.
Urquiza, Juan José, 41.
Urrabieta, Mariano, 82.
Urrutia, Pablo de, 50 n., 52.

Valencia, Duque de. *Véase* Narváez, Ramón María.
Valera, Juan, 12, 13, 14, 19 n., 33, 33 n., 39, 39 n., 40, 44, 44 n., 56, 57 n., 59, 59 n., 60 n., 62, 62 n., 63, 64, 65, 73 n., 143, 159, 167, 167 n.
Valera, Ramona, 56 n.
Valladares y Saavedra, Ramón de, 80.
Valle-Inclán, Ramón María del, 13, 61, 61 n., 177.
Vega, Ventura de la, 24, 26, 27, 35, 57, 147, 168.
Velarde, José, 21 n.
Villahermosa, Duques de, 28.
Villaseñor y Acuña, Eustaquio de, 143 n.

Zavala, Iris, 108.
Zavala, Juan, 53.
Zorrilla, José, 12, 13, 20, 21, 21 n., 22, 22 n., 23, 24, 24 n., 27, 29 n., 34, 45, 49 n., 54, 55, 56, 57, 60, 60 n., 61, 62, 62 n., 65, 69, 70, 110 n., 143, 143 n., 147, 164, 167, 168 n.
Zorrilla Caballero, José, 20.
Zurita, Jerónimo, 145.

COLECCIONES DE CRITICA LITERARIA

«BIBLIOTECA DE CRITICA LITERARIA»

Misericordia, de Galdós. Luciano García Lorenzo. 88 págs.
La Numancia, de Cervantes. Alfredo Hermenegildo. 148 págs.

«CLASICOS Y MODERNOS»

Antonio Machado, ejemplo y lección. Leopoldo de Luis. 260 págs.
Garcilaso de la Vega. Antonio Prieto. 184 págs.
Armando Palacio Valdés. Manuel P. Rodríguez. 240 págs.
Pablo Neruda. Eduardo Camacho Guizado. 356 págs.
Miguel de los Santos Alvarez (1818-1892). Romanticismo y poesía. Salvador García Castañeda. 200 págs.

«TEMAS»

Literatura y contexto social. Cándido Pérez Gállego. 212 págs.
La poesía de la edad barroca. Pilar Palomo. 152 págs.
La Loa. Jean Louis Flecniakoska. 196 págs.
La sociedad española y los viajeros del siglo XVII. J. M. Díez Borque. 240 págs.
Introducción a la teoría de la literatura. M. A. Garrido Gallardo. 172 págs.
Teoría de la Novela. Autores varios. 536 págs.
La mujer vestida de hombre en el teatro español. Carmen Bravo Villasante. 192 págs.
La literatura emblemática española. Siglos XVI y XVII. A. Sánchez. 204 págs.
El comentario de textos semiológico. J. Romero Castillo. 144 págs.
Bibliografía fundamental de la literatura española del siglo XVIII. F. Aguilar Piñal. 304 págs.
Significado y doctrina del «Arte Nuevo» de Lope de Vega. J. M. Rozas. 196 págs.
La novela de aventuras. José M.ª Bardavío. 224 págs.
Novela española contemporánea. Vicente Cabrera y Luis González del Valle. 220 págs.
La novela de Ignacio Aldecoa. De la mímesis al símbolo. Jesús M.ª Lasagabáster Madinabeitia. 456 págs.
La novela de Juan Goytisolo. Gonzalo N. Navajas. 260 págs.

«ANTOLOGIAS»

Antología de la Literatura Española:
De la Edad Media al siglo XIX. C. Sánchez Polo. 288 págs.
Siglo XX. C. Sánchez Polo. 304 págs.

Salvador García Castañeda

Se doctoró en Lenguas Románicas en la Universidad de California (Berkeley) en 1967, ha enseñado en varias universidades norteamericanas y en la actualidad es Catedrático de Literatura española de los siglos XVIII y XIX en The Ohio State University.
Es autor de *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850* (University of California Press, 1971), una edición de *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch (Madrid, Castalia, 1971), otra de *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla (Barcelona, Labor, 1975), y de *Telesforo de Trueba y Cosío (1799-1835): Vida y obra* (Excelentísima Diputación Provincial de Santander, 1978).

SGEL